Gordon McAllister



Picardías de un pelao terrible

Calgóm Ediciones

Picardías de un pelao terrible

Por:
Gordon McAllister



Calgóm Ediciones

Título: PICARDÍAS DE UN PELAO TERRIBLE

ISBN: 978628021721 5

Autor: Gordon McAllister

Copyright: Todos los derechos pertenecen a
Carlos Alberto Gómez Acuña.
Calgom532002@yahoo.com

Editorial: Calgóm Ediciones
Año de edición: 2025
Impreso: Impreso en Colombia por XPRESS Estudio Grafico y Digital SAS

Publicado: Primera edición Amazon.com

Todos los derechos reservados
Es un delito la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright. Únicamente, se podrá reproducir párrafos parciales del mismo con la mención del título y el autor.

Agradecimientos

A mi hermana María Eugenia, compañera de viaje desde aquellas épocas lejanas, cuando, siendo muy niños, ya compartíamos vivencias o simplemente las peleábamos, pero de todos modos éramos contemporáneos y hoy en día podemos confrontar y compartir esos recuerdos con fechas, nombres y datos nunca olvidados del todo.

A Olga Cecilia Peláez, quien, a través de una amable respuesta a mis inseguras preguntas, permitió una primera base para iniciar e ir haciendo acopio de mis memorias, al comienzo algo gaseosas, y que poco a poco se fueron convirtiendo en una cascada de recuerdos que han quedado plasmados en este libro.

Índice:

Agradecimientos

Índice: 9

Prefacio 13
Unos recuerdos fugaces a punto de desaparecer…

Capítulo 1. 17
Un bombillo alógeno

Capítulo 2. 31
Recuerdos desastrosos en kínder

Capítulo 3. 39
Estudiando en el Colombo Británico de Cali.

Capítulo 4. 47
Un pantalón mal cosido, una embarrada en
un bus *Blanco y Negro* y otra en *Codi Mobil*

Capítulo 5. 57
De cuando me volé en el triciclo.

Capítulo 6.
Otras anécdotas de la calle 18 con 8va. 63

Capítulo 7. 67
La Carrera de prototipos

Capítulo 8. 71
Otros recuerdos de la 18.

Capítulo 9. 75
Un peso de bombones.
Capítulo 10. 83
La transición del Pio XII al Berchmans.

Capítulo 11. 89
Recuerdos del colegio Berchmans.

Capítulo 12. 95
El recuerdo del padre Moncayo.

Capítulo 13. 99
La guerra de bombas de agua.

Capítulo 14. 107
Los Beatles y la aguja del tocadiscos

Capítulo 15. 111
Un ladrón en el balcón.

Capítulo 16. 115
Las murgas de las fiestas patronales.

Capítulo 17. 123
Cuando la pólvora no estaba prohibida.

Capítulo 18. 131
Una agridulce historia ejemplar.

Capítulo 19. 141
Un robo en medio de la inconsciente adolescencai

Capítulo 20. 147
La formación de un lobo solitario.

Capítulo 21. 155
Una espeluznante historia en Santa Rosa de Cabal.

Capítulo 22. 163
Los rifles de copas.

Capítulo 23. 169
Recuerdos de la funeraria.

Capítulo 24. 173
La vuelta a Colombia en auto stop 1ers parte.

Capítulo 25. 181
La vuelta a Colombia 2ª. Parte.

Capítulo 26. 191
La vuelta a Colombia 3era parte.

Capítulo 27. 199
La vuelta a Colombia 4ª. Parte.

Capítulo 28. 207
Una pedrada en el parabrisas.

Capítulo 29. 211
Una embarrada que no fue mía.

Capítulo 30. 215
Frustrando un atraco.

Capítulo 31. 219
El Bochinche.

Capítulo 32. 223
Un poco de mi vida profesional.

Capítulo 33. 231
Una historia de veteranos

Epílogo 235
Para terminar, ahora un tema más serio.
Aprendiendo a hacer las cosas correctas.

Prefacio
Unos recuerdos fugaces a punto de desaparecer…

Tal y como canta Ana Belén,
"Yo también nací en el 53".

Me miro al espejo y me sorprendo… un hombre viejo… pero ese no soy yo, yo sigo siendo un pelao, como dicen en Cali o un chino, como dicen en Bogotá… Afortunadamente los recuerdos de infancia aún permanecen incólumes, vigentes en mi corazón y en mi mente juvenil que no ha envejecido, de tal suerte que, puedo recordar con claridad todas las pilatunas, diabluras y demás embarradas de la infancia y la adolescencia, cuando la vida era demasiado divertida para parecer real.

Nací en Cali, pero ya no soy caleño… perdí esa nacionalidad al cumplir los 15 años y tener que partir desde la que fuera aquella tierra natal, con aromas a chontaduro, manjar blanco, caña y mango biche y dirigirme hacia nuevos horizontes, más fríos, más grisáceos, quizás más acartonados y con la etiqueta de ser más cachacos que aquellos exponentes de los propios horizontes británicos o de las *Highlands* escocesas, pero vecinos de la capital del país, con gentes, por aquella época, vestidas de negro

y gris, y que nunca me enseñaron lo que eran la salsa, los cholados, los aborrajados, la lulada y el champús… nunca aprendí de esos sabores y hoy, simplemente no me son conocidos y por tanto ni los añoro ni los entiendo, y lo máximo que recuerdo de aquellos años era el sancocho de gallina de mi mamita Anuncia, mi abuela, alma bendita desde hace como 500 años.

De costumbres recordadas, ni que hablar de la salsa que, cuando iba llegando a Cali de la mano de *Richie Rey y Bobby Cruz*, por allá en el 69, yo iba saliendo de Cali por la otra puerta hacia el páramo de la lluvia y la niebla eterna en el altiplano cundiboyacense y nunca me logré identificar con aquellos salseros ni con su música… Hoy en día en Cali es un sacrilegio decir que nunca he escuchado ni me identifico con el *Cali Pachanguero*, alguna vez casi me dan en la jeta por preguntar qué quién era Jairo Varela o el Grupo Niche.

***

Mi padre, en la Cali de aquellos años previos al 69, en las cálidas tardes de domingo mientras trabajaba en sus diseños arquitectónicos y yo jugaba con mis carritos, solo ponía los *long plays* del sello *Deutsche Grammophon* con música de Bach, Beethoven, Mozart, Schubert, Tchaikovski o

Prokofiev, interpretadas por orquestas sinfónicas europeas dirigidas por Herbert Von Karajan, o por Igor Stravinski o por Leonard Bernstein, etc.

De otra parte, hoy ya no tengo amigo alguno en Cali ni familiares reconocidos ni compañeros de los que fueran los colegios de los que me echaron… el Liceo Benalcazar en kínder, el Colombo Británico en primero y el Pio XII en quinto de primaria, o el Berchmans, colegio que adoré, pero del que, si bien no me echaron, me fui arrastrado por mí familia, en aquel enero sombrío del 69, dejando atrás mis raíces, mis arraigos y los que fueran en algún momento los amigos y compinches de las pilatunas y travesuras adolescentes.

Por eso digo que ya no soy caleño, así haya nacido en Cali. Un buen caleño baila salsa, yo no le bailo nada, o tal vez lo hago al estilo nevera… Un buen caleño habla arrastrado con el vos, el sí cantado, el oís, y el mirá ve… yo hablo como todo un rolo nacido en el Chicó de Bogotá, así que ni por esas… Un buen caleño se pone zapatos de cuero sin medias… Para mí eso es un terrible adefesio sin serlo, así que para nada puedo decirme caleño.

Sin embargo, allá, muy lejanos, cuál si fueran pabellones lejanos, aún flamean ante el paso fugaz de los años corridos, unos recuerdos que me permiten vislumbrar un pasado infantil y juvenil, un pasado ya nebuloso que se niega a desaparecer del todo.

Este libro es una recopilación de las anécdotas de sucesos ocurridos en mis ya lejanas niñez, juventud y temprana adolescencia de finales de los años sesenta y recientes setentas…

Para comenzar, este libro con una historia surgida de la compra de un bombillo alógeno, que me trajo recuerdos de esos que solo aparecen como por arte de magia.

Vienen procedentes de la más lejana vivencia infantil, pero que quedaron bien grabados y dispuestos a flor de piel, para pincelar con bellos colores los recuerdos de antaño, y traerlos a colación en estos años maduros cuando uno ya no se acuerda ni qué fue lo que hizo ayer, y menos de lo que comió antier.

— O —

Capítulo 1.
Un bombillo alógeno

Respecto a este libro, todo comenzó aquel día de septiembre de 2024, en el momento en que se hizo necesario cambiar uno de los bombillos de mi camioneta Honda CRV pues en el concesionario autorizado no se conseguía el repuesto de tipo Led y era necesario buscarlo en un almacén de repuestos Honda de la carrera 24 con calles 72 a 73 de Bogotá.

En ese almacén no tenían el repuesto, pero me dijeron que dos locales hacia el norte por la misma acera, había un almacén especializado en baterías y artículos eléctricos automotrices. Me dirigí al almacén recomendado y efectivamente sí tenían el bombillo de marras.

Estando en dicho almacén, mientras le cambiaban el repuesto al vehículo, caí en cuenta que era un almacén de la cadena *Peláez Hermanos*, mismos que venden las recordadas baterías Willard desde hace muchas décadas.

Hablando con el dependiente recordé a los Peláez… los famosos Peláez de mis lejanas épocas pretéritas en el Cali viejo.

Recuerdos de Cali Viejo:

Año 1960

Los dueños del almacén *Peláez Hermanos* de Cali eran vecinos de nosotros. Vivían en una casa muy grande de fachada blanca, exactamente en frente de nuestra casa en el barrio Granada. Aún recuerdo claramente la nomenclatura de nuestra casa: Calle 18 Norte No. 8-34. (Hoy esa nomenclatura está cambiada por cuenta de la modernidad de la ciudad).

Era una época lejana, donde sucedieron hechos ocurridos por allá a comienzos de los años 60, quizás en 1960 o 1961.

En esa época yo jugaba con los Peláez, (con los pequeños, Carlos Alfonso y Jorge Alejandro), de 7 y 5 años respectivamente, yo tendría en aquella época unos 7 u 8 años. Tenían una hermana, Luz Victoria Peláez, una niña absolutamente divina un poco más grande que nosotros, de unos 10 años, o sea la misma edad de mi hermana mayor María Eugenia, de quien era amiga; y finalmente un hermano más grande aún, de unos 12 años de nombre Sergio, con quien a veces jugábamos a la lucha, nosotros, con los Peláez menores, lo atacábamos y él se defendía revolcándonos en el pasto. Sus padres eran Don Jorge Peláez y doña Clarita, él, un reconocido empresario del sector de autopartes automotrices.

Recuerdo que ellos tenían un par de autos, una camioneta azul de una marca que no recuerdo, con el logotipo de la empresa y el otro, si acaso recuerdo, era un Jeep Willis.

Recuerdo una finca de ellos a la que a veces nos invitaban a pasar el fin de semana en el kilómetro 26 en la vía al mar. La finca se llamaba *Altamira* y también recuerdo que tenían un toro cebú gigante de nombre *Caretolandia*, no bravo sino iracundo, y nadie se le podía acercar. Nosotros le teníamos mucho miedo. En las noches los grandes contaban cuentos de miedo y nosotros dormíamos muertos del susto…

Una vez apagada la luz de las velas, no era posible ver absolutamente nada, y yo me imaginaba que eso era lo que veían los ciegos, o sea nada de nada y si a uno de daba ganas de ir al baño, tocaba aguantarse hasta que aclarara el alba o de lo contrario orinarse en la cama y qué pena estando en casa ajena.

En Cali, la casa del lado derecho de la de los Peláez, era una mansión gigante, donde vivía una familia de gente mayor, muy rica, quizás millonarios, de quienes solo recuerdo el nombre del jardinero que era Hermes, un joven humilde y educado que nos trataba bien.

Al otro lado de la casa de los Peláez, vivía una familia de extranjeros recién llegados de Alemania, los *Gerding*, nosotros jugábamos con sus hijos, un

par de monos muy altos a pesar de tener nuestras mismas edades, se llamaban *Ingo* y *Mito Gerding*, quienes, entre otras, tenían un salón muy grande donde estaba la pista de un tren eléctrico que recorría todo el salón, con una estación, montañas, praderas, puentes, túneles y luces de colores que cambiaban con el paso del tren.

Nos podíamos pasar horas sentados en el piso viendo pasar el tren. En esa época todavía no llegaba la televisión a nuestros hogares y nos tocaba inventarnos toda clase de juegos emanados de nuestra propia imaginación rica en ideas novedosas.

En frente de los *Gerding* en la casa de la esquina del lado de nuestra acera, otra casa muy grande, era de una familia donde vivía una jovencita que con los años se volvería muy famosa, se llamaría Helenita Vargas, la de "María de los Guardias".

En frente de las Vargas, pasando la calle hacia abajo, había otra casa verdaderamente muy grande, era un terreno de una manzana completa de grande, con piscina y un jardín enorme que completaba la propiedad con una mansión en el centro, y era donde vivían los Bueno.



Nuestra cuadra vista hoy en día. (Irreconocible).

Los Bueno eran dueños de una lechería, y en uno de los costados de esa manzana tenían un punto de venta donde comprábamos unos helados de crema con sabor a pistacho y nueces, deliciosos, de una marca cuyo nombre no recuerdo muy bien, o quizás creo recordar que la marca era *Cremex,* o tal vez los Bueno eran solamente los distribuidores; yo era un niño pequeño y no tenía buen conocimiento de esto.

Nosotros jugábamos con un niño, Alberto Bueno y a veces nos invitaba a los Peláez y a mí a bañarnos en la piscina de su casa.

A una cuadra y media hacia el sur, vivía un amigo muy apreciado, Jaime Londoño, compañero de clase en el colegio Pio XII donde estudié parte de la primaria, más adelante hablaré de él y de su hermano.

A unas tres cuadras hacia el norte, siguiendo por la carrera novena, subiendo una loma, antes de comenzar el barrio Tejares, en una calle empinada en toda una esquina, estaba la casa del Club América de futbol y con frecuencia nos dejaban bañar en la piscina del club. Era la época de jugadores clásicos, como, por ejemplo, Camilo Cervino el delantero y Riquelme el portero, y los recuerdo como unos señores muy amables con nosotros.

***

Mi hermana María E. al leer este texto me ha hecho unas aclaraciones que me permito transcribir a continuación:

> *—Ah… Ya pasé el primer capítulo del libro Memorias. <Era el nombre original antes de cambiarlo por Diabluras>:*
> *Me impresiona mucho recorrer esas vivencias de los años (quizás). Duele saber que los 3 Peláez murieron y quizá también sus padres Jorge Peláez Vallejo y Clarita Ríos.*

Gracias Carlos por hacerme parte del cuento.
Los Gerding, Las Vargas (Helenita y su sobrina Susy) Los Bueno, los Pacini, los Zawadzky y los Goez a la vuelta de las Vargas.
Claudia Valencia Tejada y su mama Lucy la pintora más arriba casi ya en la 9a norte, hermana de Hernandito Tejada el de las esculturas en aquel parque de Cali tan famoso por ellas. Wow, cuanto pasado ha transcurrido ya.

(María E, ha mencionado a los Goez, en mi curso del Berchmans había un monito de gafas con cara de científico… era el más pilo del curso y se llamaba Jorge Goez, creo recordar).

***

Pero paremos un poco, volvamos atrás al momento de cambiar el bombillo de la camioneta.

El dependiente me dijo que ahora esa empresa y esa marca la manejaban los nietos y biznietos de la familia, con sucursales en muchas ciudades de Colombia.

Una vez terminaron de cambiar el bombillo y después de salir del almacén de *Peláez Hermanos*, los recuerdos comenzaban a agolparse en mi mente y un par de días después, estando en mi estudio,

escribiendo en el computador, volví a acordarme de esa historia.

Tecleé, por no dejar, en el buscador de Facebook, el nombre de Luz Victoria Peláez, aquella niña divina protagonista de mis sueños infantiles y quizás el primer amor platónico en mi vida… Y, oh sorpresa… quedé estupefacto… ahí había aparecido en la pantalla…

***

Antes de continuar con esta historia, quiero comentar que mi curiosidad de novelista histórico me presionó a investigar acerca de la vida de los Peláez y el desarrollo de la empresa a través del tiempo y me encontré con una página Web:

https://pelaezhermanos.com/index.php?id_cms=4&controller=cms

A continuación, un fragmento extractado de esa página:

> *"Grupo Empresarial | Peláez Hermanos S. A: Fundada en 1927, comenzó a forjarse a la par del crecimiento del parque automotor. Gracias a esto y al empuje de los líderes fundadores, hoy es una red de comercialización de autopartes con presencia en más de*

25 ciudades a nivel nacional y 36 puntos disponibles. Además de Baterías distribuye las marcas más representativas del mundo de las autopartes.
Baterías Willard S. A:
Fabricante de baterías para carro de la marca Willard, Extrema Willard y Esbic, distribuidas por Peláez Hermanos S. A. en el Territorio Colombiano. Adicionalmente exporta a los mercados de Suramérica (Ecuador, Perú, Chile, Venezuela, entre otros), Centro América (República Dominicana, Costa Rica, Puerto Rico, Honduras, Panamá, Nicaragua, México, entre otros) y al exigente mercado de Estados Unidos".

***

Un contacto con el más allá…

Volviendo a la historia, para mi sorpresa, al teclear aquel nombre, Luz Victoria Peláez, en la pantalla del computador aparecía un rostro, que a pesar del tiempo era muy conocido para mí y nunca olvidado…



Debo confesar que por extraño que pareciera, era una foto subida a Facebook en el año 2013, y presentaba un rostro de mujer con idénticas facciones a las de aquella niña de mis perdidos amores, supuestamente convertida ahora de una chica hermosa, una joven de quizás unos treinta o algo más de edad.

Esto no tenía sentido por cuanto, la niña de aquellos años, la famosa Luz Victoria Peláez, siendo algo mayor que yo, debía tener unos 73 o 74 años, o sea tenía que ser una respetable señora, bastante mayor de edad.

No tenía sentido la fotografía de la página de Facebook, aunque hoy en día hay muchas personas

divinamente conservadas que muestran semblantes muy juveniles a pesar de lo que menciona la edad en su documento de identidad.

Sin embargo, no podía confundirme y el rostro de esta chica Luz Victoria Peláez, era demasiado joven para ser contemporánea conmigo. ¿Quizás fuera su hija o su nieta?

En esa página de Facebook a nombre de Luz Victoria Peláez, había una casi total ausencia de información, excepto por un párrafo en el espacio de detalles que rezaba en inglés:

"*A wonderful mother, amazing artist, and most loving joyful human being. We'll love you always!!*

Una madre maravillosa, una artista asombrosa y el ser humano más cariñoso y alegre. ¡¡Te querremos siempre!!".

Escasamente se mencionaba que esa chica era una artista plástica, pintora, y estaba la foto de una pintura de una pareja bailando tango, al parecer pintada por ella. Además, algunos, muy pocos comentarios de personas que escribían algo en el muro.

Me llamó la atención el nombre de Olga Cecilia Peláez Vázquez, quien mencionaba algo un

poco ininteligible y tomé nota de su nombre; otra señora de nombre Helena de la Torre preguntaba en el muro de Luz Victoria; que (quién estaba usando esa cuenta) y Olga Cecilia le respondía: (Ni idea).

A continuación, entré en la página de Facebook de Olga Cecilia Peláez pues, por su apellido, quizás pudiera tener más información y por medio del Messenger le envié este mensaje:

> *Hola Olga Cecilia: No me conoces, pero me presento soy Gordon McAllister ese es mi pseudónimo literario, mi nombre de pila es Carlos Alberto Gómez Acuña, soy escritor hoy en día y vivo en Bogotá… Para hacer corta esta nota quiero transcribir un escrito que le envié a mi hermana por Whatsapp, ella vive en Aventura, Florida.*
>
> *<Genia: (El sobre nombre de mi hermana María Eugenia): Imposible que no se acuerde de esta cara… busqué, por no dejar en Google, el nombre de ella… era una vecina de una familia que vivía en frente de nuestra casa en la calle 18 norte No. 8-34 en Granada en Cali… busqué el nombre de Luz Victoria Peláez y me aparece esta foto… ¿Qué tal??? yo sí recuerdo esa cara como si fuera ayer no más… Claro que es la foto de Luz Victoria… yo con mis 7 u 8 años vivía enamorado de ella… Me parecía la niña más bonita del Universo… Ahora aparece esta*

foto, pero pienso que es una foto muy antigua o es quizás su hija, pues aquella Luz Victoria debe tener unos 73 o 74 años hoy en día… Pero tengo la sospecha de que ella ya no está entre nosotros y tal vez esa sería una de sus últimas fotos hace muchos años… ¿¿¿Cómo le parece???

Y agregué:

Olga Cecilia, veo que tenemos varios amigos en común en facebook, Tengo la idea que tu conoces a Luz Victoria Peláez y a sus hermanos Jorge Alejando, Carlos Alfonso y Sergio el mayor… ¿¿¿Si es así tal vez me podrías contar que hay de la vida de ellos??? Pura curiosidad. Gracias. Un saludo. Carlos A.

Acto seguido Olga Cecilia me respondió:

—Mucho gusto, soy su prima hermana. Sí, Luz Victoria falleció hace más de 20 años. Comenté arriba que soy su prima hermana. Jorge Alejandro y Carlos Alfonso también fallecieron ya. Sergio vive aún y está en buena condición. Le comentaré a Sergio.

Hoy somos amigos de Facebook con Olga Cecilia Peláez.

Un comentario mío:

Cómo pasan los años y van quedando los recuerdos regados a la vera del camino, como piedras

blancas que brillan en la noche, iluminando los sueños de aquellos insomnes escritores que guardan vigilia en medio de la oscuridad de los olvidos, intentando acordarse de aquellas anécdotas que van surgiendo al paso presuroso de los tiempos perdidos, y cómo aquellos recuerdos en la edad madura nos llevan a revivir nuestra perdida adolescencia y quizás, sentimos la presencia de una lágrima discreta rodando por nuestra mejilla… mejilla marcada con los surcos que deja la experiencia, grabadas y talladas a punta de cincel en nuestro rostro, talladas por las tantas historias vividas en nuestra constante trashumancia.

Gordon McAllister

Y como si se tratara de un gran destapador, la anterior historia revivió y trajo a la memoria muchas anécdotas de aquellos años, algunos aciagos y otros simplemente divertidos, vividos en la Cali de los 60s y algunos años más en otros horizontes…

— O —

Capítulo 2.
Recuerdos desastrosos en kínder

Tendría unos cuatro años cuando fui llevado a la fuerza para estudiar el kínder en el Liceo Benalcázar de Cali.

Salir de mi casa se había convertido en un suplicio. En mi casa lo pasaba muy bien. Cuando mis padres salían a trabajar yo me quedaba con la empleada. Entonces en la cocina me subía a una alacena muy alta y desde ahí supervisaba todo lo que hacía Martina y empezaba a molestarla.

(Una curiosidad, desde el momento en que Martina comenzó a trabajar en nuestra casa el tamaño de los huevos del desayuno se disminuyó a la mitad… Cuando le preguntábamos por qué el huevo en el plato estaba tan pequeño, ella respondía que ni idea… Sin embargo, en la comisura de su boca siempre había pegado un pedazo de huevo comido a la carrera… el cuerpo del delito y, por tanto, en mi casa a Martina le decíamos *Viruñas, el terror de los huevos*).

A Matina yo le decía groserías, pero de esas que todavía no sabía que ni siquiera eran groserías … Por ejemplo, le decía.

—Le miento la madre, Martina… le miento la madre. (yo pensaba que esa era la grosería y feliz la repetía).

—Niño Carlos, le voy a decir a su mamá cuando llegue…

Esa tortura a la muchacha del servicio era constante y también constante eran los castigos que me ganaba por mi absoluta impertinencia diciéndole groserías.

En la noche al llegar mis padres, para entregarme algún carrito que me habían traído, era necesario pasar primero por el castigo y a continuación mi padre me ordenaba traer una correa para el concebido castigo… Yo tenía una correa de cuero mía, muy desgastada y blandita, que era la que siempre traía y así los juetazos no me dolían nada…

Pero Martina era buena…. cuando mis padres se iban a demorar, entonces ella nos contaba cuentos de patojos… cuentos de patojos con niguas… Esas eran historias impactantes y según decía Martina, a los patojos les salían niguas por falta de aseo, así que, desde muy niños, con mi hermana aprendimos a bañarnos diariamente para no quedar como los patojos… y llenarnos de niguas.

Muchas años después, pude saber que los patojos eran personas del campo que cojeaban pues tenían las piernas torcidas y las niguas eran unos pequeños insectos microscópicos que se pegaban a los pies y producían rasquiña y escozor. Después de los cuentos de Martina, ya nunca más volvimos a oír cuentos de patojos ni de niguas.

Respecto a la ida al colegio no me podía oponer, pero, si bien no lo recuerdo, me dicen que armaba unas pataletas espantosas cada que me tenían que subir al bus del colegio y mi hermana grande me ponía en orden mediante un buen pellizco.

Y repito, comencé a asistir al colegio, pero por pura obligación…

Nota: En aquella época el Liceo Benalcázar era mixto en kínder y a partir de primero de primaria era un colegio de señoritas. Mi hermana María Eugenia estaba en 2º. grado de primaria y era muy fuerte conmigo, (y siguió siéndolo con el correr de las siguientes seis décadas), aunque nunca me dejé. Hoy somos buenos amigos…

En el Liceo Benalcázar teníamos una profesora muy pasada de años, se llamaba doña Irma, (creo que ni tenía apellido). Era una vieja malgeniada, gorda y fea que nos trataba bastante mal, o por lo menos así era conmigo ya que yo no me portaba nada bien… recuerden que estaba ahí por pura obligación

y a la fuerza, así que no tenía ningún interés en llevarme bien con nadie.

Sin embargo, tengo que confesar que con quien sí me llevaba muy bien era con las amigas de mi hermana quienes me consentían y me cogían los cachetes. Aún recuerdo a algunas de ellas, Fredes Paz, Leonor Inés Lega, Florencia Jaramillo, Ruth Oliveros, Nuria Sugrañes, Ingrid Bevan, etc., todas ellas en segundo de primaria y yo en kínder. Yo era el hermanito chiquito de Genia, y ellas me adoraban, además era un niño muy bonito, pero ni rastro de lo que queda hoy en día.

Recuerdo una vez que estábamos en clase, era una clase con pintura dactilar y teníamos que pintar unos modelos. En mi caso era la silueta de una gallina, y tenía ambas manos embadurnadas de pintura azul rey.

En mi curso había una pareja de hermanitos: Titito y Titita Rivera. Eran dos cagones consentidos que me caían muy mal.

En un momento dado se me acercó Titito Rivera a preguntarme que por que pintaba la berraca gallina de azul cuando las gallinas nunca son azules… Eso me colmó la copa y simplemente le pasé duramente mis dos manos azules por la cara…

El grito del cagón sacudió a todo el salón y se me vino la Titita Rivera a reclamarme porqué le había pintado la cara al hermanito… Pues era la ocasión

perfecta y no la desaproveché, también le pinté la cara a la tal Titita Rivera y fue cuando se armó la de Troya…

La vieja Irma se me vino cual rayo y yo ni corto ni perezoso salté de mi asiento y me metí debajo de unos pupitres que estaban arrumados en un rincón… allá ni modo de alcanzarme. No le valieron los gritos a la vieja para sacarme de ahí.

Entonces se le ocurrió llamar al jardinero del colegio, se llamaba Bolo y era un tipo enorme con un overol azul.

El tal Bolo metió la mano por un hueco para cogerme y empecé a patearle la mano con todas mis fuerzas para no dejarme sacar de ahí… El tipo muy enojado le dijo a doña Irma que esa no era labor de él y se largó con su mano adolorida.

Fue entonces que la vieja Irma se le ocurrió mandar llamar a mi hermana María Eugenia.

Genia llegó al salón de kínder y luego de intentar por las buenas convencerme de salir de mi bunker, metió la mano y me sacó del pelo…

Ese día me echaron del Liceo Benalcázar aún a pesar de tener el honor de ser el ahijado de doña Betsabé Zapata, la vicerrectora del colegio. Dijeron que no podían comprometerse a educar a semejante demonio.



Si bien el escudo del colegio tiene la imagen de una abeja y las palabras Tensión y Ritmo, las directoras decían que yo era poco ritmo y mucha tensión para el colegio, ¡por eso pa´ fuera!!!

Betsabé Zapata era oriunda de La Victoria, un pueblito del norte del Valle del Cauca, cercano a la ciudad de Cartago. Mi madre también era nacida en La Victoria y ambas pertenecían a las familias distinguidas, con casa en la esquina de la plaza principal del pueblo.

La finura de Betsabé Zapata era notoria y en una ocasión en que mi madre nos llevó a Genia y a mí a conocer el pueblo de La Victoria, fuimos invitados a almorzar a casa de doña Betsabé.

Guardo el ingrato recuerdo del menú de aquel almuerzo… Estaba en cosecha el zapallo y con él quedó condenado dicho almuerzo: Sopa de zapallo, carne con arroz con zapallo, jugo de zapallo, ensalada de zapallo y dulce de zapallo de postre. Yo detestaba el zapallo a muerte, pero los ojos de mi madre me obligaron a tragarme esa porquería sin pestañear…

Al terminar, se decidió que diéramos una vuelta por las calles del pueblo para bajar el almuerzo, y nuevamente la finura de Betsabé Zapata quedó en

evidencia. Íbamos caminando y de pronto no habíamos visto algo en el piso… Fue el momento en que Betzabé nos dijo… Cuidado niños, miren por donde pisan, cuidado se untan de Miscuisca…

Esa palabra nos quedó grabada para siempre y cada que nos acordamos de doña Betsabé Zapata, vicerrectora del Liceo Benalcázar y madrina de bautismo mía, nos acordamos de la Miscuisca… Jajajaja.

— O —

Capítulo 3.
Estudiando en el Colombo Británico de Cali.

Saliendo del Liceo Benalcázar, me recibieron en kínder en el Colegio Colombo Británico. Usaban un uniforme que consistía en una camisa blanca con corbata verde a rayas, un incómodo saco de señor color verde con un escudo anaranjado con el logo del colegio en la tapa del bolsillo delantero del saco, medias blancas y lo peor del mundo, un pantalón gris corto… Terrible, ese bendito pantalón corto… me parecía humillante.

Para mí, en aquella época, lo peor que me podía pasar era tener que usar pantalón corto, cuando todos mis amigos de la cuadra usaban blue jeans largos y en sus colegios no les exigían uniforme y menos pantalón corto… eso para mí era una total vergüenza.

Realmente detestaba ese colegio y la rebeldía se me alborotó, más cuando las profesoras, casi todas extranjeras, ni siquiera hablaban español y todo el resto del cuerpo de profesores solo podía hablar en inglés así uno no les entendiera nada…

A media mañana en el colegio nos obligaban a beber un vaso de leche caliente recién ordeñada y un banano, con ese calor de Cali. Y a la hora del

almuerzo, todos los días daban fríjoles, los cuales en aquella época no me gustaban.

Mi rebeldía en kínder me obligaba a rechazar el hecho de tener que quedarme sentado en un pupitre dentro de un salón de clase, quieto, al lado de un jurgo de cagones, todos ellos cual borregos seguidores de la disciplina impuesta, cuando afuera en el jardín, el sol, las flores y un prado verde, me invitaban a salirme de clase e irme a sentar en ese jardín, para horror total de las profesoras Miss Mary o Miss Vascones… la primera británica y la segunda canadiense.

En una ocasión, al salirme para el jardín en plena clase, Miss Mary me entró cogido de la oreja y me pegó un regaño fuerte y luego al voltearse para el tablero, yo le saqué la lengua, pero la vieja me alcanzó a ver y se me vino derecho con el dedo apuntándome a la nariz…

— ¡¡¡You!!! —me dijo la vieja en inglés—, agregando una jeringonza en su idioma que no entendí del puro susto…
(Nota: La verdad era que Miss Mary era joven y muy bonita, pero no se llevaba bien conmigo).

Luego, halándome del cuello de la camisa, cual criminal incriminado, prácticamente me arrastró a la oficina de Mr. Wilson, el rector del colegio… Fue todo lo que recuerdo, pues las acusaciones, recriminaciones, los juicios y los conatos de culpabilidad, realmente me resbalaban ya que tenía tapados los oídos con una costra de indiferencia… Si en aquel momento hubiera sido un adulto, habría pensado que se fueran para la mismísima mierda con sus acusaciones…

El rector quiso saber cómo era mi desempeño académico para ver si valía la pena seguir conmigo, pues disciplinariamente ya se sabía que yo era un desastre…

En el colegio Colombo Británico en los grados inferiores calificaban en las libretas con estrellas: Verdes, Rojas y negras.

El tipo cogió mi libreta de notas la cual parecía la sotana de un jesuita, toda negra por la cantidad de estrellas negras…

En ese momento llamaron a mis padres y luego vino lo que para mí se convirtió en un triunfo total… me echaron del colegio y ya no tuve que usan de nuevo los vergonzosos pantalones cortos…

El caso concluyó con que mi madre, conocía al Padre Ojeda del colegio Pio XII de padres franciscanos y me palanqueó la entrada habiendo sido recibido a mitad de año en primero de primaria.

En el primer día de clases, yo esperaba el bus del colegio con mis flamantes blue jeans nuevos marca El Roble y los llamados zapatos Tmractor que estaban de moda… Eso fue lo mejor que recuerdo de aquella anécdota.

Sin embargo, ese primer día en el Pio XII me inauguraron: Mi papá me había dado veinticinco centavos para comprarme las onces y en la tienda del colegio a la hora del recreo había una baraúnda tremenda de chicos comprando cosas. Yo con mi plata me compré un gran pastel lleno de crema por encima y una Coca cola, las cuales llevaba en cada mano al salir del tumulto… Pero la sorpresa fue que, al acercar mi mano con el pastel a la boca para pegarle un mordisco, un maldito desgraciado que no pude ver me dio un gran golpe en la mano estrellándome el bizcocho con crema y todo en la cara y se me cayó al piso que estaba embarrado pues ese día había llovido.

Conclusión, no pude disfrutar del pastel y ya me había gastado el dinero de las onces.

Ese día aprendí lo que significa que unas son de cal y otras de arena.

Estos del Pio XII no eran los chicos de uniforme, educados, bilingües y disciplinados del Colombo Británico. Poco a poco me fui dando cuenta que el ambiente del nuevo colegio era quizás el de una jungla llena de terribles aprendices a delincuente, así vinieran de las mejores familias de Cali, lo cual nada garantizaba. En el Pio XII aprendí a pelear, a pelear con lo que fuera. Aprendí a darme en la jeta con quien fuera y al costo que fuera.

La ley de los curas en el colegio era disciplinar a toda costa a aquellos malandrines disfrazados de estudiantes. Aún recuerdo al cura Herrera, un tipo más bien bajo, blanco, colorado y sanguíneo, en quien se adivinaba, debajo de sus ropajes franciscanos, una musculatura de acero. El padre Herrera cargaba una fusta de arriar ganado y me parece estarlo viendo entre las filas de jóvenes de la banda de guerra, repartiendo fusta en la espalda de todo aquel que estuviera armando jolgorio, y lo hacía sin piedad y más bien con franciscana disciplina.

También me acuerdo de mi primera comunión en el colegio, cuando era obligatorio aprenderse de memoria las oraciones y jaculatorias y en este caso, era el padre Jaramillo, un hombrón gigante, de piel trigueña oscura, pelo azabache y con el semblante de un terrorista árabe recién llegado del Oriente Medio, que metía miedo y nos tomaba la lección boleando el famoso Cordón de San Francisco, que los

franciscanos llevan atado a la cintura, con sus cinco nudos que nos recordaban las señales de Cristo, eso decían, aunque yo nunca supe de qué se trataban esas señales.

Los franciscanos usaban esa cuerda a manera de látigo para disciplinar a los más díscolos y a los demás también, y el Padre Jaramillo no tenía el más mínimo escrúpulo en darnos un latigazo con ese cordón, intentando marcarnos los cinco nudos en la piel si nos equivocábamos en dar la lección, y así de pasada nos sentiríamos como un Cristo azotado rumbo al calvario, y a mucho honor.

El día de la Primera Comunión todos estábamos perfectamente alineados, estrenando nuestros impecables blazers, saco y pantalón de paño blanco, con corbata negra y el escudo del colegio con las letras "Pio XII" bordadas en hilo amarillo sobre fondo negro y, firmes en nuestra memoria, los preceptos y oraciones de la Santa Iglesia Católica y muy santos fuimos recibiendo los santos sacramentos, aunque en nuestros corazones resintiéramos un poco los métodos disciplinarios de la época.

Sin embargo, de ahí salimos hombres recios, hombres fuertes, hombres duros y finalmente hombres que le servirían a cabalidad a la sociedad Caleña y al país.

Muchos años después, ya siendo adulto, comenzaron a llegar las noticias del escándalo de los curas pederastas de la iglesia, para estupor de todo el mundo… y yo recordaba: Eso no fue con nosotros.

En aquellos años en el Pio XII no había problema con eso… Nunca supimos que se hubiera presentado un solo caso de pederastia en el colegio…

Sin embargo, había un cura… el cura "Fulanito"; me reservo el nombre por razones obvias, ya que a mí personalmente no me constaba. El cura "Fulanito", según decían todos, era marica. Todo el colegio lo sabía y nadie se le acercaba al cura "Fulanito". En mi caso, desde muy niño ya sabía que uno no podía acercársele al cura "Fulanito" y eso era tema que pasaba de boca en boca, total todos lo sabíamos y todos nos cuidábamos.

— O —

Capítulo 4.

Un pantalón mal cosido, una embarrada en un bus *Blanco y Negro* y otra en *Codi Mobil*

A mis 8 años.

A la vuelta de mi casa en la calle 18, vivía un amigo del Pio XII, era Jaime Londoño, un tipo querido, regular estudiante al igual que yo, pero buena gente y muy buen amigo.

En esa cuadra había varios amigos del colegio y cierta vez, habiendo recibido un pantalón largo, nuevo, color negro, que me regaló mi madre, iba saliendo para la calle a verme con los amigos, pero mi madre me increpó para que me cambiara el pantalón nuevo por otro más viejito…

A mí me dio pereza cambiarme y me salí con el pantalón nuevo…

No pasaron quince minutos y ya estaba jugando futbol en la calle, cuando vino una caída de frente y zazz… el pantalón quedó roto en la rodilla de lado a lado…

El arrepentimiento, la tristeza, justo el pantalón nuevo y quizás un regaño fenomenal que

vendría… Había que hacer algo para esconder el impasse.

A mí me habían enseñado a coser en los Scouts. A continuación, en la casa de Jaime Londoño, me consiguieron hilo negro y aguja y me dispuse a hacer una costura del hueco el cual quedo relativamente bien, el roto escondido, salvo porque al recoger la tela para unir las dos partes, una pierna quedó más corta que la otra, pero no se notaba mucho y así me lo puse muchas veces…

Sin embargo, alguien me dijo alguna vez:

—Oye Gómez… me parece que vos tenés una pierna más corta que la otra, ¿cierto?

—Si, güevón, cierto… ¿y qué? pero vos tenés la jeta más grande que la mía y yo no digo nada…

Varios años después, alguna vez mi madre, al lavar el pantalón, se enteró de la costura, pero ya había pasado el tiempo y no era momento de regañarme. Además, para entonces, ese ya era un pantalón viejo.

A Jaime Londoño lo recuerdo pues, los sábados después de la izada de bandera en el colegio, el padre de él pasaba a recogernos a la salida de clases para llevarnos al Club Campestre donde almorzábamos y pasábamos toda la tarde. Yo tenía

buenas notas en algunas materias, no todas, y para entonces le ayudaba a Jaime con algunas de ellas.

En aquella época en Cali no había mayores problemas de seguridad como en la actualidad, y cuando a uno lo dejaba el bus del colegio, pues no había problema en tomar un bus Gris o uno Blanco y Negro, para regresar a casa. Muchas veces nos dejaban castigados después de clases y si nos dejaba el bus de los deportes, con Jaime regresábamos juntos a nuestros hogares en bus público.

A mí me gustaba evitar el bus del colegio para regresar a casa, pues a pie, por el camino hacia la parada del transporte público, pasaba cerca del colegio *Stella Maris*, donde estudiaba Clara Stella Gutiérrez.

Ella fue mi primera novia a los 9 años y después, seguimos siendo los mejores amigos hasta la edad madura y le guardo un gran aprecio. Ella hoy vive en Rockville Maryland, USA.

Al llegar al alto muro del patio del *Stella Maris*, con otro amigo, a veces con el mismo Jaime Londoño, nos subíamos al susodicho muro y comenzábamos a pistear y a silbarles a las chicas ahí subidos, haciendo rabiar a las monjas que nos gritaban para deleite de las estudiantes. Luego las monjas traían una manguera y comenzaban a

rociarnos agua para hacernos bajar. Clara Stella y sus amigas ya nos conocían y quizás lo celebraban en silencio.

Pero… esto de tomar un bus *Blanco y Negro* para ir a mi casa desde el colegio me ha traído a la memoria otra anécdota: Quizás no debería contarla pues no es recomendable, pero hagámoslo, qué carajo…

***

Me encontraba en clase por allá en tercero de primaria, a la sazón con mis ocho o nueve años y tenía una urgencia para ir al baño… Sin embargo, el verraco cura profesor en el Pio XII, me dijo que no podía salir hasta que terminara la clase… No me podía aguantar más y para cuando finalmente pude llegar al baño… ya no había remedio… ya lo que debía suceder ya había sucedido y el cuerpo del delito se encontraba entre mis pantalones, y más que una solidez con densidad palpable era una flacidez medio acuosa y desagradable que había traspasado interiores y exteriores…

Ahí encerrado en el baño, aterrado, con un sentimiento de culpa sin tener la culpa, esperé a que tocaran la campana del recreo y todo el mundo ya se hubiera ida a clase.

Ahí solo, en el baño, me limpié lo mejor que pude… pero, nada que hacer... el olor en los

pantalones sucios era imposible de esconder… Tomé la decisión de irme para mi casa saliendo a hurtadillas del colegio a mitad de la jornada y sin pedir permiso.

Ya en el paradero de buses, esperé impaciente a que llegara un bus *Blanco y Negro* bien desocupado que me dejara en la esquina de mi casa.

Entre al bus, pagué apresuradamente el pasaje y fui a sentarme en la última banca, en un rincón infinitesimal, donde quizás las malas lenguas no se percataran de mi maltrecha situación y no le contaran a nadie de tan apremiante incomodidad…

Pero hoy, en mis años canosos, ya me importa un bledo que todo Cali se entere del día aquel en que me cagué en los pantalones en el colegio…

***

Otra embarrada, pero de una índole distinta…

El hermano de Jaime Londoño.

Muchos años después, ya siendo un joven adulto, a la sazón en mis diez y nueve años, fui contratado como vendedor. Recuerdo mi encuentro con el hermano de Jaime Londoño, bastante mayor que yo, cuando ambos éramos representantes de ventas en *Codi Mobil*, la empresa petrolera gringa. y

fue cuando por causas del destino, y como decían coloquialmente, me pasaron la carta con el ácido… "Ha sido un placer haberlo conocido", es decir, me echaron de la empresa.

Desde el comienzo, en la Compañía había cierto recelo para contratarme pues, incluso, el pase de conducción me tocó sacarlo con una póliza de seguro firmada por mi padre, pues en aquella época el pase normalmente lo otorgaban hasta los 21 años que era la mayoría de edad, y yo recién cumplía los 19.

Me encargaron, primero, la zona No. 38 para atender las ventas en los pueblos del Valle del Cauca, reemplazando al vendedor titular que salía de vacaciones; luego fui asignado a la zona No. 33, para atender las ventas de combustibles y lubricantes a las empresas industriales de Cali.

Pero la razón principal de mi salida de la empresa fue que el carro asignado para el cargo, un Renault 4, tuvo un desperfecto en el motor… El motor se fundió por falta de aceite, tenía una fuga. Yo no sabía que había que estar pendiente del aceite y no supe en su momento, que, un testigo prendido anunciaba que había un problema con el aceite del carro y para las directivas era imperdonable que, justo un carro de una empresa petrolera productora de lubricantes de motor resultara con el motor fundido por falta de aceite.

Al salir de la empresa, yo aún no cumplía mis veinte y en ese momento el hermano de Jaime Londoño me dijo con voz profética:

> *"No te preocupés Carlitos, que vos tenés el futuro asegurado, venís de buena familia y el color de la piel siempre te salvará. Más tarde que temprano vos te irás para arriba y el mal momento de hoy solo será una pequeña piedra en el camino que te habrá ayudado a madurar. Y ahora, pa´ lante y pa´ arriba… siempre pa´ lante y pa´ rriba".*

Y así lo hice… nunca me olvidé de las palabras proféticas del hermano de Jaime Londoño. Lo malo es que no me acuerdo del nombre de él, pero si me acuerdo de su cara y de su inmensa gentileza y gallardía, parecía un gringo colorado y mono y con una sonrisa de oreja a oreja.

Desde entonces, ante cualquier impasse que tuve en la vida, siempre recordaba que había que echar: "*Siempre pa´ lante y pa´ rriba*".

Pero, la historia no termina ahí… Ese cargo en Codi Mobil tenía por sede la ciudad de Cali y al entrar a trabajar ahí había tenido que abandonar mis estudios universitarios en la U. Javeriana en Bogotá donde ya había cursado el primer semestre de

economía. Sin embargo, en *Codi Mobil* me decían que a ellos no les interesaba mi carrera universitaria y la carrera yo la iba a hacer en la propia empresa.

Bueno, al salir de la empresa regresé a Bogotá y comencé a trabajar en la empresa de mi padre y volví a entrar a la Javeriana estudiar Administración de Empresas.

Sin embargo, todavía pasarían seis meses para poder sacarme el clavo de *Codi Mobil*…

Un domingo hacia la cinco de la tarde estando en mi casa recibí una llamada telefónica. Era el Gerente de Ventas de la *Esso Colombiana*, la primera petrolera al detal que operaba en Colombia en aquella época, competencia directa de *Codi Mobil*. Alguien le había dado referencias mías y estaban interesados en mi persona y deseaban que entrara al equipo de ventas de la *Esso*. Incluso me dijo que los exámenes médicos y la firma del contrato lo haríamos después. Pero… tenía que decidir de inmediato pues hacía las seis y media de esa misma tarde pasarían a recogerme para irnos a un evento de la Compañía en Paipa, un seminario para los vendedores y si yo estaba interesado en el puesto entonces tendría que asistir a dicho evento.

Lo pensé, lo debatí conmigo y finalmente decidí rechazar el cargo… Me era muy difícil dejar abandonado a mi padre con su empresa, a quien ni siquiera había consultado por falta de tiempo.

De haber aceptado, el rumbo de mi vida hubiera sido totalmente distinto y hubiera hecho carrera en la *Esso Colombiana* como ejecutivo y no hubiera podido estudiar y graduarme en la Javeriana y seguramente tampoco hubiera podido hacer un postgrado de especialización en la Universidad de los Andes, ni hubiera tenido las ricas experiencias laborales que siguieron con los años, ni hubiera sido empresario.

Sin embargo, me queda una sonrisita al pensar que a la final me llamaron de la *Esso Colombiana*.

— O —

Capítulo 5.
De cuando me volé en el triciclo.

No había cumplido los siete años aún y sucedió que un domingo por la tarde mi mamá se fue de paseo con mi hermana mayor y no me llevaron… Mi padre estaba en casa como siempre trabajando en sus planos arquitectónicos y oyendo su música clásica. Mi hermana menor estaba recién nacida y a mi me tocó quedarme con mi padre en casa.

Yo estaba seguro de que ellas se habían ido a casa de mi tía Leonor y no me llevaron, lo cual para mi forma de verlo en aquel momento era inconcebible…

—¿Qué tal? —pensaba yo— Un domingo por la tarde, día festivo, se van de paseo donde mis primos ¿y no me llevan?

Realmente lo que sucedió a continuación fue que no pude dominar el deseo de tomar cartas en el asunto y resolver la situación por mis propios medios. No me iba a quedar con esa guardada…

Yo tenía un triciclo de pedales y eso me serviría de medio de transporte para llegar a casa de mi tía Leonor… Yo ya sabía el camino para llegar allá… Nosotros vivíamos en el barrio Granada en la

calle 18 norte con carrera octava y mi tía vivía por la avenida de Las Américas casi llegando a la avenida Estación, cerca de la Estación del Ferrocarril. No pensé que el trayecto fuera tan largo, y ya la decisión estaba tomada…

Y algo muy importante, no iba a ser tan bobo de pedirle permiso a mi papá para que lo negara y dañarme el plan, así que, sin avisar, saque el triciclo a la calle y me fui…

Pedaleé y pedaleé atravesando calles y más calles, con cuidado de que no me atropellara un carro y seguí y seguí cuadra tras cuadra, henchido de orgullo al saberme protagonista de semejante aventura nunca imaginada…

Luego de un buen rato, llegué a la casa de la tía Leonor quien me recibió con un grito de sorpresa…

—Mijo, ¿pero usted que hace aquí? ¿Con quién vino? ¿Cómo se fue a venir solo? ¿Y sus papás dónde están?

En ese momento al preguntar por mi mamá y mi hermana y enterarme que ellas no estaban ahí, fue cuando caí en cuenta de la embarrada cometida y sin más explicaciones, volví la espalda casi sin despedirme y comencé a des andar camino sin hacer caso de las advertencias de la tía de que me esperara para llamar a mis padres a que vinieran por mí…

El viaje de regreso fue cual bólido… ya estaba seguro de que la había cagado con todo y era mejor regresar a casa cuanto antes, para evitar que la situación se pusiera peor… Las cuadras, calles y carreras pasaban vertiginosas bajo las débiles llantas de mi triciclo y miraba para todos lados viendo en cada cara a mis padres que venían a regañarme…

Al llegar a la esquina a media cuadra de mi casa, alcancé a ver a mi papá parado en esa esquina mirando para todos lados, con mi hermana bebé cargada y con una cara de angustia que se manifestaba claramente…

Llegue a casa… entré… mi papá también entró y solo atine a saludar a mi papá quien nada dijo… y yo ya sentía el ambiente tenso como si fuera a estallar un inmenso volcán en cualquier momento.

Ante esa critica situación, yo con mis casi siete años a cuestas pensé que lo mejor era acostarme a dormir de una buena vez y alcancé a despedirme de mi papa y decir que ya me iba a acostar… Eran las 5:30 de la tarde…

Acomodé el toldillo, me puse el pijama y me metí en la cama… realmente pensaba que ya me había salvado de la situación…

En ese momento la voz de mi padre…

—Carlos Alberto, venga un momentico…

—Ya voy—, contesté, tratando de ganar tiempo…

—Venga ya— insistió mi padre.

Casi no alcancé a llegar donde él estaba cuando voló por el aire el primero de unos veinte o más correazos…

Ya tenía las piernas encendidas de dolor… los correazos no paraban… el castigo no terminaba nunca y siguió y siguió hasta que su brazo se cansó…

Un rato largo después no podía parar de llorar del dolor y siendo la 6:45 pm de aquel día, me acosté a dormir de una buena vez…

Al día siguiente me desperté temprano para ir al colegio… al bañarme aún tenía las piernas marcadas de los juetazos, pero, lo peor, en mi alma quedaron grabados esos azotes para siempre… Esa fue la peor pela que me tocó aguantar en la vida… Pero ahí no paró todo…

Tuvieron que pasar unos ocho años más… Ya había cumplido mis quince años y tenía un cuerpo grande, alto y espigado y más fuerte y musculoso que uno normal para esa edad…

Un día cualquiera temprano en la mañana tuve un altercado verbal con mi papá… y salí furioso para el colegio azotando la puerta de la calle… pero… al salir, justamente caí en cuenta que había dejado un cuaderno con una tarea importante para presentar ese día, y me toco devolverme… No tenía la llave y me tocó timbrar…

Mi papá se me vino con furia para pegarme y hasta ahí fue…

Me cuadré con los puños en alto y le dije:

—Usted me llega a tocar siquiera y le rompo la cara… ¿Me entiende?... nunca más le voy a permitir tocarme un pelo… Vea a ver si se atreve… y ya estaba calculando en que mejilla le iba a poner la trompada…

Con cara de total sorpresa en su rostro, se frenó en seco y dio media vuelta y se devolvió para adentro…

Nunca más se volvió a enfrentar conmigo. Nunca más.

Pero ahí tampoco termina la historia… Han pasado otros cincuenta y cinco años… ya la madurez se va tornando en sabiduría y los años dejan sus huellas en el rostro y luces en el alma…

Ahora he tenido que comenzar a recoger certezas que antes tenía y que ahora se tornan en pesadas experiencias que, si no las asimilamos con sabiduría, dejan peores marcas y heridas que no sanan…

Tuve una relación difícil con mi padre y nunca logré recuperarla estando él en vida, pero ahora soy yo el que debo recoger las velas y no estar expuesto a las tempestades que surcan el horizonte de mi alma…

El camino, me repito una y otra vez, es el perdón… El entendimiento, la comprensión, el caer en la cuenta, el entender que todos hacemos lo mejor que se nos ocurre hacer en esta vida y tratando de hacer lo mejor igualmente la embarramos… y eso nos pasa a todos sin excepción…

Claro que me parezco a mi padre… de sus hijos soy el que más se parece… Él es como un espejo de mi mismo… Y yo me tengo que perdonar por muchas cosas y no seguir cargando un costal de penas y cargos de consciencia que ya están obsoletos… Si, yo me he perdonado y lo he perdonado a él y así la vida comienza a hacerse más fácil.

Hoy en día tengo tres hijos y prácticamente nunca les he pegado.

— O —

Capítulo 6.
Otras anécdotas de la calle 18 con 8va.

Un Todoterreno militar de hierro colado:

Regresemos a los nueve años.

En diciembre de alguno de aquellos años, el niño Dios, me había traído un todoterreno militar de pedales… Era la réplica exacta de un Jeep Willis y era un mastodonte de campero muy pesado pues estaba hecho de hierro colado, hermoso pero inservible y mucho más pesado que los carros de pedales de latón… Ese armatoste no lo movía nadie y los pedales no servían para nada… Siempre me quedaba mirando con tristeza mi jeep inservible.

Pero un día hermoso llegó la moda de los carros de balineras a mi cuadra, además, la calle 18 era una bajada de dos cuadras de distancia, desde una loma y era perfecta para echar a rodar los carros de balineras…

Con este nuevo hecho yo pensé: ¿Para qué diablos yo quiero un carro de balineras cuando tengo mí flamante jeep de hierro colado?

Para información de los lectores, quiero que recuerden esos molinos de carne antiguos que eran de hierro colado y eran pesadísimos… Ahora imaginen el enorme peso de un jeep de pedales todo hecho de hierro colado… Normalmente los carros de pedales eran de lata y no de hierro colado.

Desde ese día comenzamos, con unos amigos, a llevar a cabo la ardua labor de subir a la fuerza el dichoso jeep por esa colina y luego descolgarnos con todo por la bajada.

El problema era que ese verraco jeep sin frenos, después de coger impulso no lo paraba nadie y solo cuando se estrellaba era que quedaba quieto.

Un día, ya habíamos subido el jeep a lo alto de la colina y luego de montarnos con tres amigos como pudiéramos caber, nos descolgamos a toda velocidad por la bajada…

A mitad de camino había una carrera lateral que desembocaba en la 18, la calle de la bajada y por esa esquina intempestivamente apareció un campero Land Rover de verdad… Ya íbamos a toda velocidad y alcancé a ver la cara de horror del conductor del campero y simplemente detuvo la marcha esperando el totazo de nuestro tiesto…

Nos estrellamos con todo… Salimos despedidos como si hubiera ocurrido una gran explosión… dos de mis amigos con la boca

reventada, otro descalabrado y en mi caso que era el chofer no me pasó nada… Sin embargo, el jeep de hierro colado quedó inservible… prácticamente desbaratado, y la carrocería se partió por la mitad… Hasta ese día duró el jeep de pedales y nuestras ilusiones de correr colina abajo. Sin embargo, salimos indemnes de ese accidente.

— O —

Capítulo 7.
La Carrera de prototipos

La anterior anécdota trae a mi memoria otro caso sucedido varios años después, cuando estudiaba en el Colegio Berchmans y se estaban celebrando las fiestas patronales del colegio. Para entonces tendría unos doce o trece años. Hubo un evento, una competencia, una carrera de carros hechizos. Todos los cursos participaban con sus carros hechos a la medida de la creatividad de los participantes. Nosotros éramos la tercera división, quizás recuerdo éramos de segundo o tercero de bachillerato y con varios amigos nos dimos a la tarea de fabricar un carrito espectacular. Era de madera, con las llantas de mi antiguo y malogrado jeep de hierro colado, llantas que había conservado en la buhardilla de mi casa por si algún día servían de algo.

Teníamos buenas opciones de ganar y recuerdo a mis compañeros de curso con quienes armamos el equipo: Uno era Carlos Alberto Victoria y el otro Rodrigo Insignares, de los otros dos no recuerdo bien sus nombres, uno creo, era Ayala y el otro Echeverry Negro. (Había otro Echeverry en el

curso, que era más blanco y por tanto le decíamos Echeverry Blanco).

El día de la carrera que transcurría en el trayecto desde el Club de La Rivera en el barrio Aguacatal, hasta la sede del colegio en el barrio Centenario. La carrera estaba compuesta de varias subidas y bajadas y mientras tres empujábamos con todo el carrito, Carlos Alberto Victoria iba al volante con mano certera y pulso de cirujano…

(Muchos años después, en la época actual, ya todos inmersos en nuestras sabias experiencias de adultos mayores juveniles, contacté a Carlos Alberto Victoria por Facebook… Se había convertido en un prestigioso médico radicado en Cali. A Rodrigo Insignares sí le perdí la pista, así como al resto de compañeros.).

Ese día de la carrera, íbamos volando en una posición de ventaja respecto a otros y con muy buena opción de resultar ganadores… En una bajada casi enfilando hacia el colegio, el carro nos cogió ventaja y los que lo empujábamos perdimos el contacto y Carlos Victoria seguía adelante volando con el impulso…

En ese momento, se presentó una tragedia:

Un ancianita que apareció quien sabe de dónde, se atravesó la calle con paso cadencioso,

bastón en mano y paso inseguro… Fue tan intempestiva la aparición que Carlos Victoria no pudo maniobrar y levantó a la viejita con todo y bastón… Luego una estrellada del carromato contra un muro y Carlos Alberto quedó estampado y enredado en medio de los fragmentos de madera del carromato… Una viga del grosor de un dedo medio se le incrustó varios centímetros en la pierna a la altura de la pantorrilla, por delante y se hizo necesaria la presencia de una ambulancia para llevarlo al hospital.

Total, la viejita en una ambulancia y Carlitos Victoria en la otra. Nunca supimos que fue de la viejita, espero que nada malo.

Días después visitamos a Carlos en la clínica, y era impresionante observar el enorme agujero que tenía en la pierna…

De eso me acuerdo como si fuera ayer.

— O —

Capítulo 8.
Otro recuerdo de la calle 18.

Éramos una pequeña pandilla de chicos demasiado chicos para ser una pandilla, pero ya pretendíamos comportarnos como tales. Sin embargo, creo que ni siquiera llegábamos a los 10 años…

Alguna vez, estando presente la temporada de cometas, nos inventamos el plan perfecto para robar cometas…

En la calle 18, arriba, hasta donde subía y terminaba la calle, había un gran peñasco de unos, tal vez, quince metros de altura, ya colindando con los cerros de Cali, en medio de los matorrales y la vegetación.

Creo entender que por allá arriba pasaba una carretera periférica que subía hasta el propio Cerro de las Tres Cruces.

Incluso, hoy en día, con la modernidad de la ciudad, por las fotos de *Google Maps,* me parece que la calle 18 ya no termina en la subida, sino que continua arriba hacia otras cuadras construidas con posterioridad a nuestra época.

Arriba del peñasco se subían las personas a elevar las cometas pues era un lugar perfecto donde pegaba duro el viento.

Nuestro invento consistía en amarrar firmemente dos piedras redondas grandes a los extremos de una cuerda. Nos situábamos abajo del peñasco y comenzábamos a bolear las piedras cogiendo una de las dos por el extremo hasta que la otra cogía velocidad y las soltábamos…

Las piedras iban describiendo círculos en el aire y finalmente enredaban la cuerda de la cometa, la cual se venía con todo hacia abajo donde la esperábamos nosotros.

Cuando me tocó el turno a mí, hice el operativo perfecto hasta que la cometa aterrizó a mis pies…

En ese instante miré hacia arriba donde estaba la víctima mientras comenzaba a cortar la cuerda, y fue cuando alcancé a observar una sombra negra que se acercaba y… Pum

Durante unos segundos quedé aturdido… Me habían lanzado una piedra desde arriba, la que aterrizó en mi frente…

Luego, la sangre que manchaba mi camisa, el miedo de tener que decirle a mi mamá, el escándalo

que iría a formar con la sangre igualmente escandalosa, etc. Pero, lo peor, en mi familia sería tildado de delincuente que robaba cometas…

Yo no me atrevía a irme para mi casa por nada del mundo y intentaba inventar un plan para pasar desapercibido…

Nos fuimos para la casa de Lolo, quien vivía en la misma acera de mi casa, pero unos sesenta metros más arriba. Era un amigo de la cuadra, un flaquito langaruto y culichupado, y para más señas pastuso, pero de esos pastusos que se pasan de inteligentes y se las saben todas.

Me quité mi camisa, que para desgracia mía era blanca … y comencé a lavarla en el lavadero. Yo seguía sangrando un poco. La mamá de Lolo no estaba, pero su hermano mayor si, y este comenzó a decir:

—Eso échele café, échele café…

Efectivamente me echaron café en la herida y al momento paró el sangrado.

Luego, una cachucha que me prestó Lolo, la camisa húmeda y siendo las 6:30 de la tarde regresé a mi casa… Esa noche no quise o más bien no pude comer aduciendo que me dolía el estómago y me acosté temprano. Nadie me vio la herida.

Al día siguiente, lunes, me eché el pelo para adelante tapando la herida y me fui para el colegio…

Hasta el viernes descubrieron que tenía una herida en la frente, pero para entonces ya tenía la excusa de que en un partido de futbol del colegio me había estrellado con un compañero y eso fue todo.

— O —

Capítulo 9.
Un peso de bombones

Martes 26 de agosto de 1958

Era mi cumpleaños número cinco. Al domingo siguiente en mi casa me hicieron una fiesta. Invitaron a mis primas, mis amigos de la cuadra y mucha otra gente. A esas fiestas iba todo el mundo, los mayores acompañaban a sus hijos en las fiestas de niños.

Una tía querida, de esas que se coloreaban las mejillas a punta de rubor y que se blanqueaban la piel con talcos de color rosado, y que, más encima, había que darles beso casi por obligación. A esa tía, una de tantas que no recuerdo muy bien cual era, se le ocurrió darme de regalo un peso…

¿Un peso???? Sí, y me entregó el dinero en mi mano.

Desde la perspectiva de hoy en día un peso es una miseria que no alcanza ni para un dulce, pero en aquella época era otra cosa… para mí era toda una fortuna… era como si me hubiera ganado la lotería.

Aun no se habían inventado la llamada inflación, ni se conocía ese término. Los políticos no se habían inventado todavía lo que hoy en día se conoce como la corrupción. Tampoco se habían inventado todavía el onceavo mandamiento de la ley de Dios, que es "No dar papaya".

La gente de Cali era buena, ingenua, alegre y eran felices sin tener que cuidarse del atraco ni de los maleantes que por esos años aún no habían nacido…

Para tener una idea de lo que era un peso en esa época, tendríamos que referirnos al cine matinal cuando presentaban las películas de Tarzán con *Johnny Weissmüller*.

Para ir a matinal los domingos mi papá nos daba entre veinte y treinta centavos a cada uno, y nos alcanzaba para la boleta del cine y la merienda, o sea los dulces en el cine.

Un peso era lo necesario para que tres o cuatro personas pudieran ir en patota a ver a Tarzán un domingo por la mañana en el teatro Bolívar de Cali.

Pero sigamos con la historia.

Salí de mi casa y subí por la calle 18 hasta la carrera 8va, aquella carrera por donde nos habría de salir aquel campero Land Rover con el que nos estrellaríamos varios años después, con mi jeep militar de hierro colado, una vez hubiera cumplido

mis siete años, pero en ese momento, aún estaba en mis cinco.

Al llegar a la esquina de la 8va, caminé una cuadra hacia el norte hasta la esquina de la calle 19 con 8va.

Ahí en esa esquina quedaba la tienda de Manolo… La famosa tienda de Manolo.

Llegué a la tienda y estirando la mano arriba para alcanzar el mostrador (yo era muy bajito a los cinco años), y presenté mi primer y mayor tesoro de la vida. El dinero, un peso.

Y le dije a Manolo con voz de total seguridad:

—Deme un peso de bombones de coco…

El tipo me miró con expresión dubitativa y una actitud entre dudosa y desconfiada, hasta que observó el dinero que yo le estaba alcanzando.

Sacó los bombones de la bombonera y fue necesario que trajera otra caja para completar la cantidad solicitada.

Los bombones de coco se vendían (3 X $0, 005), (tres bombones por cinco centavos). Eso dio un total de sesenta bombones de coco. Lo necesario para dotar de bombones a todo un batallón.

En el momento de entregarme la bolsa en que había echado los bombones, sonó una terrible explosión… y caí sentado en el piso… Manolo, con la explosión, literalmente había volado unos metros

por la trastienda y se encontraba incrustado en medio de unas cajas de cartón con mercancías del local que le habían caído encima.

En Colombia en el año 58 aún no se habían inventado las bombas… Los explosivos solo se usaban para construir carreteras y romper piedra, no existía la costumbre de matar gente a punta de bombas, como sucedía por allá en el 88 con las fiestas de explosivos organizadas por el tristemente célebre Pablo Escobar y su pandilla de narcos.

La explosión del 56

Sin embargo, yo guardaba un muy nebuloso recuerdo perdido entre las brumas mentales de mis infantiles 3 años, cuando recordaba una madrugada extraña con un cielo encendido de rojo intenso, que se apreciaba desde las ventanas de nuestro apartamento. Nos habían despertado los gritos histéricos de las vecinas y la sensación de un terrible estruendo que sacudió toda la ciudad y nos sacó a todos, grandes y chicos, de la cama.

Era una noche insólita, cuando veía que mis padres, llenos de angustia, presenciaban las consecuencias de la terrible explosión del fatídico 7 de agosto de 1956, con la famosa explosión de Cali, cuando varios camiones del ejército, cargados con 42 toneladas de dinamita, habían explotado en la carrera

25, frente a la estación del ferrocarril, desapareciendo 41 manzanas de algunos barrios como San Nicolás, El Porvenir, El Hoyo, El Piloto, Jorge Isaacs y Fátima, enviando a mejor vida a unas, aproximadamente 4.000 personas.

Pero sigamos con el cuento de los bombones:

En ese instante, sentado en el piso donde había caído, había vuelto a mi memoria, aquella terrible conflagración ocurrida dos años atrás. Sin embargo, a pesar de la intempestiva sorpresa, yo no solté mi tesoro… la bolsa de bombones de coco.

Pero esta no había sido una bomba… En el poste justo frente a la puerta de la tienda de Manolo, en ese instante había caído un rayo que reventó contra el transformador y lo explotó.

Salí para mi casa sin despedirme siquiera y al momento ya me había pasado el susto e iba pleno de alegría con mi bolsa de bombones.

Era una época cuando uno salía a la calle varias cuadras a la redonda sin pedir permiso y sin sufrir el mínimo peligro de que lo fueran a secuestrar… Todavía no se habían inventado los secuestros y la gente aún era buena… Además, para entonces, creo que aún no había nacido el malnacido *Monstruo de los Mangones*, un famoso desquiciado, reconocido por asesinar niños en los potreros, (mangones), de la ciudad, en hechos sucedidos muchos años después.

Pero sigamos.

Al llegar a casa comencé a repartir bombones de coco entre los niños de la fiesta y fue cuando mi padre se dio cuenta y me preguntó de donde había traído esos bombones.

Le conté que era con mi plata que los había comprado y esa plata era un regalo de cumpleaños de la tía de los cachetes coloreados, pero no de pena, sino de puro talco rosado y rubor artificial.

Mi padre cogió la bolsa de bombones, me cogió de la mano y conmigo obligado, salimos para la tienda de Manolo.

Mi padre se encaró con Manolo por haber entregado una mercancía tan grande a un niño tan pequeño. A continuación, le devolvió los bombones y recuperó el dinero.

Yo no recuerdo haber vuelto a ver mi dinero, pero seguramente me compraron algo con ese valor… algo de lo cual ya no me acuerdo. En cambio, nunca me olvidé de mi bolsa de bombones de coco, y la abortada transacción.

No sé por qué, pero ahora me viene a la memoria otra anécdota de mi niñez, con el recuerdo de un par de juguetes que me trajo el niño Dios, en alguna navidad cuando chico: Uno era un *Flayng Saucer*, así decía la caja, (era una réplica de un platillo volador, un ovni de color rojo), de pilas y otro que

también recuerdo, era un avión Super Constellation, también de pilas.

Jugué un solo día con los malditos juguetes. Luego me los quitaron para que no los fuera a dañar… Pasaron unos quince años hasta que los volví a ver… Estaban perfectos, todas las luces todavía les prendían y carreteaban de lo lindo, pero el problema era que para ese momento yo ya era un adolescente y no tenía mayor interés en esos verracos juguetes, los cuales a la postre tuvieron un final fatal en manos de mis hijos pequeños, quienes efectivamente los volvieron mierda.

Al respecto, recuerdo una amiga de mi hermana de nombre Pupy Horovitz, quien tenía un hijo pequeño de nombre Ronnie, y cuando le preguntaron al chico acerca de qué le estaba pidiendo a regalo al niño Dios, contestó:

—Yo quiero un carrito que lo pueda volver mierda…

—Pero ¿cómo así?

—Es que mi mamá siempre que me compra un carrito me dice que cuidado lo vuelvo mierda…

— O —

Capítulo 10.
La transición del Pio XII al Berchmans

Ya con mis 12 años cumplidos, nos habíamos cambiado de casa y estábamos viviendo en el barrio San Vicente, cerca de la avenida Vásquez Cobo, en el norte de la ciudad, y cerca también de la estación del ferrocarril y del Seguro Social.

Lamento que a partir de ahí le perdí la pista a mi amigo Jaime Londoño. Además, ya vivía en otro lado y ya me habían botado del Pio XII de curas franciscanos y puro de buenas había entrado a estudiar al Colegio Berchmans de Jesuitas.

¿Qué cómo fue que salí del Pio XII?

Pues un año antes, estaba cursando el quinto de primaria, y un sábado, hacia el mediodía, se realizaba la izada de bandera del colegio, y al terminar, todos los estudiantes de cursos inferiores bajábamos de los pisos superiores desde donde divisábamos los actos de premiación del colegio que se celebraban allá en la planta baja, con la formación de los mayores y de la banda de guerra y los discursos de rigor.

Al ir bajando por las escaleras en medio del tumulto de estudiantes, de pronto sentí un tremendo jalón de pelo… en un instante alcance a coger la mano que me estaba jalando y le di un muy fuerte tirón al tiempo que me agachaba, sentí pasar por encima de mi al maldito que me había jalado, quien fue a caer cuatro escalones más abajo en el descanso de la escalera. Me le fui encima y lo molí a golpes.

En ese momento no me había dado cuenta de que el maldito agresor era uno de los integrantes del grupo de los matones del curso… Un tal *Santa Coloma* que salió muy mal librado. Acto seguido se me vino otro de los pandilleros de ese grupo, alguien a quien le decían el enano currutaco, Julián Arango… un tipejo bajito pero muy peleador y con muy mala fama…

—Lo que es con mi amigo es conmigo, —me dijo el desgraciado—, y me lanzo un fuerte golpe en el estómago… un golpe que no sentí…

Ese día yo había venido al colegio con una chaqueta de invierno muy gruesa que me habían traído de Estados Unidos… y prácticamente me sentía inmune a los golpes, pues nada sentía, o a lo mejor, esa inmunidad era producto de la corriente de adrenalina que ya corría por mis venas, ya que tenía enaltecido el ánimo con los gritos de toda la muchachada que estaba feliz del espectáculo.

Oía los gritos a voz en cuello de la gente:

—¡Eso dele… dele duro a ese hijueputa, mate a ese cabrón! Mire que ya tiene la jeta rota, acabe con ese hijueputa… Etc.

Los del curso odiaban a los matones, pero nadie se había atrevido a meterse con ellos pues eran unos verdaderos delincuentes sin remedio.

El tal enano currutaco quedó todo reventado y en ese momento se metió un tercero… Era Villegas… le decían "balinera" … otro hijueputa a la carrera… Cuando el tipo me intentó enfrentar, me vio en la cara la intención de querer masacrarlo a golpes y se acobardó. A continuación, se quitó de en medio y a lo que me voltee, se me vino por la espalda y me dio un fuerte puñetazo en la cabeza…y salió corriendo…

Yo estaba descompuesto de la rabia y los compañeros gritaban en contra del traidor por atacar por la espalda… sin embargo, me agaché, recogí un pedrusco grande y lo lancé contra el maldito… Con la rabia la puntería era mala y la piedra se estrelló contra el piso de loza, pero rebotó y levantó vuelo para ir a darle al tipo en la boca a lo que se volteó a ver si yo lo estaba persiguiendo. El tipo cayó al piso soltando una babaza sanguinolenta que brotaba de su boca a chorros.

El resumen de esta historia fue que, en un consejo del colegio para atender la queja de los padres del maldito y la defensa de mis padres, el tema era que el tipo había perdido un par de dientes… Solo me dejaron presentar los exámenes finales a la semana siguiente, pero ese día me echaron del Pio XII y asunto concluido.

Días después… Estaba en el colegio Berchmans en frente del Padre Ospina SJ. Solo me dijo, apuntándome con un dedo acusatorio:

—Lo hemos recibido con la matricula condicionada… pero usted no tiene ninguna oportunidad, ¿me entiende? A la primera y única que haga, se me larga del colegio… No le digo más…

Nuevamente mi madre, entre sus palancas había logrado que me recibieran en el Berchmans… era quizás el mejor colegio de Cali en ese momento, pero había sido recibido con matrícula condicionada, y no me iban a pasar una sola…

Comenzaba el bachillerato y esa era mi última oportunidad de estudiar en un colegio de prestigio o de lo contrario terminaría mis estudios en algún hueco de esos donde recibían los estudiantes más malos de la ciudad.

A partir de ese día me porté como un santo y llegué a adorar a mi colegio… y todavía, hoy en día me siento un "Caballero Berchmans", esa era la distinción con que los curas jesuitas calificaban a los estudiantes del colegio. Estábamos llamados a dar el buen ejemplo y eso era obligatorio.

— O —

Capítulo 11.

Recuerdos del colegio Berchmans:

Fueron años felices llenos de anécdotas.

Estudié en el Berchmans desde 1º. De Bachillerato hasta la mitad de cuarto grado, cuando en enero de 1969 nos vinimos a vivir a Bogotá.

En el colegio había varias actividades y entidades de acción extracurricular. Yo me metí a la *Congregación Mariana*, una organización estudiantil cristiana de ayuda a los pobres con obras sociales, también entré a formar parte de los Scouts y finalmente, de los varios clubes deportivos del colegio, quedé inscrito en el de uniforme amarillo, creo que se llamaba Sporting.

Un paréntesis: Cuando estudiaba en el Colombo Británico de Cali, (tengo más memoria de esa época), a los clubes del colegio les llamaban Casas, y en ese colegio eran: *Canning, Ferguson, O'Leary y Rooke*. Yo estaba en *Canning*. Pasados los años volví a recordar cuando los hijos de mi segunda esposa estudiaban en el colegio Anglo Colombiano y estaban inscritos a alguna de las casas de este colegio

que tenían los nombres de *Beatty, Hood, Nelson y Rodney*,

En el Berchmans todos los días al final de la tarde había muchas actividades deportivas y había lo que se llamaba el bus de los deportes para repartir a los estudiantes a sus casas a las 7:00 de la noche. O sea, la vida del colegio no solo era tiempo completo, sino que uno estaba totalmente inmerso en todo lo que tuviera que ver con el colegio, mucho más allá de los temas curriculares.

Cabe mencionar que en el bus de los deportes también se repartían a sus casas aquellos estudiantes que por problemas de disciplina habían quedado castigados sin poder salir hasta las 7:00 de la noche, haciendo tareas.

Todos los viernes, era casi obligatorio entre el estudiantado llevar algo de casa para el mercado de los pobres y en cada salón de clase había un gran canasto circular donde uno echaba lo que hubiera traído, ejemplo, una libra de arroz o frijol o lentejas o papa, etc.

Los sábado después de clases, recuerdo una actividad de conciencia social, para los de la *Congregación Mariana*, según la cual, íbamos en un bus del colegio hasta el barrio *Terrón Colorado*, en la vía al mar y teníamos que pasar buena parte de la tarde

atendiendo a los pobres, separando y repartiendo los mercados los cuales, si bien, no se regalaban gratis, el parroquiano podía comprarlo por un valor realmente irrisorio, pero debía pagar algo para que no se considerara un regalo y una mala costumbre.

Así mismo, en el dispensario del barrio, otros pasábamos la tarde repartiendo los medicamentos que figuraban en las recetas que traían las personas que hacían una larga cola esperando ser atendidos por nosotros. En este caso, yo tenía que usar una bata blanca y bajo la supervisión de un médico o un farmaceuta, iba recogiendo los medicamentos de la estantería para entregarlos al paciente, previo el pago de una suma muy baja, repito, para que no pareciera un regalo.

En el colegio Berchmans había otras dos instituciones estudiantiles de nombres la *Vac* y *la Cruzada*, pero yo no pertenecí a aquellas.

La otra institución importante era la Banda de Guerra del colegio. Esta era el orgullo del colegio y para los estudiantes pertenecer a la Banda de Guerra era uno de los mayores honores que se pudieran tener. La importancia de la Banda de Guerra para el estudiante, entre otras cosas, era evitar la misa diaria de las 7:00 am, ya que los miembros de la banda

estaban excusados de la misa pues en vez de eso, iban a practicar con los instrumentos.

Yo pertenecí a la Banda de Guerra, y recuerdo los ensayos, pues salíamos por las calles del barrio Centenario a practicar, y la gente nos saludaba.

Recuerdo alguna vez estábamos tocando en la calle cuando pasó un bus del colegio La Presentación del Aguacatal, y se iba armando desorden pues las chicas del colegio empezaron a mandarnos piropos y nosotros nos íbamos desordenando para saludarlas. Fue el momento en que el director de la banda, un sargento retirado, con cara de pocos amigos, a quien soterradamente le decíamos *Bollo Negro*, pues era de piel muy oscura y de carácter igualmente oscuro, empezó a repartir rejo entre los estudiantes que se estaban desbordando con la vista de las chicas…

El ingreso a la Banda de Guerra era por orden de estatura, los más bajitos eran los que ocupaban los últimos lugares al final de la banda y eran los que tocaban las cornetas, y poco a poco en la medida del crecimiento y la mayor estatura, se iba avanzando en importancia dentro de las filas de la banda y la importancia de los instrumentos hasta llegar a los tambores mayores que eran los gigantes del colegio, espacio reservado, casi siempre, para los basquetbolistas.

Hablando de basquetbol:

Recuerdo los encuentros de los juegos Intercolegiados de basquetbol en Cali. La ciudad prácticamente se paralizaba cuando había un clásico entre los equipos de los colegios Pio XII y Berchmans… Las entradas se agotaban mucho antes del encuentro, pero siempre había espacios reservados para los estudiantes de ambos colegios, los cuales quedaban localizados unos lejos de los otros…

Sin embargo, siempre a la salida del partido en la calle se revolvían los hinchas y comenzaban las terribles peleas callejeras entre ambos rivales. Incluso, en alguna ocasión habían participado algunos curas del colegio. Guardo un recuerdo nebuloso de una vez que, en medio de una batalla campal, alcancé a observar al cura *Cosecha Sj*, dándole en la jeta a un grandulón del Pio XII. El cura *Cosecha Sj*, era un deportista de tiempo completo muy destacado, y aquel estudiante pensó que podía mamarle gallo y faltarle al respeto y se llevó su merecido.

Henao, un basquetbolista pendenciero

En el equipo del colegio Berchmans había un jugador clave, muy alto y fornido, reconocido por su buen desempeño y mal carácter, y en la cancha siempre que había un conato de pelea, ahí estaba presente Henao. Al respecto, tuve la mala fortuna de

que, en cuarto de bachillerato, en el salón de clase, el tal Henao quedó justo en el puesto detrás del mío. Recuerdo a Henao por dos razones, una que siempre que abría la tapa del pupitre, lo hacía con la intención de golpearme con la tapa en la espalda, y dos, porque siempre olía a pecueca… creo que el maldito no usaba talco y no se cambiaba las medias nunca.

Sucedió que un día al terminar la clase, ya estábamos guardando los útiles, yo estaba por guardar un lápiz que tenía en la mano y en ese momento sentí un fuerte jalón del pelo por detrás. No alcancé a pensar y en forma refleja ya había girado con toda la fuerza y blandiendo el lápiz lo enterré en la mano del agresor… Este era el maldito de Henao, quien alcanzó a poner su mano y el lápiz la atravesó saliendo la punta por el otro lado. Ni siquiera alcanzó a emitir un grito, sino que acto seguido, me propinó una terrible trompada que me mandó lejos contra los otros pupitres y al suelo con la boca reventada.

El tipo no dijo una sola palabra y salió del salón.

Henao nunca puso una queja, nunca me dijo nada, nunca más me dirigió la palabra y nunca más se volvió a meter conmigo, era como si yo no existiera, y para mí esto fue mucho mejor.

— O —

Capítulo 12.
El recuerdo del padre Moncayo:

Estábamos en tercero de bachillerato en el Berchmans, y el cura encargado de la división era el Padre Moncayo Sj. Realmente lo recuerdo con mucho aprecio, era muy buen tipo.

El nuestro era un curso bastante indisciplinado y muchas veces a las cinco de la tarde nos dejaban castigados sin poder salir para la casa, esperando el bus de los deportes que, como ya dijimos, salía a las 7:00 de la noche.

Sin embargo, era muy difícil quedarnos estudiando desde las 5:00 hasta las 7:00 pm. Además, el cura Moncayo era, a su vez, uno de los coordinadores de los deportes de la tarde y debía bajar a organizar los partidos.

Nuestro salón de clases quedaba en el tercer piso del colegio y mientras el cura bajaba a atender sus temas deportivos, nosotros en el curso armábamos un relajo terrible. Y los que no queríamos participar de esos actos, simplemente nos salíamos al corredor, pero siempre había un

campanero vigilando que no fuera a subir el cura pues entonces tocaba entrarse rápido y parar el relajo.

En alguna ocasión fuimos avisados de que el cura venía subiendo ya por el segundo piso y los que estábamos afuera entramos en tropel, atropelladamente al salón. Fue la vez que en el salón los que estaban en su relajo, estaban boleando un pote de goma grande de esos que venían en un frasco de vidrio, bastante pesado.

Al entrar en tropel los que estábamos afuera, dio la casualidad de que el frasco de vidrio venía volando en el momento en que yo entraba y justo me dio en la mejilla para mi dolor, pero no había tiempo más que para sentarse y tomar y abrir un libro rápido.

Cuando entró el cura Moncayo todos estábamos en completo silencio y estudiando juiciosamente…

El cura con mirada suspicaz se paseó por entre las filas y al llegar a mí me dijo:

—Oiga Gómez, y a usted que le pasó en la cara que la tiene marcada y toda colorada en la mejilla… No me diga que estaban peleando… Fue en ese momento en que una explosión de carcajadas estalló entre los compañeros para sorpresa del mismo cura que cayó en cuenta de lo sucedido… nadie se pudo aguantar las risotadas… El mismo Padre Moncayo ya estaba colorado de la risa…

Con mucha frecuencia a los de la tercera división nos dejaban castigados a las 5 de la tarde, pero hacia las 6:00 el cura subía al salón con la intención de soltarnos ya.

Sin embargo, aún merecíamos un castigo y el cura preguntaba:

—¿Quién quiere salir ya???

Todo el mundo gritaba: —¡Yoooo!!!

—Entonces hagan una fila aquí en la puerta:

A continuación, el cura le daba a uno un fuerte puñetazo en el brazo y listo, ya podíamos irnos para la casa…

Esa era la vida del colegio en aquellos años.

Las peleas en el Berchmans:

Las peleas en el colegio estaban totalmente prohibidas. En cuanto encontraban a algunos peleando, eran llevados a la rectoría y los obligaban a pelear de verdad con guantes de boxeo y a puerta cerrada, y no les permitían detenerse hasta que no estuvieran reventados.

Pero lo anterior no era óbice para que no tuvieran que soportar un castigo ejemplar de tipo académico o disciplinario.

Sin embargo, había una excepción, La piscina…

En el colegio había una piscina sin agua que quedaba en un área de la sección de habitaciones de los padres, lejos de la vista del estudiantado.

Cuando era inevitable una pelea, los contendores se ponían de acuerdo sobre la hora señalada para el encuentro y sin avisar a los demás, se llevaba a cabo el acto sin convertirlo en un espectáculo.

En mi caso, después de la experiencia de mis peleas en el Pio XII ya no me quedaban ganas de pelear y además, no quería tomar riesgos.

— O —

Capítulo 13.
La guerra de bombas de agua:

Jueves 15 de diciembre del año 1966.

Era el último día de clases antes de salir a disfrutar de las vacaciones de navidad de ese año, y siendo las 11:00 am, todo el estudiantado estaba en el patio esperando la orden para la formación en el coliseo y asistir a la izada de bandera y la despedida del año.

No recuerdo que antes hubiera habido alguna vez algo así, ni en el colegio ni en Cali. Fue la primera vez que vi que algo así ocurrió…

No sé en qué momento a alguien del colegio se le ocurrió comprar, en una tienda de barrio frente al colegio, una bomba de caucho de inflar y en vez de aire, fue hasta las llaves de agua del colegio y llenó la bomba de agua y luego de anudarla procedió a encontrar a una víctima y Suaz… le lanzó la bomba de agua a la cabeza, esta explotó y empapo al infeliz.

Varios observaron el espectáculo y quedaron maravillados… era el mejor invento que habían observado en toda su vida y era un pecado mortal no copiarlo…

Acto seguido, medio colegio paso a la tienda y compraron todo el stock de bombas y luego de llenarlas de agua en las llaves, se armó una guerra total de bombas de agua, donde todos participamos por igual… Ese medio colegio que compró las bombas, a su vez le vendió bombas al otro medio colegio y así todos tuvimos suficiente munición para la que yo consideré, fue la primera guerra de bombas de agua de la historia de Cali, o al menos hasta ahí me alcanzan los recuerdos.

Cuando llego la orden de formar para la izada de bandera, todo el colegio estaba empapado y todo el mundo feliz…

En la izada de bandera, con todo el colegio formado y la banda de guerra ya había hecho su presentación y los estudiantes destacados ya habían sido mencionados. El padre rector del colegio, el padre Gutiérrez (Nombre ficticio), pronunció un brevísimo discurso, con las siguientes palabras:

—Bueno señores, veo que en la mañana de hoy se han divertido bastante…. ¿Cierto?

—Cierto, —gritó todo el mundo al tiempo—

Lamentablemente consideramos que este ha sido el peor acto de indisciplina colectiva que alguna vez hayamos visto en el colegio Berchmans o en algún otro colegio adscrito a la Comunidad de los Jesuitas a nivel nacional… ¿Cierto?

En ese momento todo el mundo hizo un silencio sepulcral… la vaina ya se veía muy grave…

—Entonces, —continuó el Padre Rector—, dado lo anterior, es obligatorio para la rectoría del colegio, colocar una sanción ejemplar que nunca más vuelvan a olvidar.

—A partir de mañana viernes y durante toda la semana que sigue, hasta el próximo sábado 24 de diciembre a las 6:00 pm, las clases en el colegio continuarán en forma normal. Los buses del colegio harán los recorridos en las rutas y los horarios tradicionales, como si no hubiera ocurrido nada. No se permitirá, bajo ningún concepto, excepciones a la regla y no acepto que ningún padre de familia venga a buscarme para obtener el permiso especial para no dañarle el paseo de vacaciones a la familia. Al que no le guste, bien puede retirar a su hijo del colegio y buscarse un colegio más permisivo. Además, yo no voy a estar en la ciudad pues yo no estoy castigado, así que no tendrán forma de ubicarme.

—Entonces hasta mañana cuando las clases se dictarán con total normalidad. Ya pueden irse. —remató el Padre Gutiérrez—.

Nadie se movió de su sitio, los mismos curas de división estaban estupefactos, el estudiantado en pleno estaba congelado y nadie decía una sola palabra. Todos estábamos en shock.

El padre rector se largó, dejándonos a todos con la boca abierta…

Al día siguiente, las rutas de buses se cumplieron normalmente y nadie se atrevió a dejar de asistir al colegio… nadie podía enfermarse, nadie tenía excusa alguna y la disciplina del colegio sería ejemplar en esa semana de sanción.

Los buses del colegio Berchmans, de colores verde y crema, eran los únicos buses de colegio que funcionaron por esos días para burlas de todos los jóvenes de la ciudad, que veían el bus con los estudiantes y les gritaban barbaridades y toda suerte de chacotas.

El día 3 de enero de 1967 estábamos de regreso a clases después de unas muy cortas vacaciones de 10 escasos días.

Un año después:

Era la época de navidad. Aproximadamente a las 7:30 pm del 7 de diciembre de 1967 en Cali, fecha en que se celebraba el día de las velitas, sucedió algo inesperado. Se supone que el día de las velitas se celebraba en honor a la Virgen María, o sea es una fiesta mariana, sin embargo, para las gentes inconscientes esa era una fecha para el jolgorio, la patanería y el relax en contra de la prudencia.

Para entonces ya se había instituido el relajo de las bombas de agua y por todas partes se veían muchachos jugando con las bombas de agua y molestando a los demás.

Recuerdo claramente esa fecha antes mencionada. Yo estaba presente esa noche en el cruce de la avenida Estación con Avenida 6ª en el norte de la ciudad. En ese cruce en toda la esquina noreste, había una muy famosa heladería, de nombre *Dary Frost*, y en frente atravesando la avenida había una estación de servicio, creo que era Texaco, y la recuerdo porque esta era la estación de servicio donde mi padre llevaba su camioneta Dodge De Soto, a mantenimiento y lavado todos los sábados por la mañana sin falta.

Pero continuemos con la historia. En ese sitio, fecha y hora, se había desencadenado una gigantesca guerra de bombas de agua callejera y la calle estaba

llena de jóvenes, provenientes de los barrios circundantes, Versalles, SanVicente, Santa Mónica, Tejares del Norte y Granada, haciendo de las suyas con las bombas de agua. Todo el mundo estaba empapado y no se les perdonaba a los autos que pasaban por ese lugar llevando los vidrios abiertos. El piso ya estaba totalmente embarrado.

Fue el momento en que pasó en medio del gentío un campero Jeep Willis carpado, pitando para abrirse paso… En el interior se podían observar a un grupo de jóvenes enfundados en sendos smokings blancos, rumbo al Club Colombia, con el fin de asistir a algún evento elegante del club.

Sucedió que en la parte de atrás del jeep iba abierto uno de los broches de la carpa y se alcanzaba a ver el interior del vehículo.

Fue cuando uno de los muchachos que estaban en el relajo de las bombas, le pareció muy chistoso tomar una manotada de barro, e introducir su mano embarrada por el hueco de la carpa y embarrar el blanco smoking de uno de los parroquianos que iba en el jeep.

Y ahí fue el problema, Pararon el jeep, los tipos de smoking se bajaron y aquel del brazo embarrado se quitó el cinturón y comenzó a darle correazos al chistoso que lo había embarrado.

En medio de la gritería también estaba presente el hermano menor del joven que recibía los

correazos de castigo, a quien su madre le había mandado a la tienda a comprar un tarro de galletas Saltinas Noel, (en aquella época, esas galletas venían empacadas en un tarro metálico de hojalata).

Ni corto ni perezoso el joven decidió respaldar a su hermano y tomando el tarro de galletas en alto, lo descargó con toda la fuerza en la cabeza del agresor abriéndole una fea herida en la frente de lado a lado.

En resumen, se armó una asonada tremenda donde se unieron otros participantes que fueron llegando en otros vehículos y se bajaron a pelear en una batalla campal que duró un buen rato, hasta que llegó la policía y comenzó a arrestar a los más agresivos y también a los más pendejos…

Yo al ver el desarrollo de los acontecimientos y con la llegada de la policía decidí largarme para mi casa junto con los amigos de la cuadra que estaban conmigo.

Esas fueron las historias de las guerras de bombas de agua de la época que me tocaron vivir en Cali.

— O —

Capítulo 14.
Los Beatles y la aguja del tocadiscos.

Como ya lo he dicho, mi padre tenía una biblioteca muy grande, con un laboratorio de química y en adición a ello, también tenía una serie de elementos y equipos que conformaban otro laboratorio de física bastante completo.

(Cabe mencionar que, años después, para nuestro traslado de residencia de Cali a Bogotá, tocó vender los laboratorios de química y física de mi padre a la *Dow Química de Colombia S.A.).*

Mi padre, además, tenía una selección muy grande de discos de música clásica importados de Europa con lo mejor de lo mejor y casi todos con el sello de la casa disquera de la *Deutsche Grammophon*, una casa disquera más bien desconocida en Colombia por aquellos años…

En la sala de estar, (Nota: En mi casa había dos salas, la de las visitas importantes, y la sala de estar, con un equipo de música marca *Fisher*.

(*Fisher* era de lo mejor y más fino que se conseguía en equipos de sonido en el mercado, antes de los años 70).

Ese era el equipo de sonido de mi casa, el cual era cuidado con total esmero por mi padre, quien jamás permitía que nadie lo tocara, excepto él y solo para sus *long plays* de Música clásica.

También he comentado que, en mi casa, más allá del patio trasero, había un cuarto de regular tamaño al cual le decíamos " *El Cucho*", y que le servía a mi padre, de biblioteca, laboratorio y escondite de todo cuanto él atesoraba y que pretendía que no estuviera al alcance de los profanos, quienes, según él. andábamos aún en el "*salón de los pasos perdidos*", (un término muy masónico), y que no estábamos en capacidad de entender lo que considerábamos como "veleidades" culturales, nunca al alcance de alguno cualquiera de los mortales.

Hasta aquí todo había sido paz y tranquilidad en mi casa, excepto por las indisciplinas de mi persona, un cagón que no encajaba del todo con las rigurosidades clásicas de mi padre.

Pero tenía que llegar el escándalo de la mano de una película en cartelera: *A Hard Day's Night,* se refería a una película protagonizada por *Los Beatles*…

Corría el año 1964 y el boom de *Los Beatles* comenzaba a llegar a Colombia…

Y… ¿*los Beatles*?... Según mi padre: era un cuarteto de mechudos medio maricones que, lejos de

cantar, gritaban y hacían gritar de histeria a unas cagonas preadolescentes desocupadas, quienes en gavilla asistían a los conciertos de estos músicos y enloquecían, y tocaba sacarlas en ambulancias rumbo al hospital para revivirlas. Esa era la opinión de mi padre.

Lo primero que hizo mi padre ante la llegada de los primeros discos de Los Beatles, enviados por mis primas a mi hermana María Eugenia desde Estados Unidos, fue esconder la aguja de su amado equipo de sonido *Fisher,* y el sitio perfecto era "*El Cucho*".

Pero… no contaba mi padre con que, para aquella época, yo, a mis doce años, ya era todo un profesional en la fabricación de las ganzúas… Sí… las ganzúas para abrir toda clase de puertas, cerrojos y candados, en especial la puerta de "*El Cucho*".

Desde mucho antes, ante la urgencia de acceder a la sabiduría escondida entre aquellos libros tan atractivos que descansaban en *El Cucho*, me vi en la obligación de fabricar mis propias ganzúas para acceder a la cultura de esos libros y ahí comenzó mi interés por la lectura, la escritura y los libros…

Colateralmente, tuve acceso a la muy famosa aguja para poner a funcionar el equipo de sonido

Fisher de mi padre y en vacaciones, cuando él salía por la puerta de la calle rumbo al trabajo, yo accedía, armado con mis ganzúas, para violar la puerta del *Cucho*, liberar la famosa aguja y escuchar a todo volumen los discos de los Beatles de mi hermana, hasta un poco antes del mediodía, hora en que llegaba mi padre a almorzar y encontraba todo en silencio y paz…

—Aquí no ha pasado nada, —decía mi hermana.

Poco después mi padre siempre decía:

"Esas agujas que hacen hoy en día, no duran nada…

Y yo guardaba un cómplice silencio sepulcral…

— O —

Capítulo 15.
Un ladrón en el balcón…

Quizás tendría ya cumplidos los catorce años cuando me sucedió el susto de mi vida en aquel momento…

Resulta que a esa edad yo era bastante díscolo y mi prelación en la vida era andar conmis amigos del barrio… (Versalles, Santa Mónica y San Vicente en Cali).

Prácticamente todos los días llegaba del colegio (El Berchmans), a las cinco de la tarde y entraba a mi casa, tiraba la maleta donde cayera, me tomaba un jugo y salía cual bólido a la calle a estarme con mis amigos.

Regresaba a mi casa bien entrada la noche, casi hacia las 9:45 o 10:00 pm, en medio de los acostumbrados regaños de mis padres quienes no veían con buenos ojos mis andanzas nocturnas callejeras, cuando debía acostarme a dormir temprano para madrugar al colegio al día siguiente.

Un buen día decidieron quitarme la llave de la calle a la fuerza y de esa forma impedir que yo llegara tarde pues tendría que timbrar para entrar a casa.

En la salita de la televisión en el segundo piso había un aparador con libros y en un cajón yo había visto una cajita con llaves generales de la casa…

Me puse a la tarea de probar una por una todas las llaves, hasta que me encontré con la llave del balcón del segundo piso…

Durante varios días mi rebeldía encontró consuelo… no tenía llave de la puerta de la calle de la casa, pero eso no era inconveniente… llegaba ante la puerta del garaje, ponía un pie en la manija de la puerta del garaje, me impulsaba hasta agarrar unos barrotes y luego me subía hasta el balcón y entraba por esa puerta en el segundo piso, sin problema.

Todo estuvo perfecto hasta un día cuando estaba subiéndome por la puerta del garaje y ya tenía una pierna sobre la baranda del balcón cuando una luz intensa iluminó todo el balcón y por un altavoz me gritaron:

"Oiga usted… ¿qué hace ahí?"

Abajo había llegado una radiopatrulla de la policía para verificar que algo pasaba…

Me hicieron bajar… me interpelaron y yo pues decía la verdad…

Es que yo vivo aquí…

Acto seguido timbraron y salió mi padre…

— ¿Es verdad que este joven vive aquí?…

—No… para nada… dijo mi padre picándole el ojo al policía sin que yo me percatara…

—Muy bonito, entonces nos acompaña a la comisaría hasta verificar que quiera decir la verdad…
—Pero, —dije yo—, es que esa es la verdad…
—Pues no parece… aquí no lo conocen…

Y acto seguido el policía me cogió por el cuello de la camisa y me arrastró a la patrulla, en medio de mis gritos de protesta contra mi padre…

Esa noche la pasé sentado en una banca de un calabozo sin poder dormir nada.

Muy a las 5:30 de la mañana mis padres llegaron por mi a sacarme de la comisaría. Al momento de salir de la comisaría el guardia me dijo:

—Joven: Eso es para que aprenda a llegar a casa temprano en la noche y no andar callejeando con los amigos que eso no trae nada bueno.

Ese día no me iban a dejar sin colegio y tenía que llegar a la casa a bañarme, vestirme e irme para el colegio. Todo el día estuve soñoliento y a partir de

ahí comencé a regresar a casa antes de las 7:00 de la noche.

— O —

Capítulo 16.
Las murgas de las Fiestas Patronales

Esta anécdota la he transcrito desde mi libro (*Cuentos, Relatos y Poemas*) publicado en Amazon.

(Los nombres reales de las personas de esta anécdota han sido cambiados).

Año 1968
Cali, Colombia

Todos observamos cuando el cura le arrebató de un manotazo el micrófono a Fernando Lloreda y furioso lo conminó a bajarse del escenario.

—Esto nunca había pasado, —dijo— ¡Qué falta de respeto con nuestras tradiciones y con las normas del Colegio! ¡Fuera!, ¡Se me salen ya! —tronó por los altavoces la voz del Padre Fernando Roncancio, Rector del Colegio.

A continuación, prácticamente nos sacaron a patadas, en medio de una atronadora gritería donde todo el colegio celebraba deleitado.

Cabizbajos y regañados, pero con socarronas sonrisas, medio apenados y divertidos, recogimos nuestras cosas, nos quitamos las sotanas negras muy

jesuitas, que nos había suministrado en préstamo el diminuto cura Pope, director de la banda de guerra, quien era el mejor y más querido alcahuete con nosotros. Montamos el ataúd nuevamente en la carroza mortuoria y salimos apresuradamente, mientras la totalidad del alumnado nos vitoreaba y aplaudía, en medio de una gritería ensordecedora, con silbidos y chiflidos que llenaban el ambiente y enardecían aún más a los curas, quienes ya tenían dificultades para controlar la indisciplina generalizada, por más aspavientos y berrinches que hicieran para hacer callar a la muchedumbre estudiantil.

Ya habían ordenado prender nuevamente las luces del colegio y salimos con carroza y todo a la frescura de la noche tropical, y una vez afuera, en medio de nuestras risotadas y celebraciones, sabíamos que de lejos habíamos sido los ganadores de las murgas de aquella noche y los aplausos del colegio eran nuestro mejor triunfo, aunque habíamos quedado descalificados, por irrespeto a la supuesta solemnidad que debíamos tener con los ritos católicos y ceremonias funerarias de los sepelios cristianos. Eso nos lo dijeron después, cuando ya había pasado el zafarrancho, pero en aquel momento no sabíamos muy bien, qué había pasado y por qué habían interrumpido nuestra presentación. Sucedió así:

Corría el año 1968. Era la semana transcurrida entre el lunes 25 y el viernes 29 del mes de noviembre, cuando se celebraban las fiestas Patronales del Colegio Berchmans de Cali, y justamente, el martes 26 de noviembre, se conmemoraba la fiesta del Patrono del Colegio, el sacerdote jesuita San Juan Berchmans.

Aquella semana ya habíamos hecho un trabajo escolar acerca de la vida y obra del santo patrono que resumíamos brevemente de la siguiente forma:

"San Juan Berchmans (Nació en Diest, Ducado de Brabante, Países Bajos, el 13 de marzo de 1599 y murió en Roma, Estado Pontificio, el 13 de agosto de 1621). Santo jesuita flamenco, belga, canonizado en 1888 por el papa León XIII, era considerado un importante promotor de la influencia espiritual Jesuítica juvenil. Sin medios económicos, tuvo que trabajar muy duro para costear sus estudios. Se consagró con dedicación en la Congregación Mariana y se destacó por el servicio sobresaliente a los jóvenes. La Iglesia lo ha declarado Santo, modelo de la juventud".

Haciendo parte activa de las festividades, desde varios días atrás, estábamos cavilando en cómo podríamos participar nosotros, para quedar ganadores del concurso de murgas, siendo los representantes de la Tercera División con nuestro curso Tercero C de bachillerato, escogidos en sorteo

de entre los demás alumnos de tercer grado. Cada División debía proponer a un grupo de estudiantes que realizara las murgas con una representación teatral para participar y optar a los premios del concurso.

Nuestra comparsa estaba compuesta de ocho compañeros (algunos nombres cambiados): Juan Fernando Lloreda, Raúl Merino, Juan Carlos Gertz, Guillermo Acosta Zafra, Julio Alberto Ayerbe, Luis Alberto Victoria, Carlos Alfonso Yusty y mi persona, Carlos Alberto Gómez. Todos rondábamos entre los catorce y dieciséis años, inmaduros, inconscientes y divertidos, y disfrutábamos la vida y el colegio con total agrado.

Entre las muchas alternativas de representaciones teatrales surgidas, de una lluvia de ideas entre todos, algo se me ocurrió.

Tenía un amigo un poco mayor que nosotros, de nombre Alberto Muñoz, quien no era del colegio, pero vivía cerca de mi casa, y cuyos padres eran dueños de una funeraria, sobre la avenida Vásquez Cobo. Me ofrecí a hablar con él para buscar la forma de que nos prestara una carroza mortuoria y un ataúd. Una idea loca, pero era la mejor idea que teníamos y fue aprobada por unanimidad.

Días después, ya habíamos conseguido ocho sotanas negras, una sábana que serviría de sudario, una biblia enorme con una cubierta magistral con

enchapes dorados, un atril de bronce para colocar la biblia, cuatro enormes candelabros con sus respectivos cirios pascuales, un ataúd de alta gama en fina madera de cedro, que solo podían costearse las personas pudientes, y una carroza prestada, sustraída y manejada por Alberto Muñoz, sin permiso de sus padres, que otrora había sido una enorme camioneta ranchera Cadillac último modelo, ya convertida en una de las más elegantes carrozas mortuorias que se conseguían en Cali, por aquella época.

Era la famosa noche de murgas de las fiestas patronales del colegio y el coliseo estaba a reventar; y todo sucedió de la siguiente forma:

Por los altoparlantes anunciaron la quinta intervención de la noche, con la presentación de los alumnos de Tercero C de Bachillerato como representantes de la Tercera División y la murga denominada "Un paso al Más Allá".

De pronto se apagaron todas las luces del colegio entre las exclamaciones de sorpresa de los asistentes.

Pasados un par de minutos en medio de la oscuridad y los murmullos de expectativa, se escuchó el sonido de un motor y desde el patio de fútbol se alcanzaron a observar los faros de un vehículo que se acercaba lentamente, situándose frente a la entrada del Coliseo. En ese momento, un reflector iluminó el vehículo… Era una gran carroza mortuoria y a sus

costados, caminando, venían siete encapuchados con sotanas negras, cual siniestras figuras que auguraban un tétrico espectáculo. Por los altoparlantes sonaba música Gregoriana, que, siendo bella, más bien traía acordes de espeluznante alegoría. Unas luces mortecinas, en el coliseo ambientaban lúgubremente el fúnebre espectáculo.

Abierta la portezuela trasera de la carroza, los encapuchados sacaron un féretro que parecía pesado y lentamente lo llevaron en andas hasta el centro del escenario depositándolo sobre una mesa. A continuación, cuatro de ellos trajeron sendos candelarios con sus respectivos cirios los que encendieron ofreciendo unas palpitantes llamas. Otros dos trajimos el atril sobre el que depositamos el libro de la Biblia.

Acto seguido, uno más, Juan Fernando Lloreda, de pie frente al féretro, tomando el micrófono, y muy dispuesto en su papel, comenzó a dar un discursillo conmovedor leyendo de un trozo que sustrajo del bolsillo de la negra sotana. Luego abrió la biblia en un pasaje señalado y comenzó a leer algo relacionado con la historia de Lázaro. En ese instante un reflector iluminó el féretro, justo en el momento en que la tapa comenzaba a abrirse lentamente y una mano salía de su interior. Se fue incorporando una figura amortajada con una sábana y un rostro verdoso que parecía muerto de hacía

muchos días. Los gritos de diversión de los asistentes entre risas nerviosas y burlas nos permitían pensar que esta era la mejor presentación hasta el momento.

Lloreda seguía leyendo el pasaje de la biblia sin poner cuidado a lo que sucedía en el féretro… Y ahí se armó el zafarrancho: Varios curas con gritos de rechazo subieron al escenario interrumpiendo el espectáculo. Prendieron la luz del coliseo; todos los asistentes encandilados por las luces gritaban y manifestaban su descontento.

Fue cuando el Padre Rector le quitó el micrófono a Fernando y con una perorata de repudio dio por concluida la presentación de la Tercera División.

Luego anunciaron que nuestra presentación había sido descalificada, pero ya nosotros nos habíamos ido. Sabíamos que de lejos habíamos ganado el concurso de murgas de aquel año, aunque nos dejaron sin premio.

Al día siguiente, al pasar al lado de uno de los curas, este me dedicó una mirada cómplice, aunque dejando ver algo de desaprobación, moviendo ligeramente la cabeza de lado a lado como negando en silencio, pero con una media sonrisita chispeante, que me dejaba ver que hasta los curas se habían divertido de lo lindo.

Yo le devolví la sonrisa abiertamente y el cura sonriendo me dijo:

—No joda, ¡Ustedes sí son la cagada!…

— O —

Capítulo 17.
Cuando la pólvora no estaba prohibida…

Sobre la avenida del río, cerca y detrás de la avenida de las Américas, en diciembre siempre ponían una serie de casetas de madera donde expendían pólvora.

Ahí se conseguía toda suerte de volcanes, totes, de esos que se tiraban contra el piso y explotaban, o los "diablitos" que eran unos círculos de pólvora color azul y venían pegados a una hoja de papel y se restrillaban contra el piso y prendían. Muchos fueron los amigos que restregaron el diablito con su mano contra el piso y el bendito "diablito" se le quedó pegado en el dedo, prendido… Pero no era una época para ir al hospital si no era tan grave, entonces se acudía al baño y uno se embadurnaba el dedo en crema dental y eso calmaba el dolor, y a seguir jugando como si nada.

Cabe mencionar que mi madre nos obligaba a lavarnos las manos y tener mucho cuidado pues esos "diablitos" eran fabricados con pólvora blanca muy tóxica, y siempre en diciembre, nunca faltaba aquel deprimido que, en medio de su desazón, se mandaba una mortal cena de diablitos y amanecía con la boca

abierta y sin vaho, pues esa pólvora, repetimos, era extremadamente venenosa.

También vendían los cohetes de tres golpes, y los mejores los de siete golpes, además, estaban las papeletas, (que eran unos triángulos de papel con pólvora por dentro y una mecha negra para encenderlos; de otra parte, estaban las petacas, (que eran unas papeletas en forma de rollo, y mucho más poderosas, y no faltaban las inofensivas chispitas mariposa para los más pequeños y, además, toda suerte de artefactos que prendían y quemaban a los idiotas que no sabían manipular la pólvora.

Cuando chico en diciembre, mi padre me llevaba a comprar la pólvora. Este era uno de los paseos más importantes de la época navideña y llegábamos a casa con una buena bolsa cargada de artefactos; volcanes de varios tipos, velas romanas que lanzaban fuegos de colores, tronantes, cohetes, etc.

Me faltaba mencionar lo que llamaban "buscaniguas", era un pequeño cohete, sin palo y por tanto sin dirección definida, el cual, tomaba impulso e iba veloz a la altura del piso zigzagueando entre las piernas de las gentes, quemándolas y tocaba estar muy alerta para brincar o salir corriendo lejos de su trayectoria indefinida. Quizás no lo quería mencionar pues justamente no quería recordar el día en que,

siendo niño, uno de esos "buscaniguas" me quemo en el tobillo.

Recuerdo, estando más grande, cuando un familiar de nombre Darío Bernal, compró una cantidad de totes y se los metió al bolsillo de atrás del pantalón mientras los utilizaba y fue justamente un "buscaniguas" que lo impactó en la cola y se prendió la pólvora en su bolsillo y tocó apagarlo a punta de tiestazos en el piso hasta que se apagaron las llamas. Muchos de los golpes de sus "amigos", no iban destinados a apagar el fuego sino a darse el lujo de darle en el culo al amigo para beneplácito de todos en medio del jolgorio.

Posteriormente él decía que no sabía qué le dolía más, si la quemadura o los golpes recibidos en el culo para apagarlo.

Un cañón de gasolina:

Una noche decembrina en Cali, siendo unos adolescentes, con mi amigo Alberto Muñoz, estábamos en la calle, frente al negocio de su familia, la mencionada funeraria en frente del hospital del Seguro Social de Cali, sobre la avenida Vázquez Cobo, cerca de la Estación del ferrocarril.

Ese día no teníamos pólvora ni plata para comprarla, y además no teníamos programa alguno.

De pronto a Alberto se le ocurrió una grandiosa idea:

—Ya sé, —me dijo—, vamos a fabricar un cañón…

—Huy qué chévere… —le dije—, pero… ¿cómo que un cañón? Y ¿cómo lo vamos a hacer?

—Bueno, es un cañón de gasolina que no dispara nada en particular… pero hace mucho ruido, ¿qué tal?

Poco después esa noche, ya nos habíamos conseguido un tarugo de guadua, y con martillo y cincel procedimos a limpiar las divisiones una por una hasta dejarlo limpio por dentro, excepto en el lugar donde termina el tarugo. El cañón consiste en un pedazo de guadua parada inclinada, a la que se le han quitado las divisiones excepto la última y antes de esa última división se abre un pequeño agujero por donde se echa un poco de gasolina y luego con un palo largo, se prende la punta y se pasa la llama rápidamente por encima del huequito y con esto se encienden los gases y sale un tremendo fogonazo explotando y con esa explosión se apaga el fuego y queda listo para el segundo disparo, hasta que se acabe la gasolina.



La gasolina la sacamos de uno de los coches fúnebres.

Hicimos por lo menos unos veinte disparos con nuestro flamante cañón de gasolina, cuando, estando en esas, intempestivamente aparecieron tres radiopatrullas de la policía y se bajaron unos seis uniformados interpelándonos con cara de muy pocos amigos…

—¿A ver cagones de mierda ustedes que creen que están haciendo aquí?

—No pues no más jugando con este aparato… ¿pero ¿qué pasa? insistimos, ¿Hacer ruido en navidad con tanta pólvora no es que está permitido?

—Miren cagones, lo que pasa es que ustedes están haciendo un ruido infernal justo en frente del hospital del Seguro Social y ya hemos recibido muchas llamadas quejándose… Los enfermos tienen de descansar en paz y ustedes no los dejan, ¿entienden?

Diciendo esto desmontaron nuestro dichoso cañón, lo cargaron en una de las radiopatrullas y de despedida nos dijeron:

—Agradezcan más bien que no nos los llevamos arrestados… Y a la próxima, no se la perdonamos.

Los policías se largaron dejándonos despistados y sin nuestra ingeniosa diversión…

La explosión de las petacas

Varios años antes, cuando ya contaba con mis nueve o diez años, recuerdo lo sucedido en una navidad. Con unos amigos de la cuadra de la calle 18, nos propusimos hacer una verdadera explosión que valiera la pena.

Algunos amigos de los más grandes, se consiguieron unas tres petacas… Estas, repito, eran unos rollos cilíndricos de papel Kraft rellenos de pólvora y con una mecha muy larga pues la explosión era bastante grande. Si bien uno solo de estos artefactos ya era bastante fuerte, pero tres petacas ya era demasiado.

En el andén más arriba de la casa de los Peláez, frente a la casa donde vivían los encumbrados que nunca se veían, y que era donde trabajaba Hermes el jardinero, en ese anden estaba una de las placas de cemento medio levantada y dejaba un hueco abierto.

Pues en nuestra inconsciencia se nos ocurrió la brillante idea de meter en el agujero las tres petacas juntas, y unir las mechas en una bien larga, para que nos diera tiempo de escondernos.

Una vez prendida la mecha salimos despavoridos a buscar refugio bien lejos…

Yo me escondí con otros amigos media cuadra más arriba, detrás del antejardín de la casa de Lolo.

Para resumir, tengo que decir que eso no fue una explosión normal, realmente fue lo que uno se imaginaba era la bomba atómica…

La loza de cemento del andén voló por los aires un metro y medio rompiéndose en varios pedazos… varios vidrios de unas siete casas de la cuadra se reventaron con la onda expansiva, entre otros, todos los vidrios de mi casa que prácticamente

quedaba frente a la explosión … La densa humareda era la única prueba visible de lo que era casi un atentado terrorista en una época donde ni siquiera se conocían las palabras atentado ni terrorista…

Luego llegaron unas jaulas de la policía, (La policía se desplazaba en unas camionetas grises a las que llamábamos *la jaula* o *la chota*). Los policías se bajaron, husmearon, preguntaron y luego dijeron que harían una investigación exhaustiva… Luego se fueron y cada cual a reparar sus vidrios… No hubo heridos ni muertos, nosotros estuvimos escondidos el resto del día en la casa de Lolo y volvimos a salir cuando ya era de noche.

Yo creo que quizás algunos pocos se acordarán de aquella explosión de la calle 18 en un diciembre de los años sesenta… pero si, después de pasados sesenta años alguien me llegara a preguntar por aquello, le respondería que:

—¿A qué explosión se refiere??? Yo no me acuerdo… Yo no había prendido la mecha, pero una de las petacas usadas era mía, y eso me hacía responsable del atentado y de la quebrazón de vidrios…

— O —

Capítulo 18.
Una agridulce historia ejemplar

En agosto de 1968 había cumplido mis quince años sin pena ni gloria; a los hombres no nos celebraban esa fecha y más bien nos ponían entre ojos para verificar que atravesáramos la adolescencia sin presentar mayores problemas ni descarrilarnos demasiado… Aunque no siempre se lograba.

Mi tránsito por la época de la adolescencia no fue problemático para mi familia excepto por mis viajes frecuentes, todos inconsultos y sin mediar permisos que yo consideraba innecesarios.

Pero comencemos por el momento cuando el amor me pico por la espalda y la primera gran decepción fue un poco traumática, excepto por la compañía de un par de amigos que me permitieron atravesar esa etapa con relativa solvencia.

La chica se llamaba Gloria Tobón… era vecina de enfrente de mi casa en San Vicente, a una cuadra de la avenida Vázquez Cobo en la calle 24 norte en Cali.

Desde un año antes, si mal no recuerdo, había llegado a nuestra cuadra esa chica de Bogotá. No sé

muy bien si fue amor a primera vista o a segunda o a tercera, pero lo cierto es que esa chica se me atravesó en aquel momento de la vida con todo… No fuimos novios, no estábamos en edad de ser algo más que buenos amigos…

Los domingos yo la acompañaba a misa… En aquella época yo todavía iba a misa, dada la influencia jesuita de mi colegio.

Yo, un muchacho vestido con bluejeans y tenis Croydon, y ella de vestido de falda plisada y zapatos de tacón bajito, pero muy de señorita… Ella era unos dos años mayor que yo, pero parecía una mujer completa y yo todavía era un cagón, aunque eso no era problema para mí, viviendo aún entre las nubes de la inconsciencia adolescente…

Recuerdo un poco antes a mis trece años, yo tenía un grupo de amigos, casi una pandilla con gente de mi colegio, el Berchmans. Pero llegados los quince años y una vez conocida la chica, comencé a frecuentar menos a los amigos y prefería estar en compañía de Gloria.

Pero un diciembre fatídico… una noche tenebrosa, un instante salido de la realidad mundana quizás proveniente de lo más profundo del averno, me comentó lo inimaginable hasta entonces…

Gloria Tobón se iba de la ciudad con su familia…Su padre había decidido radicarse en la ciudad de Ibagué y ellos partían a los pocos días.

Luego de un muy corto tiempo… una casa cerrada y vacía en el día, y en las noches, una casa apagada, sin luces ni gente ni sueños ni nada… Casi sin querer volteaba a mirar a la casa vacía como intentando torturarme con la ausencia, y solo sentía una tristeza asfixiante, y entendí, por primera vez, lo que era el sabor desabrido de la melancolía, hasta entonces desconocida para mí, un sabor desagradable como de fruta agria y marchita, una melancolía que, sin embargo, se amañaba en algún rincón de mi alma que ya se iba acostumbrando a ella.

El golpe recibido, quizás el primero, quedó marcado en el recuerdo como un momento importante en mi vida. Hoy, cincuenta y seis años después, todavía tengo guardado su recuerdo en el cajón de las memorias valiosas, esas que por más que se llenen de capas de polvo centenario, se niegan a desaparecer del todo.

Era como una puerta cerrada, pero al tiempo se abría otra. Nada llega solo y sin remedio, también aparece una solución en esa otra puerta que se abre, o quizás, una ventana lateral por donde escurrirse y dar la espalda a un destino incierto y constreñido.

En esos días me encontré con un amigo de nombre Guillermo Acosta, vecino de la casa de al lado y compañero del colegio.

Me dijo:

—Oí ve, Gómez, ¿sabés que llegó un Rodeo a Cali, justo para las fiestas decembrinas? Yo nunca he estado en un rodeo, ¿por qué no vamos?

—No viejo, yo no tengo plata para rodeos… —le respondí.

—No, fresco vé, que yo te invito…

—¿De verdad? ¿vos me invitás? Porque hasta donde yo sé, vos andás más pelado que las mangas de un chaleco…

—No te creás, yo tengo mi platica y sí querés, yo saco las boletas para mañana, ¿ok?

—Ok, claro, entonces mañana nos vemos.

Al día siguiente estábamos entrando al espectáculo del rodeo en el sur de la ciudad… era un tremendo espectáculo, pero, más allá de los caballos, los toros bravos, las revolcadas de los cowboys, los

payasos y las diferentes atracciones, estaba una en especial…

Tenía unos ojos azules enormes, el cuerpo de una venus de milo, un pelo dorado como un sol de medianoche y una mirada que arrebataba toda la atención sin dejar campo para nada más…

Sí, eso le pasó al amigo Guillermo Acosta, que quedó encantado, enamorado y mucho más… realmente quedó perdidamente enamorado de aquella chica gringa…

No sé cómo pasó, pero aquella primera vez, quizás fue por cosas del amor, antes de irnos al final del espectáculo, él ya se sabía el nombre de la chica… Se llamaba Maggie Montgomery, ciudadana americana de ascendencia británica por parte de madre e irlandesa por parte de padre.

Yo por mi parte estaba viviendo mi nostálgico duelo con colores funerarios y no estaba con ánimo de mirar a nadie.

Al día siguiente nuevamente Guillermo Acosta me invitó al rodeo con todos los gastos pagos y esto se repitió unas seis veces, en ocasiones sucesivas en las que el amor iba haciendo malabares para desarrollar una historia de amor muy complicada,

muy imposible e importante, para llenar de sentido la vida de mi amigo Guillermo.

Guillermo era un joven adolescente, alto como una vara de premios, delgado como un jinete de carreras y con facciones europeas, cabello rubio, ojos verdes y una cara con facciones extrañas, a quien en el colegio le tenían por apodo: "muñeco de trapo".

El circo del rodeo duró un par de semanas y al final cerraron el espectáculo y se fueron de la ciudad…

Guillermo quedo desencantado con la vida, sin más tesoros que los pasionales recuerdos de un par de noches frenéticas en las cuales, al parecer, había perdido su virginidad en las fogosas noches que pasó con la gringa del rodeo… ¿y después?' solo un recuerdo de aquellos amores inconclusos y nada más…

Por esos días vi un notable cambio en la mirada de Guillermo Acosta… ahora tenía la visión de un hombre casi maduro, con un dejo de tristeza que se adivinaba en su mirar. Sin embargo, Guillermo aún no cumplía los diez y seis cuando esto pasó.

En aquel diciembre siguieron apareciendo los programas, ahora para beneficio de un par de frustrados enamorados del amor y sin pareja a quien

amar, y sin más suerte que la de poder contar con unos nebulosos recuerdos que poco a poco se iban diluyendo con el paso de los días, aunque en mi caso, aún no había probado las mieles del sexo y mis pretensiones habían sido más platónicas y esa historia duró un poco más…

En ese diciembre, en plena época de la feria de Cali, los programas que se nos aparecieron fueron encabezados por varias idas a un circo que había llegado a la ciudad, el flamante *Royal Dumbar Circus*, con sus múltiples atracciones, fieras, payasos, trapecistas y malabaristas y con Guillermo pagando los gastos y conmigo como invitado.

Otro programa al que estuve invitado por Guillermo, fue la ciudad de hierro, con varias entradas. Estando ahí, la atracción donde más nos entretuvimos fue en el tiro al blanco. De ahí salimos con cuatro muñecos de felpa los que terminaron en una caneca de basura pues no teníamos novia a quien agasajar.

El colmo del lujo en aquellos días festivos fue cuando Guillermo Acosta me invitó a cenar a un restaurante argentino famoso y de categoría, en la Avenida Vázquez Cobo y que se llamaba *La Tablita*. Lo tenso fue cuando entramos y nos sentamos en

una mesa. Acto seguido vino el metre enfundado en un riguroso smoking y muy cari acontecido y malgeniado, nos enfrentó para averiguar cómo era posible que un par de chicos adolescentes, venían con ínfulas de grandes personajes a cenar en La Tablita… Tocó mostrarle que efectivamente teníamos el dinero requerido para pagar la cuenta. La verdad, ese día nos atendieron de lo lindo y pedimos lo mejor y más costoso del menú y regado con limonada. La edad no permitía que nos vendieran vino que era lo aconsejable con la punta de anca al horno que se comió Guillermo y el churrasco que pedí yo, pletórico de rico chimichurri.

Salimos tarde en la noche caminando, pues afortunadamente nuestros hogares quedaban a unas pocas cuadras de distancia.

Pero la historia no había terminado ahí… un par de días después de la cena en La Tablita, nuevamente me encontré con Guillermo en la cuadra.

Guillermo venía con cara de tragedia y me dijo…

— ¿Sabés qué?

—¿Qué?

—Me cogieron en la casa…

—¿Te cogieron? ¿te cogieron de qué? … explicáte.

—No, marica, me cogieron con la plata…

—Pero ¿cuál plata? —le pregunté—.

—Pues la plata que nos gastamos estos días, —me dijo.

—Pero ¿no dizque esa plata era tuya?

—No güevón, esa plata me la encontré en una caja de zapatos que había en lo alto de mi closet…

—Yo no sabía y fui sacando poco a poco de a billetico. Esa plata era de una lotería que se había ganado mi papá, y yo no sabía.

Esa fue una de las últimas veces que me vi con Guillermo Acosta, el castigo que le dieron fue ejemplar. Lo mandaron interno a Bogotá con destino a la Escuela Militar de Cadetes del ejército, durante dos años, sin derecho a salidas ni visitas.

Desde entonces no lo volví a ver hasta unos veinte años después, alguna vez que fui en viaje de negocios a la ciudad de Cali y me lo encontré…

Estaba con un brazo enyesado y cojeaba acompañado de un bastón. Me contó que se había estrellado hacía unos pocos días y había destrozado la camioneta de su familia. Me contó también que

estaba encargado de administrar la finca de su familia en *El Dovio*, (Una población cercana a Cali). Esa era su vida de finquero desde entonces.

Por esos días yo ya había cumplido los 36 años y había hecho una carrera universitaria en la Universidad Javeriana, y en ese momento estaba por comenzar un postgrado en la Universidad de los Andes, y era un ejecutivo relativamente exitoso, desempeñándome con un cargo gerencial, así que nuestros mundos eran muy lejanos.

Esa fue la última vez que me vi con el amigo Guillermo Acosta; nunca más me lo volví a encontrar y, además, prácticamente ya no volví a viajar a Cali pues, en la actualidad no tengo ningún vínculo con esa ciudad. Ya había pasado la juventud y ya había tomado un rumbo muy distinto de vida.

— O —

Capítulo 19.
Un robo en medio de la inconsciente adolescencia

Pero regresemos en el tiempo con esta anécdota, y no dejemos un cabo suelto… Respecto a mis amores con Gloria Tobón, quiero decir que varias veces hice una escala técnica en Ibagué para visitarla. Su familia siempre me recibía muy bien e incluso un par de veces me quedé a dormir en su casa.

La vez que me robé la plata de la leche…

Recuerdo la ocasión en que iba a viajar a Cali desde Bogotá, haciendo escala en Ibagué, pues Gloria Tobón estaba de cumpleaños, pero yo estaba sin plata. Días antes había sucedido un percance…

Resulta que a mis quince años yo sabía que muchos compañeros del colegio habían experimentado con los brebajes de *Dionicio*, (el dios del vino según la mitología griega), y ya hablaban de aguardientes, rones, cervezas, brandis y whiskies, con total alevosía y desfachatez y yo todavía no tenía ni

idea lo que era emborracharse, así que un día, al final de la tarde, armado con una de mis ganzúas… (Como he dicho antes, yo era experto en armar ganzúas para abrir toda clase de puertas y cerrojos que estuvieran impidiendo conocer algún secreto escondido).

Decía que, armado con una buena ganzúa me concentré en abrir la vitrina donde mi padre guardaba sus finos secretos espirituosos y sustraje una botella sin destapar de uno cualquiera de aquellos whiskies que él guardaba con especial celo.

Pero esta era una botella muy especial; un Dundee Scotch 18 años, que era guardada por mi padre esperando alguna buena ocasión para celebrar un acontecimiento importante.

En mi cuarto encerrado, siendo las 6:30 de la tarde, abrí la botella del Dundee Scotch y me dediqué a bebérmelo mientras fantaseaba con los recuerdos y ensoñaciones emanadas de la imagen de Gloria…

Esa misma noche, acabada la botella de un solo jalón, prácticamente me intoxiqué y estuve un muy largo rato abrazado a la tasa del inodoro vomitando estentóreamente lo que hasta entonces había sido el fino Dundee Scotch de mi padre y por tal razón todos en mi casa se dieron cuenta.

El castigo fue ejemplar… Durante las siguientes cuatro semanas me cortaron la mesada y no recibí un solo peso hasta haber cubierto el alto valor de aquella botella de whisky.

Estando en esa etapa de absoluta ausencia de efectivo, se presentó la fecha del cumpleaños de Gloria y en su casa de Ibagué se realizaría una fiesta de cumpleaños y yo consideraba imprescindible mi presencia en esa fiesta.

Mis magros ahorros, largamente reservados y en aquel momento ya muy disminuidos, no me alcanzaban para el viaje y les rezaba a las grandes alturas celestiales por un milagro que se me apareciera en el horizonte.

Y, sí señor… El dichoso milagro se presentó en la forma de un dinero aparecido como por arte de magia sobre la consola de mármol de la sala de mi casa…

Lo miré… lo volví a mirar y finalmente lo tomé y lo conté con mis manos y… efectivamente era el dinero que me hacía falta para los gastos del viaje pendiente.

Entonces me decidí… tomé el dinero, cogí mi maleta y salí sin despedirme, con el corazón y la intención puestos en la ruta hacia Ibagué, donde hice

escala justo el día de la fiesta de cumpleaños de Gloria Tobón.

En esa fiesta, en un momento dado, estaba bailando con ella y por fin me decidí a manifestarle mis amores y ella muy diplomática me sacó por la tangente… me dijo que ella quería seguir siendo mi amiga, pero nada más. Hasta aquí llegó el amor, la amistad y se marchitaron mis sentimientos por Gloria Tobón. Nunca más volví a parar en Ibagué, nunca más la volví a ver y finalmente le perdí el rastro.

Ese día aprendí que uno no se muere cuando se termina el amor y aprende también que esas canciones donde el amor es tan terrible que hasta de cortarse las venas dan ganas, no son reales y justamente en el tema del amor uno debe aprender a plantarse firme con los pies en tierra.

Con los años y después de muchas calabazas en la vida, aprendí de alguien, una frase salvadora que me ha servido enormemente en esos casos:

¡Que se vaya para la mierda… lo que no sirve que no estorbe ¡

Pero la historia no terminó ahí… todos nuestros actos tienen consecuencias y eso también se aprende.

Al regresar a casa en Bogotá, me esperaba un juicio de responsabilidades… la plata que estaba en la consola de mármol de la sala de mi casa y que había desaparecido el día en que me fui de viaje sin haberme despedido…

Luego vinieron otras semanas sin recibir la mesada para cubrir el valor sustraído…

Pero lo peor de todo… pasados casi cincuenta y poico de años, mi mamá todavía me recordaba el nefasto día en que *yo me había robado la plata de la leche y el mercado.*

¡Qué embarrada¡, ese día casi había perdido, no solo la honra, sino también, el amor de mi vida que se quedó olvidado para siempre, engarzado en el antejardín de alguna casa, en una esquina de Ibagué…

Pasadas muchas décadas y llegada la madurez, uno reflexiona acerca de lo que significa el amor y cae en cuenta que muchas veces confundimos el hecho de estar enamorados de alguien en particular, con otros sentimientos parecidos, como es el enamorarse

del amor y creer que aquella persona que pasa por la vida, en forma fugaz y etérea, es el amor de nuestra vida y cuan equivocados estamos… O también, cuando nos sentimos atraídos por una persona, sin que ello signifique que exista una razón válida y de peso para sentir esa atracción, es el caso cuando esa persona ni siquiera tiene las características propias para sostener una relación sólida, y entonces, es cuando caemos en cuenta que esa persona se ha convertido en una obsesión, la fascinación inicial se ha tornado en terquedad, en obstinación, en una ilusión onírica, un sueño hecho de nubes de algodón dulce, más parecido a un ensueño ingrávido que a un amor válido para sentar las bases para una relación duradera y pacífica.

— O —

Capítulo 20.
La formación de un Lobo Solitario

En el año 1969, recién llegado a Bogotá, con mi familia intentamos que yo entrara al colegio San Bartolomé de Jesuitas, pero deberíamos haber hecho las gestiones desde por lo menos seis meses antes y, por tanto, no me recibieron; además, yo venía de calendario "B" en Cali, y en Bogotá la mayoría de los colegios eran de calendario "A".

A la sazón, casi por accidente, me gradué en Bogotá en un colegio laico de nombre Liceo de Colombia.

Desde comienzos del año 1969, con mi familia ya vivíamos en Bogotá, y yo venía con una rutina de viajes intermunicipales entre Bogotá y Cali, ya que a esa edad me era muy difícil acostumbrarme a la nueva ciudad, y, además, mis amigos estaban en Cali y no me llevaba nada bien con los conocidos de Bogotá. Los rolos me parecían gente jodida, mierdosa y muy difícil y los fines de semana aprovechaba para tomar un bus, bien fuera de Expreso Bolivariano o de Flota Magdalena, y viajar a Cali a pasar el fin de semana allá.

Cabe mencionar que de entre todos los rolos que me caían mal, hubo un amigo. Fue Fernando Jannaut Bernal, quien se me acercó a ponerme conversa. Yo recién llegado de Cali, no tenía amigos en el colegio ni en la ciudad y peor aún, no quería tener amigos. Por esos días comenzaba mi apatía hacía la gente desconocida y mi tendencia a disfrutar la soledad, convirtiéndome en lo que llaman un lobo solitario. Sin embargo, en el colegio a ese pisco, Fernando Jannaut, le llamó la atención aquel tipo retraído allá, aparte de todos, y con cara de pocos amigos y se me acercó. Me puso conversación, lo que otros no hicieron.

Debo comentar que esa primera mala impresión acerca de los rolos de Bogotá no perduró en el tiempo. Tanto mi primera esposa, sus hermanos, (10), con quienes tuve una excelente relación, así como mis tres hijos, son de Bogotá. Mis compañeros de las Universidades donde estudié, casi todos eran rolos y a la larga me logré adaptar a su forma de ser. Sin embargo, mi mejor amigo hoy en día, Carlitos Vallejo, es nacido en Cartago, Valle del Cauca y criado en Cali.

Con Fernando Jannaut, (rolo), nos volvimos amigos desde entonces, corría el año 1969 y comenzamos a frecuentarnos los fines de semana. Fernando era el mejor estudiante del curso, un

hombre con mentalidad de científico, un hombre de matemáticas e ingeniería, pero al igual que yo, un lobo solitario.

Pero hagamos un paréntesis:

Mi padre, era un hombre complejo y muy particular, una mente superior, pero totalmente apartado del mundo… Todo un Lobo Solitario, también.

En diciembre los regalos de navidad no podían ser normales y me regalaba, por ejemplo, un telescopio, o un microscopio, o un equipo de física para armar experimentos, o una caja completa para armar un radio, con transistores, resistencias, condensadores, filtros y demás. Además, me había regalado un avión Mustang, era un aeromodelo a gasolina.

Ah… pero me faltaba hablar de los comics… Los comics no podían ser los normales de la gente normal, como eran los de Superman, Batman o Flash, Periquita o la pequeña Lulu. Esos estaban vetados de mi casa como si fuera el mismo demonio. No, los comics tenían que ser raros y diferentes.

Y empecé a encontrar valor en las series de colecciones, únicos que me compraba mí papá y que venían en forma de comics, denominadas: Vidas

Ejemplares, Vidas Ilustres, Joyas de la Mitología, Grandes Viajes, o Tesoro de Cuentos Clásicos, con las historias de vida de los personajes históricos más destacados, y ahí aprendí por ejemplo de Alexander Fleming, Tomás Alva Edison, Albert Einstein, Luis Pasteur, Madame Curie, Hermanos Lumière, Ricardo Wagner, Simón Bolívar, Miguel de Cervantes Saavedra y muchos más…

En ese tipo de comics aprendí las epopeyas, las historias épicas, la mitología romana, la mitología griega, la mitología germánica, la Odisea, la Ilíada, aprendí sobre los Nibelungos, sobre Jasón y los Argonautas, y sobre las vidas de múltiples personajes de la historia… ¿Y saben qué? Nunca nadie me pidió una lección sobre todo este conocimiento que quedó grabado en mi memoria con cincel y sin presiones de ninguna clase… Solo las paredes de mi cuarto de adolescente fueron testigos de todo lo que me entró en la cabeza en aquellos días de soledad y recogimiento monacal.

Entonces, hoy en día me pregunto:

¡Claro… ¿Para qué quería gente? La gente era un estorbo…

Para los amigos lectores de estas memorias quiero regalarles el link de una página digital donde hoy en día se consiguen y están todas las colecciones de comics en PDF digital para que accedan a esa información y a sus hijos o nietos les puedan regalar

verdadero conocimiento, claro que bajo el peligro de que se les vuelvan nerds y lobos solitarios…

Este es el link que les comparto:

https://sanviator.net/multimedia/biblioteca/vidas-ilustres/

Pero continuemos con la historia de mi amigo Fernando Jannaut del Liceo de Colombia… Decía que nos volvimos amigos en medio de nuestras respectivas soledades.

Fernando mostró especial interés por mis juguetes, la caja con el radio para armar, el telescopio, el microscopio, la caja de experimentos de física y sobre todo el aeromodelo, un Mustang de la segunda guerra a gasolina que prendía y volaba como los dioses y a control remoto… Él tenía otros dos aeromodelos.

En las tardes de los sábados, íbamos a Cedritos a una cancha de futbol cuando ya no estuvieran jugando y nos dedicábamos a volar nuestros aviones.

De mis visitas a la casa de Fernando, terminé encontrando el amor con su hermana menor. Una relación muy bonita y corta.

Los recuerdos de mi paso por el Liceo de Colombia están enmarcados por la desazón de ser un hueco, comparado con el Berchmans. El colegio quedaba en el barrio La Bella Suiza en la carrera 7ª, casi frente al famoso Gimnasio Femenino, un encumbrado colegio de señoritas muy distinguidas que al pasar nos miraban como si fuéramos mocos… Eso me ardía pues en Cali, el Berchmans era tenido como el mejor colegio de la ciudad en aquella época.

También recuerdo que estando en sexto de bachillerato, el vicerrector del colegio me tenía un apodo, me decía *El ministro*. Casi siempre me dejaba el bus del colegio y yo me venía en transporte público, pero llegaba un poco tarde… entonces, en varias ocasiones al llegar, él estaba en la puerta del colegio tomando nota de los que llegábamos tarde y al verme, con sarcasmo me decía:

—Siga *Sr. ministro*—.

Y en la izada de bandera se quejaba:

—Aquellos que llegan tarde y llegan sacando pecho como el *Sr. ministro*—.

Lo peor era que para entonces yo era bastante alto para el promedio de estatura del colegio y el Sr. Vicerrector era muy bajito, lo que incrementaba su frustración con aquel caleño engreído que no guardaba el mínimo recato para agachar la cabeza ante la supuesta indiscutible autoridad del colegio.

Para terminar este capítulo, respecto a Fernando Jannaut, quiero mencionar que han pasado 56 años desde que lo conocí y sigo siendo amigo de él, un ingeniero civil de prestigio, que vive y trabaja en una gran empresa en Huston, Texas, USA.

Le guardo un gran aprecio a Fernando, el único rolo bogotano que me puso conversación en una tarde lluviosa en un rincón del patio del colegio en Bogotá.

— O —

Capítulo 21.
Una experiencia espeluznante en Santa Rosa de Cabal.

Juro por lo más sagrado que esta es una historia real… Me pasó a mí…

Tendría quizás los diez y seis años recién cumplidos y como ya se dijo, vivíamos en Bogotá, pero desde el año pasado 1969, venía con una rutina de viajes intermunicipales entre Bogotá y Cali ya que a esa edad me era muy difícil acostumbrarme a la nueva ciudad, y, además, mis amigos estaban en Cali y, como ya dije, no me llevaba nada bien con los conocidos de Bogotá y los fines de semana los aprovechaba para tomar un bus y viajar a Cali.

La anécdota de Santa Rosa de Cabal.

Sucedió que, en uno de esos viajes, estando en casa de mi amigo Alberto Muñoz, se presentó un viaje de su familia y me invitaron a acompañarlos a la ciudad de Santa Rosa de Cabal, a un hotel en medio de las montañas con la atracción de contar con piscinas de aguas termales. Este hotel quedaba al fondo de una cañada con una carretera sin pavimentar, con una pared de tierra y matorrales de

un lado y del otro un precipicio, una bajada con una pendiente que remataba en un río, unos veinte metros más abajo.

De resto no había más construcciones ni presencia humana por esa zona, solo el hotel, repito, al fondo de la cañada y nada más.

Una noche, después de la cena, salimos a caminar con Alberto, con el fin de facilitar la digestión, e íbamos oyendo música en medio de la oscuridad, pues llevábamos una radio grabadora de cassette de pilas y Alberto llevaba su rifle de copas por compañía.

Al rato, ya a lo lejos, a unos doscientos metros a nuestra espalda, todavía se divisaban las luces del hotel.

De pronto, sentimos algo extraño, un sonido muy extraño…

Yo miré a Alberto como preguntándole y él ya estaba mirándome con igual intención… o sea que ambos estábamos sintiendo eso mismo… algo indefinible…

—Apaga esa mierda a ver que es, —le dije con cierto grado de alarma…

En ese momento oíamos algo semejante a un llanto… un llanto de mujer… venía de adelante a unos cien metros o tal vez menos…

Nos alarmamos pues considerábamos que en ese lugar no podía haber nadie… y menos a esa hora y en esa oscuridad…

—No marica, devolvámonos…

—Si de acuerdo, devolvámonos…

Comenzamos a desandar camino rápidamente con rumbo al hotel.

En ese momento vino otra situación alarmante… en medio del camino en la vía hacia el hotel observamos un movimiento de algo blanco, a unos treinta metros… algo que se dirigía hacia nosotros…

Con una voz que asemejaba a un hilo dije sin sonido…

—¿Quién viene ahí?

Nadie contestó…

—Que ¿quién viene ahí? Repetí tratando de aclarar la voz

En ese momento distinguimos a alguien que bajó la ruana habiendo pasado su cabeza por el hueco y ya pudimos distinguir a otros personajes que venían caminando y conversando, haciendo lo mismo que nosotros, caminar para la digestión.

Les contamos alarmados lo que acabábamos de escuchar atrás y del susto que nos dieron…

Estos tipos eran personal de la cocina del hotel y realmente se mostraron más asustados que nosotros y procedieron a regresar rápidamente.

En el hotel le contamos a más personas la experiencia que acabábamos de vivir y fue cuando se armó una partida de valientes comensales, con el propósito de ir a investigar el caso. Sin amedrentarnos y con una valentía a toda prueba, procedimos a preparar la radio grabadora con un nuevo cassette y listo, ya estábamos preparados… nerviosos pero valientes… al menos eso creíamos…

Armamos una línea frontal de unos ocho valientes exploradores de la dimensión desconocida, y amarrados, entrelazando nuestros brazos para darnos ánimo y confianza, aparte de evitar que nadie se aculillara y saliera corriendo, cogimos camino

hacía el mundo de lo desconocido… quizás a la famosa dimensión desconocida.

Caminamos animadamente unos trescientos metros en la oscuridad, alumbrando el camino con las linternas que llevábamos y usando palabras de ánimo prometiéndonos no correr ni devolvernos por nada del mundo…

Llegamos a un sitio unos cuatrocientos metros del hotel, y comenzamos a escuchar el ruido… pero apretando nuestros brazos continuamos hacia adelante con incierta decisión, pues el sonido se hacía más fuerte cada vez y era totalmente claro el llanto de una mujer…

—No marica, no más, —dijo uno de los valientes.

—No, espere, dijimos que no íbamos a devolvernos hasta saber que era esta mierda, —dijo otro.

—Sí, sigamos a ver qué pasa, —dijo un tercero.

Yo iba callado, en la mitad del grupo y hasta cierto punto me sentía respaldado por la valentía de los demás…

De golpe… del lado de la pendiente que daba al rio subió más velozmente la voz… el llanto y ya no era una imaginación sino algo completamente real… Se me congeló la sangre y se me pararon los pelos de

la nuca… Ya estaba cagado del susto, pero todavía me tenía que aguantar pues nadie se soltaba del apretujón…

En ese momento llegó el sonido ese mucho más fuerte, el llanto de la mujer hasta unos diez metros de donde estábamos nosotros…

Yo puedo contar con total fidelidad lo que yo vi…

Fue el momento en el que intempestivamente se abrieron dos ramas y de en medio apareció una figura blanquecina… una aparición sin rostro… una nebulosa figura blanca emergió de en medio de los matorrales y ahí si se armó la desbandada…

Lo que quedó grabado en el cassette y que después escuchamos fue:

—Huyyy jueputa ¿esa mierda que es?

—No, suélteme marica yo me largo.

—Yo también me largo de aquí…

—No, que hijueputas… que susto tan verraco…

—Pero ¿qué mierdas era esa vaina?

Ya íbamos corriendo en desbandada, cuando uno alcanzó a decir…

—Huyy jueputa… creo que del susto me oriné en los pantalones…

Y luego gritos y más gritos y todos corrimos en desbandada… y nadie paró hasta llegar al hotel.

Pero ¿qué había pasado?…

No teníamos ni idea, no había explicaciones.

Por la mañana después del desayuno, en la cocina nuevamente comentando del espeluznante suceso de la noche, uno de los empleados más antiguos del hotel nos contó…

En ese punto, hace unos veinte años, una camioneta se accidentó y cayó al barranco y murieron una señora y un niño… muy seguramente es el alma de la mujer que anda en pena desde entonces.

La verdad yo no creo en fantasmas, pero para esta vivencia no tengo ninguna explicación.

— O —

Capítulo 22.
Los rifles de copas

Regresemos al pasado, al colegio Berchmans. Muchas veces nos íbamos de excursión con los scouts a los farallones de Cali, para acampar y recibir instrucción de escultismo.

Aún recuerdo los cánticos mientras caminábamos por las montañas:

"Avanzan las patrullas,
adelante a lo lejos,
avanzan las patrullas
al toque del tambor… ¿adelante?

Juntos escalemos la montaña altiva
juntos escalemos el picacho azul,
solo los cóndores sobre nuestra frente
y la majestuosa sobre el cielo azul…

Avanzan las patrullas…. Etc."

A esas excursiones permitían llevar nuestros rifles de aire y copas, (diábolos).

En una ocasión estábamos de campamento en la mañana, y me tocó el turno de ir a recoger la leche a una finca vecina donde nos la tenían reservada. Yo llevaba el rifle de copas de un amigo y la cantina de la leche.

Al regreso venía caminando por la campiña y de pronto escuché un ruido raro en unos matorrales…

"Debía ser un animal, —pensé.

Cargué el rifle con una copa y sigilosamente me dirigí al matorral para descubrir el animal… y oh sorpresa…

No era un animal… era Echeverry blanco, un compañero del grupo scout que estaba acurrucado de espaldas a mi echándose una cagadita…

Me pareció muy divertido aprovechar la oportunidad ya que tenía cargado el rifle y, apuntando con cuidado, le puse un pepazo en la nalga al amigo y salí corriendo, muerto de la risa…

Un rato después, ya de regreso en el campamento…

—Quién fue el hijueputa que me pegó un pepazo en la nalga… mucho mierda…

Otro dijo, acusándome:

—Pues por esos lados solo estaba Gómez que fue el que trajo la leche…

—Ah… el verraco del Gómez ya verá…

Para concluir el caso, el amigo se pudo desquitar, pues estando yo en el rio sentado en una piedra, fue el quien aprovechó la oportunidad de desquitarse y me puso un pepazo en el codo con su rifle de copas.

La verdad, es muy doloroso un impacto del diábolo de un rifle de aire en el cuerpo.

Pero permítanme contar la anécdota de cuando el niño dios me trajo una pistola de copas…

En una de aquellas navidades, yo le pedía al niño dios un rifle de copas. Al fin, esa navidad me trajo una pistola de aire y copas, No era lo que yo esperaba, "pero bueno, que le vamos a hacer", —pensé.

El 25 de diciembre en la mañana, me fui para donde mi amigo Alberto Muñoz, en la avenida Vázquez Cobo. Llevaba orgulloso mi pistola de copas para presentársela y al llegar a su casa me salió con un flamante rifle de copas con mira telescópica que le había traído el niño dios.

Alberto me dijo que pasáramos a un edificio en construcción que estaba al lado de su casa, era un edificio de unos cinco pisos que estaba en obra negra.

Nos parapetamos detrás de un muro y en medio de las guaduas y muros grises, teníamos vista hacia la avenida frente al edificio del Seguro Social de Cali.

Tengo que ser claro que no fui yo quien disparó… Alberto tenía su rifle y en un momento dado una señora afrodescendiente salió caminando por la puerta de Urgencias del Seguro y pasando por el frente de nuestra vista, iba dirigiéndose hacia el paradero de los buses, en la esquina a unos 60 metros más allá.

La señora venía enfundada con alguna dificultad en un vestido de seda o raso morado chillón, que le quedaba estrecho y se le forraba un gran trasero muy apretado.

—No podemos desperdiciar esta oportunidad, —dijo Alberto, al tiempo que cuadraba la imagen de la cruz de la mira telescópica, enfocando el gran trasero de la señora.

Contó varias veces mientras respiraba profundamente y en un momento dado retuvo la respiración y haló del gatillo…

Ante la punzada del impacto en la nalga, la señora solo hizo un movimiento involuntario reflejo

levantando un poco la pierna mientras se tocaba con insistencia la nalga en el lugar del totazo y miraba para todos lados buscando la causa del dolor.

Pasaron unos tres o cuatro minutos mientras se sobaba la nalga golpeada y finalmente decidió seguir caminando para tomar el bus.

Alberto me dijo que no podía desperdiciar esa segunda oportunidad… cargó el arma con una segunda copa y volvió a enfocar la mira telescópica en la otra nalga y pum… un nuevo disparo y otro impacto, ahora en la otra nalga de la señora.

Estando en mis catorce años yo era inconsciente de la maldad del asunto y simplemente me parecía divertido. Alberto era un poco mayor que yo y, al fin y al cabo, él era quien había hecho los dos disparos.

La señora se devolvió hasta la entrada de urgencias de la clínica para averiguar qué era lo que le sucedía, pues a esa distancia, el impacto llegaba sin sonido alguno, pues el rifle era de aire y no producía un sonido tan fuerte y de lejos no se escuchaba nada.

Pero, en ese momento se armó el problema, cuando vimos a la señora junto con unos enfermeros de la entrada de urgencias, señalando el edificio del frente, justo donde estábamos nosotros parapetados y a continuación cruzaron la calle y timbraron en la puerta del edificio de Alberto.

Salió la mamá y luego, la queja, las acusaciones, las disculpas y para resumir el final, a Alberto le quitaron el rifle de copas y quedó castigado.

Yo me fui para mi casa, con mi pistola de copas y a mí no me pasó nada… Esa pistola me acompañó muchos años, pero nunca la usé para atacar a personas. Y ahora que lo pienso, no sé qué fue de aquella pistola ni donde terminó.

Muchos años después, ya de adulto mayor, yo seguía añorando haber tenido un rifle de copas como el de Alberto, pues nunca me llegó… Sin embargo, cuarenta y cinco años después, una vez habíamos terminado de construir nuestra finca en las montañas de Guasca, Cundinamarca, un buen día mi hijo mayor quien vive en Miami, me trajo de regalo un flamante rifle de copas con mira telescópica. Ese rifle lo tengo guardado en la finca, aunque casi nunca lo uso. Ya me había pasado la ventolera de los rifles de copas.

— O —

Capítulo 23.
Recuerdos de la funeraria

También recuerdo la funeraria Muñoz de los papás de Alberto, mi amigo.

Aprendiendo a manejar:

Recuerdo en una ocasión cuando se presentó una necesidad en la funeraria. Había dos entierros pendientes y se hacía necesario traer dos coches funerarios que estaban en la sede del sur en San Fernando a la sede del norte en la Vázquez Cobo, y no había más conductores pues los otros dos estaban ocupados.

Entonces fue cuando la mamá de Alberto me preguntó:

—Oiga Carlos, ¿usted maneja? ¿Usted puede traer uno de los carros desde San Fernando?

—Pues sí… le respondí en forma automática sin pensarlo realmente.

—Ah, perfecto, entonces Alberto trae el otro, listo…

y se fue…

En ese momento me entró el pánico… yo escasamente tenía mis 15 años recién cumplidos y nunca había manejado un carro, excepto que prendía la camioneta *De Soto* de mi papá cuando me la entregaba para que la lavara con manguera.

—Oiga hermano, —le dije a Alberto— me equivoqué y le dije a su mamá que yo podía traer ese carro desde el sur y pues yo nunca he manejado…

—No, güevón, pues la cagó… ya le toca traerla, pues los entierros no se pueden perder…

—Pero es que yo no sé manejar, —le dije con angustia.

—Pues, de malas, ya le tocó aprender a las malas… Yo traigo la carroza mecánica y vos traés la automática que es más fácil…

Tiempo después…

Mirá, Caliche, ese es el freno y ese el acelerador… los cambios no los movás para nada.

Pones el Drive y vas para adelante, frena avanza, frena, avanza… nada más.

Cuando lleguemos pones la palanca en P que es Parking y lo apagas, ¿Ok???

Eso es todo… tú me sigues con cuidado sin estrellarme por detrás, y nos venimos muy despacio, cogemos toda la quinta y al llegar a la veinticinco volteamos y nos venimos para acá… tú no tienes que hacer nada más que seguirme… ¿Ok??? Pero, por lo menos procurá no subirte a los andenes ni atropellar a nadie, ¿Ok???

—Bueno listo… —le dije aun presa del terror.

Fue el camino más angustioso de mi vida en aquel momento, pues me sentía manejando un avión y sin saber y llegué juagado de sudor del puro susto…

Cuando me bajé estaba temblando y las piernas no paraban de sacudirse…

Desde ese día fue que aprendí a manejar carro y nunca necesité de clases para hacerlo.

— O –

Capítulo 24.
La vuelta a Colombia en auto stop
1era. Parte

Quizás ya tendría los 16 recién cumplidos, cuando, a mitad de año en las vacaciones, se presentó una oportunidad de viajar.

Un tipo del colegio de nombre Hernando Montaña Ruan, quería hacer un viaje en auto stop por Colombia y estaba buscando un compañero de viaje.

Pero detengámonos un poco para describir a Hernando Montaña. Era un pisco alto, delgado y rubio y con cara de ser de aquellos que poco sonríen, siempre con el ceño fruncido, quizás embebido en desempeñar su papel principal de ser el primer congresista del curso a sus 16 años, o, al menos eso era lo que proyectaba en su mente y vivía manifestando su intención de ser el presidente de la República en un futuro lejano.

A su corta edad ya era todo un activista político y no perdía oportunidad de arrancar con un discurso y una dialéctica con una cuidada oratoria muy circunspecta, con cualquier pretexto que se le

presentara. Había nacido en Cúcuta, departamento del Norte de Santander y al igual que yo, creo que era otro inmigrante desubicado y fuera de lugar en esa ciudad, Bogotá.

Nos pusimos de acuerdo en emprender el viaje juntos, aunque no nos unieran muchos lazos de amistad, más que el hecho de ser compañeros de curso.

Mi padre no estaba dispuesto a dar un peso para el viaje del jovencito de la casa y me toco ahorrar de mis mesadas y en últimas le pedí prestado un dinero a un profesor, quién se acomidió a hacerme el favor. Era la suma de Col$ 350 pesos de la época, en lo que, sin muchos cálculos, creía que ese dinero sería suficiente para darle la vuelta a Colombia y nada más. De todos modos, la consigna de religioso cumplimiento era jamás tomar y pagar por un transporte público a nadie. El viaje debía realizarse en su totalidad a punta de auto stop, es decir, echando dedo a los autos en la carretera.

Una mañana, más bien tarde, salimos de Bogotá por la autopista del sur, viajando por Silvania, luego Fusagasugá y Melgar hasta llegar a Girardot y luego Ibagué.

Creo, si mal no recuerdo que fueron unos cuatro transportes los que nos llevaron hasta las puertas de Ibagué, hasta una estación de servicio, donde pasamos la noche en un corredor. Nuestros morrales de almohada y el mejor soporífero, el cansancio.

Al día siguiente, emprendimos el viaje saliendo de Ibagué. Luego, el viaje pasando por Cajamarca un caserío infinitesimal, y poco después, el paso de La Línea.

Esta era una ruta de montaña hasta llegar a lo alto de un risco con ese nombre, en un trayecto tortuoso, con muchos camiones que subían la alta montaña en forma muy lenta y pesada y con una fila de vehículos más pequeños evitando pasarlos para no quedar en un accidente, todos juiciosamente en fila maldiciendo las condiciones del paso, con un precipicio de lo que parecían ser miles de kilómetros de altura, con una caída que de presentarse los llevarían a los propios dominios de satanás, muy cerca del averno.

(Es necesario mencionar que, en la actualidad, en el mes de marzo del 2025 hice un viaje a Cali desde Bogotá, en mi camioneta y, al pasar por la ruta de La Línea, me he encontrado con una autopista de doble carril, muy bien demarcada, con unos túneles de impresionante ingeniería y una fluidez vial que en

nada se compara con las dificultades de tránsito de lo que fuera La Línea años atrás).

Por La Línea, íbamos en un camión que transportaba combustible y finalmente llegar a Calarcá, donde ya nos iba alcanzando el anochecer.

Calarcá, otro pueblo sin condiciones de ninguna clase en aquella época, nos permitió decidirnos por continuar adelante a pesar de la hora, dirigiéndonos hasta Armenia, la capital del departamento del Quindío, pero preferimos continuar adelante, pues el camión donde íbamos pasaba por Pereira y el clima era mejor.

Llegados a Pereira un poco tarde en la noche, siendo alrededor de la 9:00 pm, se nos ocurrió pedir posada en el batallón San Mateo del ejército de Colombia y con ese fin nos dirigimos a las instalaciones presentándonos en la guardia.

Un guardia desprevenido sin saber que contestarnos, solo se le ocurrió llamar al superior a cargo que era un teniente.

—A ver jóvenes, entonces, ¿qué es lo que se les ofrece? ¿Y ustedes de dónde vienen y quiénes son?

—Pues venimos de Bogotá, somos estudiantes de cuarto de bachillerato del Liceo de Colombia, Yo soy Carlos Alberto Gómez Acuña, mi compañero es Hernando Montaña Ruan y venimos con la intención de darle la vuelta a Colombia en auto stop y quisiéramos ver la posibilidad de pasar la noche aquí en el batallón.

—El teniente muy sorprendido con tan inusual petición solo nos dijo:

—Espérenme un momento que voy a consultar.

Al rato volvió para decirnos:

—Bueno muchachos, síganme, les vamos a dar posada y se van a quedar a pasar la noche en la enfermería. Ya les están preparando sendas camas. Hay un baño en el corredor y mañana podrán desayunar en el comedor del batallón junto con el personal a las 5:30 en punto, sin falta.

Muy agradecidos con el teniente le dimos las buenas noches.

A la mañana siguiente ya estábamos bañados con agua fría, y siendo las 5:20 am, ya estábamos

listos para un gran desayuno de recluta, compuesto de un huevo cocido, un par de grandes mogollas dulces y un gran tazón de chocolate. Realmente quedamos muy satisfechos y luego de despedirnos con nuestros sinceros agradecimientos, emprendimos el rumbo hacia Medellín.

Medellín… una ciudad sin recuerdos…

De Medellín no tengo recuerdos… simplemente me pareció una ciudad sin recuerdos y quizás me quedó la vaga sensación de que esa parte del viaje no fue agradable, no nos fue bien con los paisas que no fueron amables con los viajeros procedentes de Bogotá. Siempre ha habido alguna rivalidad entre paisas y bogotanos y un par de camioneros que pararon nos pidieron una buena suma de dinero por llevarnos lo que no era nuestra idea.

(Hoy en día, casi 60 años después, tengo una imagen de Medellín y de Antioquia totalmente distinta. Esa región y esa gente paisa me parece de lo mejor que hay en el país y tengo muy buenos amigos y conocidos entre los paisas. He trabajado al lado de paisas y tengo la mejor imagen de ellos.)

Decidimos pasar de largo por Medellín y continuar el viaje en algún camión que nos recogió a la salida de Medellín e iba de largo hasta un caserío

de nombre Yarumal, sitio donde el sueño le venció la conciencia al conductor y decidió parar a descansar un poco…Pero era muy avanzada la noche ya que a ese sitio perdido llegamos hacia las 2:00 de la mañana.

Yarumal era un lugar de montaña a unos 2350 metros sobre el nivel del mar y esa madrugada hacía un frio terrible, así que decidimos continuar a pie dejando el camión y al conductor que descansara mientras nosotros continuábamos bajando la montaña por la carretera sin pavimentar, en medio de una oscuridad escasamente iluminada por una mortecina luz cuarto menguante.

A las 8:50 de la mañana ya casi íbamos llegando a pie al siguiente pueblo de nombre Valdivia, cuando nuevamente apareció el camión que habíamos dejado en Yarumal y nos volvió a recoger.

Sin embargo, solo nos llevó un trayecto más hasta un pueblo siguiente, Puerto Valdivia, donde el conductor tenía una cita programada de antemano con una prostituta amiga de él y hasta aquí nos trajo el rio.

Ahí en Puerto Valdivia desayunamos en compañía del amable conductor del camión (oriundo de Sevilla, Valle), según nos dijo, y de la puta pintoreteada que no desaprovechaba ocasión para

hacernos proposiciones indecorosas no adecuadas para un par de jovencitos imberbes que aún no conocían los intríngulis del sexo.

Más asustados que contentos terminamos el desayuno de salchichón y pan tieso con café negro y luego de despedirnos del chofer y agradecerle su deferencia, emprendimos nuevamente el camino.

Ya estábamos en tierra plana y caliente, y de aquí en adelante solo nos esperaba la costa, el mar y la playa, pensábamos, pero… eso estaba aún bastante lejos y debíamos pasar por varias peripecias antes de llegar a la playa.

Como podrán saber, esa noche no habíamos dormido nada y ya el cansancio nos comenzaba a dominar, pero ese sitio, Puerto Valdivia, no era un lugar recomendable para parar y tuvimos que seguir a la fuerza.

— O —

Capítulo 25.
La Vuelta a Colombia en auto stop
2da. parte

Otro camión cargado de fruta nos recogió y nos llevó un trayecto largo hasta la población de Caucasia, pasando previamente por otro caserío, Tarazá, donde se hizo una escala técnica para orinar en un baño nada recomendable por lo sucio. El conductor del camión nos dijo que ese baño era un peligro pues tiempo atrás él se había pringado con una venérea en un baño de ese sitio. La verdad no le creímos pues teníamos la idea que una venérea no se pega en un baño sino en un acto sexual y nosotros creíamos, por lo que nos dijeron, desde antes, que casi todas las fufurufas del lugar ya estaban pringadas.

Luego de Tarazá, llegados a Caucasia, nos encontramos con un lugar tórrido e infernal, con una temperatura que rayaba los 40 grados y una humedad de por lo menos el 99%, que calculábamos así, por los chorros de sudor que nos salían del cuerpo y empapaban nuestra ropa. Esto nos debilitaba aún más.

En ese sitio nos bajamos y mientras caminábamos con nuestros morrales a la espalda, caídos del cansancio, del calor y del sofoco, ya nos iban abandonando las fuerzas.

Fue en ese momento que a Hernando le dio la pálida y nos tocó parar en un caspete a que Hernando se sentara, tomara mucha agua, se comiera dos roscones con mucho azúcar y, en adición a ello, sacamos del maletín una capsula negra. Era uno de los reconstituyentes, unos multivitamínicos de amplio espectro que habíamos conseguido con un médico en Bogotá y los habíamos traído para usarlos justamente en esos casos.

Al rato, ya con Hernando en mejor condición y más recuperado, decidimos continuar caminando hasta la salida del pueblo.

Nuevamente una camioneta pick up con unos paisas nos recogió con destino a Montería y en ese trayecto, cómodamente acostados en el platón nos iba dominando el sueño, hasta que paró en una población solo unos kilómetros más adelante. Fue en Planeta Rica donde los paisas pararon y volviendo hacia nosotros, tendiendo la mano, nos pidieron le diéramos el valor del pasaje hasta Montería. Nos estaban cobrando Col$15 pesos por cada uno, a lo

que nos negamos rotundamente… ese no era el trato y por aquella época ya se sabía que "echar dedo" en la carretera significaba viajar de gratis. Los paisas avivatos insistieron y uno de ellos fue a sacar un machete para intimidarnos y obligarnos a darle el dinero. En ese momento se aparecieron dos policías e intervinieron. El caso es que ya se había arremolinado una cantidad de gente que nos estaba respaldando en contra de los paisas mierdosos y los policías les obligaron a dejarnos en paz. Además, el pasaje en bus en el trayecto entre Caucasia y Montería no costaba más de Col$5 pesos y esos malditos nos querían tumbar.

En ese momento, luego del incidente con los paisas, en medio del cansancio y la desesperación, se nos "apareció la virgen" …

Ahí en Planeta Rica, íbamos caminando, pasando al pie de una tractomula cargada de bultos de cemento, cuando, desde esa plataforma, unos muchachos nos llamaron…

—Hey muchachos de dónde vienen y para dónde van?

—Venimos de Bogotá y vamos para la costa, y ¿ustedes de dónde vienen?

—Unos venimos de Bogotá y otros venimos de Medellín. Pero, súbanse que nosotros también vamos para la costa y podemos seguir juntos.

—Pero, tocará pedirle permiso al conductor… —les dijimos.

—No, qué culo, ese ni se va a dar cuenta que ustedes se subieron, vamos, suban…

Nos subimos a la plataforma de la tractomula y seguimos con ese grupo hasta Montería a donde iba el camión.

Al llegar a Montería decidimos separarnos para irnos en grupos de a dos con el fin de facilitar que alguien nos recogiera pues en grupo grande era imposible. Nosotros decidimos no entrar a Montería como el resto del grupo y preferimos seguir de largo para ir avanzando un poco más.

Seguimos con Hernando Montaña un trayecto más en un auto que nos recogió en la variante de Montería, sin entrar a la ciudad y nos llevó hasta Cereté. Ahí nos dejaron en un peaje de la policía.

Nos hicimos amigos de los policías, costeños tenían que ser para ser tan abiertos. Era una noche tempestuosa, llena de rayos y centellas que iluminaban de cuando en cuando las penumbras.

En ese momento a Hernando se le ocurrió que debíamos seguir nuestro trayecto a pie. Los policías nos insistían en que pasáramos la noche ahí, pero Hernando estaba muy terco.

Era una locura… la noche, la oscuridad cerrada, los truenos y relámpagos y un clamor de miles de ranas que hacían un ruido ensordecedor y atortolante…

Yo discutí con Hernando y a la final ante su insistencia inconsciente, decidí que no podía dejarlo irse solo y continuamos el camino… Pero no avanzamos más de ciento cincuenta metros desde la caseta del peaje cuando Hernando por fin entró en razón y nos devolvimos.

Esa noche dormimos profundamente en el piso de la estación, hasta bien entrada la mañana.

Siendo casi las 10 am, ya muy recuperados, nos despedimos de los policías y continuamos nuestro camino cuando una camioneta con una pareja de morenos nos recogió. Ellos iban para Lorica, y ese era nuestro destino donde nos encontraríamos con el resto del grupo de viajeros. Desde Lorica

encontramos otro transporte que nos llevó a una población llamada Chinú.

Ahí en Chinú nos encontramos con los muchachos que venían de Bogotá, uno de ellos estaba vomitando, se llamaba Germán Bocanegra, alguna porquería se debió haber comido que le cayó mal. Esperamos un par de horas a que se recuperara. No podíamos dejarlos solos en esa situación, así perdiéramos algo de tiempo, pero en esos casos la solidaridad de viajeros saltaba a la vista. Una vez recuperado el compañero, continuamos nuestro trayecto rumbo a Sincelejo.

Un paréntesis: (A Germán Bocanegra me lo encontré unos años después, quizás una década más adelante o un poco más. Se había convertido en un médico cirujano prestigioso y trabajaba en un hospital universitario, creo recordar que era en el hospital San Ignacio de la Javeriana).

En Sincelejo en la plaza principal, en una fuente de soda nos encontramos con el resto de los jóvenes que iban llegando por tandas. Ahí almorzamos ese día. Era una ciudad más adecuada y no tan pueblo.

Ese día dormimos todos los del grupo en la plaza principal de Sincelejo, acomodados con nuestros morrales por almohadas. Los policías de la estación cercana guardaron nuestro sueño.

Al día siguiente, alguien del grupo contactó a un transporte de un colegio de la ciudad y por una cifra simbólica de $ 2 pesos cada uno, nos llevaría desde Sincelejo hasta las playas de Tolú… nuestro primer destino en la costa del Caribe.

En Tolú, la cosa cambió radicalmente. Playa, arena blanca, gente bonita, turistas, chicas bellas, cervezas, chapuzones en el mar, dormir en la playa con el infinito por techo, etc. A los 16 años dormir en la playa a uno le parece algo mucho mejor que un hotel de cinco estrellas.

El mar… una extensión que se me antojaba infinita, y pensaba: Siguiendo una dirección fija en línea recta, hacía el norte, navegando varios días, llegaría a los Estados Unidos… el sueño americano…

A mí siempre me habían gustado los Estados Unidos, pero… en el transcurso de los siguientes años cambié de idea, me casé muy joven, con obligaciones, con hijos, me volví un profesional, un empresario de mi país y sí… he viajado muchas veces

a los Estados Unidos, pero no para quedarme… Hoy en día prefiero la Colombia de mis alegrías y mis dolores, pero a la larga una verraquera de país.

Pasamos varios días en Tolú, todo un descanso. Pero recuerdo un impasse que sucedió, un día en el mar.

Varios amigos nos encontrábamos bañándonos y conversando en el mar frente a la playa de Tolú, con un colchón inflable por salvavidas, pero en un momento dado en un descuido el colchón ya había sido arrastrado en el mar y cuando caímos en cuenta, ya estábamos casi un kilómetro mar adentro… muy lejos y veíamos la playa allá muy lejana… En un momento dado una ola reventó justo donde estaba la colchoneta inflable y nos botó a todos en diferentes lugares. Yo tragué un poco de agua y de pronto me encontraba en medio del mar, sin nadie a la vista, sin colchoneta, sin los amigos ni nada, solo agua… Ya me estaba cogiendo en pánico cuando oír el grito de alguno… Estaba cogido a la colchoneta a unos cinco metros de distancia y estaba nadando hacia mi… Una vez logré contacto con la colchoneta, me amarré la cuerda de ésta con varias vueltas alrededor de mi brazo para evitar que una nueva ola me lanzara lejos. Poco a poco fuimos encontrando a los otros compañeros que había salido despedidos y ya juntos, más tranquilos comenzamos

a gritar hacia la playa para que nos oyeran y auxiliaran.

Realmente estábamos muy asustados, éramos unos cinco que estábamos en esa situación y comenzamos a nadar moviendo los pies, agarrados y amarrados al colchón inflable rumbo a la playa, pero estaba muy lejos.

En ese momento, alguien en la playa se dio cuenta que estábamos en dificultades y avisó a la guardia marina. Ya eran casi las seis y media de la tarde cuando oímos la sirena y vimos los reflectores de la lancha que vino en nuestro rescate.

— O —

Capítulo 26.
La vuelta a Colombia en auto stop
3era parte

Luego, continuando nuestro viaje partimos con rumbo a Cartagena, vía Sincelejo.

No recuerdo muy bien que transporte nos llevó de Tolú de regreso a Sincelejo, pero a partir de ahí llegamos a una población de nombre Carmen de Bolívar. Ahí si me acuerdo. En ese sitio, ya nos habíamos separado de los del grupo y Hernando Montaña y yo estábamos esperando alguien que nos recogiera con destino a Cartagena.

Fue cuando paró una camioneta Chevrolet último modelo, con una familia que venía desde Bogotá a la costa. Aún recuerdo el nombre del papá… se llamaba Juan Balen Pizano. Venía con su esposa y dos hijas muy lindas y de nuestra edad. Nos llevaron hasta Cartagena.

Recuerdo que llegados a Cartagena fuimos primero a visitar el Convento de Getsemaní, donde estaba de capellán un cura franciscano conocido por mí, el Padre Jaramillo del Pio XII. Efectivamente nos recibió, se acordaba, nos dio limonada, conversó con

nosotros un rato. Pensábamos que quizás nos daría posada, pero nada.

La primera noche en Cartagena dormimos en las sillas playeras del Hotel Playa de Boca grande, donde nos dieron permiso. Sin embargo, al día siguiente, Hernando Montaña se contactó con un familiar, era un personaje de nombre Alberto Peñaranda Restrepo, Gerente de Producciones Punch, una programadora de televisión, quien nos invitó a quedarnos unos días en su apartamento de Cartagena, y esos días lo pasamos de lo lindo. Hicimos migas con las chicas Balen que, recordemos, nos habían traído desde Carmen de Bolívar a Cartagena.

Pero sigamos con el viaje…

Días después, el siguiente destino era Barranquilla. No tengo en mi memoria los detalles del transporte, pero sí recuerdo que en Barranquilla se nos ocurrió ir al colegio San José de los Jesuitas, donde yo me presenté como antiguo alumno del colegio Berchmans y ahí nos dieron posada por un par de días con comida y dormida.

El siguiente destino fue Santa Marta.

Ahí Hernando también tenía una señora que conocía por su familia quien administraba un hotel

en la ciudad y nos alquiló una habitación por un precio irrisorio incluyendo el desayuno. En Santa Marta estuvimos un par de días gozando de la playa de El Rodadero que es la zona turística por excelencia.

No recuerdo mayores detalles aparte del día de la salida rumbo al sur del país.

Un automóvil más bien desvencijado, escapado de pura suerte de la plaza de chatarras y que hacía mucho tiempo se había escapado de un destino en el desguazadero y que iba conducido por un anciano acompañado por su mujer, nos llevó hasta la población de Fundación en el departamento del Magdalena.

Llegamos a esa población alrededor de las 11: 00 am y pasamos demasiado tiempo allí. Nadie nos quiso colaborar con el auto stop. Nadie entendía por qué no pagábamos el transporte y nadie quería entender que un par de jóvenes blancos, colorados, relativamente bien vestidos y con cara de cachacos cachetones estuvieran en su pueblo, así no más, como si hubieran sido traídos por una nave extraterrestre.

La población de Fundación se nos antojó, y así quedó grabada en nuestros recuerdos, como un infierno chiquito, no solo por el calor, sino por el

tórrido ambiente, si es que esa palabra me describe lo que se sentía en un lugar donde, yo diría que, la mano de Dios jamás había pasado y con una cercanía a las puertas del infierno, por el calor, el sofoco, el ahogo, y un ambiente con un sol despiadado que no perdonaba ni siquiera a aquellos que llevaran un buen sombrero "*vueltiado*".

Mucho después, siendo ya las 10 de la noche, en la calle, seguíamos en Fundación, cerca del lugar donde paraban las flotas para llevar a los viajeros, y no aguantábamos más… En ese momento, quizás el más apremiante de todo el viaje, por lo duro, por lo despiadado, por la falta de solidaridad de las gentes, por la rudeza de sus miradas y por la falta de auxilio de los conductores que pasaban raudos sin siquiera mirarnos, decidimos pagar un transporte intermunicipal y fue cuando nos montamos y pagamos de mala gana el pasaje entre Fundación y Bucaramanga.

Solo fue sentarnos en un cómodo y abullonado asiento del bus Pullman, para quedar prácticamente inconscientes durante un largo trayecto del que no recuerdo absolutamente nada.

Luego de un tiempo del que no tengo conciencia, aún seguíamos durmiendo

profundamente, (aunque después me enteré de que en ese trayecto el bus toma un tiempo de 8 horas y media, atravesando unos 450 kilómetros.

Un empujoncito en el hombro me trajo nuevamente a la realidad. La voz perentoria de un hombre feo, con olor a ayudante de bus de esos que solo se bañan una vez a la semana.

—Oiga joven, —dijo el ayudante—, ya llegamos, ya tienen que bajarse pues vamos a cerrar el bus y no se pueden quedar aquí.

En ese momento eran alrededor de las 5:30 de la mañana y estábamos en un parqueadero de flotas en Bucaramanga.

El objetivo en ese momento era llegar a la ciudad de Cúcuta donde Hernando Montaña tenía familia, y Bucaramanga no nos parecía interesante, máxime cuando ya estábamos bien descansados y dispuestos a continuar el camino animados por el amanecer del nuevo día.

Fuimos en bus urbano hasta la salida de la ciudad en la ruta hacia Cúcuta.

Muy pronto una camioneta Pick Up nos recogió. Iba con destino a Cúcuta y tres hombres ocupaban la cabina delantera.

Nos preguntaron si nos sentiríamos cómodos en el platón trasero… dijimos que no teníamos problema.

Luego nos preguntaron si éramos machos para aguantar frio y les dijimos que veníamos de Bogotá. Así que asunto concluido y arrancamos.

No nos imaginamos la odisea que viviríamos en ese trayecto. Era un ascenso de 48 kilómetros desde Bucaramanga hasta un lugar llamado El Páramo de Berlín. Nunca pudimos prever que hubiera un frío tan verraco como aquel que sentimos acostados en el platón de esa Pick Up. Recuerdo que el solo roce de los dedos contra la superficie metálica del platón nos producía un dolor agudo. Un poco adelante de la mitad del recorrido se cerró una neblina espesa que nos provocaba la sensación de una mayor intensidad de frío y temblábamos casi como si estuviéramos convulsionando en medio de un fuerte ataque de epilepsia. Luego nos enteramos de que, mediante esa acción, es como el cuerpo intenta defenderse creando movimientos involuntarios para intentar generar calor y dar mayor temperatura a los órganos internos, evitando la hipotermia.

Llevábamos puesto un suéter de lana y una chaqueta liviana para la lluvia, propia para el clima de la costa, pero nunca nos imaginamos que debíamos haber traído un abrigo de invierno para soportar una temperatura de -5 grados centígrados. Sin embargo, con la camioneta subiendo a velocidad media, el frio se intensificaba unos cuantos grados, o sea que prácticamente nos íbamos congelando durante el último trayecto de esos casi 50 kilómetros hasta el páramo.

El páramo de Berlín, llamado también páramo de San Turban, tiene una altitud en la carretera donde está el restaurante de descanso de unos 3350 metros sobre el nivel del mar. Ese restaurante es como una bendición del mismo cielo en la punta del trayecto y venden comida caliente.

Por gracia del mismísimo cielo el conductor paró la camioneta para estirar las piernas y desayunar y al bajarse nos encontró en tan malas condiciones que casi no nos podíamos mover.

Nos ayudaron a bajar y nos entraron al restaurante… Era un sitio campesino, con un clima cálido demasiado agradable. Me pareció ver una chimenea prendida a un lado del salón. Unas doce mesas con manteles de cuadros rojos y asientos de madera y cuero.

En ese momento tenía que ir al baño, pero ya me imaginaba que con ese frio tan fuerte el orín iba

a salir en forma de un largo tubo de hielo… pero nada. Al momento regresé al salón aun tiritando. Ellos pidieron caldo de costilla para todos con pan y calentado con frijoles y arroz.

Nunca en la vida me había tomado una sopa tan supremamente caliente, pero era tal el frio que me entraba como si estuviera a la mejor temperatura del mundo. En unos poco segundos ya había terminado mi caldo de costilla y me dedique a la costilla y al calentado.

— O —

Capítulo 27.
La vuelta a Colombia en auto stop
Cuarta parte

Mirando de reojo a Hernando Montaña, ya sabía que él estaba viviendo una experiencia idéntica a la mía.

Una vez con el estómago lleno y nuestros cuerpos vueltos al calor, el descenso hacia Cúcuta se nos haría una fantasía, aunque no recuerdo detalles de eso.

En la ciudad de Cúcuta nos alojamos con la familia de Hernando. Unas personas muy buenas que nos atendieron a las mil maravillas. Esta fue otra etapa muy buena del viaje.

Estuvimos en Cúcuta unos cinco días y recuerdo que en uno de esos días pasamos el puente internacional para ir a la ciudad de San Antonio en el Estado de Táchira en Venezuela a hacer compras con los pocos pesos que aún guardábamos. Yo le compré unas cosas a mis dos hermanos pequeños. También algún detalle para mi mamá y mi hermana mayor, puras cosas sencillas pues teníamos que guardar dinero para el viaje de regreso y aún faltaban unos cuantos días de viaje hasta Bogotá.

Pasados los días anteriores, nuevamente emprendimos el camino con destino a Bucaramanga, y un automóvil nos llevó hasta la ciudad de Pamplona a unos 73 kilómetros y una hora y media de camino. Era un profesor de la Universidad de Pamplona muy amable.

A partir de ahí comenzó una nueva aventura con un comienzo complicado.

Habíamos salido de Cúcuta muy madrugados cuando nos recogió el profesor y ya estábamos en Pamplona alrededor de las 6:45 de la mañana, dispuestos a llegar a Bucaramanga muy temprano.

Planeábamos ir a desayunar a Bucaramanga a media mañana, pero el destino no estaba muy de acuerdo con nuestros planes…

Parados en la carretera a la salida de Pamplona, pasó una hora… luego otra, otra más y finalmente ya habían pasado siete horas sin avanzar un solo kilómetro y nadie de esa verraca zona nos recogía… Notamos que ni siquiera pasaban flotas por si queríamos tomar alguna…

Siendo la 1:30 pm seguían pasando de largo muchos carros que ni siquiera nos miraban. Ya sospechábamos que quizás con las peripecias del viaje nos habíamos vuelto invisibles… Sin embargo, casi sin esperanza, seguíamos insistiendo en poner la mano a todo vehículo que pasaba, para luego

maldecir en silencio al maldito que no había parado…

De pronto uno de tantos que había pasado de largo, se detuvo más adelante… vimos los bombillos rojos de los stops encendidos y vimos como el carro echaba reversa hasta el lugar donde estábamos. Reparé en el vehículo… era un Mercedes Benz color crema quizás un último modelo que yo todavía no había visto en Colombia… Tenía placas de Venezuela.

Hasta me pasó por la cabeza pensar:

"Estos ricachones quién sabe si nos vayan a llevar".

Un hombre joven de gafas oscuras bajó la ventanilla del pasajero para preguntarnos:

—¿Y para dónde van muchachos? —preguntó el hombre.

—Pues vamos para Bucaramanga, —le respondimos—, pero cualquier sitio para donde ustedes vayan de aquí en adelante, nos sirve…

—Pues nosotros justamente vamos para Bucaramanga, entonces móntense jóvenes.

Al momento ya estábamos en el mullido asiento trasero de cuero beige del Mercedes Benz más elegante que jamás hubiéramos soñado montar en la vida.

El trayecto desde Pamplona hasta Bucaramanga se nos hizo muy corto dada una agradable conversación con los dos señores. Ellos eran unos ingenieros de una empresa constructora de vías de Venezuela y venían a Colombia para revisar el estado de las vías y el tamaño de estas.

Al llegar a Bucaramanga nos preguntaron:

—¿Oigan, y ustedes donde se quedan?

—No pues preferiblemente cerca de la salida de Bucaramanga hacia Bogotá…

—Pero ¿ustedes van para Bogotá?

—Sí, Nosotros vivimos en Bogotá y ese es nuestro último destino.

—Ah, pues nosotros también vamos para Bogotá, entonces si ustedes quieren pueden venir con nosotros, ¿les parece?

—Huyy, pues claro, dije yo y Hernando remató: Pero es que no tenemos dinero para pagarles el viaje…

—Y ¿quién les está cobrando? Más bien, vamos y los invitamos a almorzar, ya son casi las 5:00 de la tarde y creo que todos tenemos hambre.

—Además, ¿saben qué?, —dijo el otro de los ingenieros— El resto del viaje, con hospedajes y comida, corre por cuenta nuestra… así que no se preocupen.

—Ufff, pero muchas gracias—, dijimos en coro.

Nos miramos con Hernando y no podíamos creer lo de buenas que éramos y lo bien que nos estaba saliendo todo.

Del resto del viaje no recuerdo mucho, pero sí de algún hospedaje en una ciudad intermedia donde fue necesario pernoctar, creo que fue en San Gil donde nos quedamos en un hotelito pequeño.

Al día siguiente, emprendimos camino y antes de llegar a Bogotá, los ingenieros nos dijeron que ellos iban hasta Cajamarca, Tolima, para revisar las carreteras pues iban a traer unos puentes militares en tractomulas y querían verificar si cabían en las carreteras sin problema.

—Miren, Carlos y Hernando —nos dijeron— les tenemos una propuesta: Si nos acompañan hasta Cajamarca ida y vuelta, los traemos de nuevo a Bogotá, le pagamos un dinero por la vuelta y el viaje

con todo pago… ¿Cómo les parece? Creo que solo son dos días más de viaje para ustedes.

Luego de pensarlo unos segundos les dije:

—Yo no tengo ningún problema en seguir este viaje un par de días más…

—Yo tampoco tengo problema—, dijo Hernando.

—Ahora si les parece— dijo uno de los ingenieros—, vamos hasta sus casas, se presentan, se cambian y les avisan a sus familias que van a estar de viaje un poco más.

—Sí, claro, —les respondimos—, vamos un momento y les avisamos a los papas.

Así fue como alargamos un poco más el viaje. El hotel donde nos hospedamos en Ibagué, muy cerca de Cajamarca, era un hotel cinco estrellas pagado por los ingenieros venezolanos y la comida, a cuerpo de rey.

Al tercer día ya estábamos de regreso en nuestros hogares, habiéndonos despedido y agradecido a nuestros nuevos amigos venezolanos.

Ese fue el viaje en Auto Stop que hicimos dándole la vuelta a Colombia a nuestros diez y seis años cumplidos en el segundo semestre del año 1969.

Ah, me faltaba comentar algo, los ingenieros venezolanos nos dieron $ 150 pesos a cada uno por la compañía en el viaje hasta Cajamarca. Eso fue una de las mejores cosas del viaje, pues darle la vuelta a Colombia y que demás llegáramos con bastante plata, era todo un triunfo.

— O —

Capítulo 28.
Una pedrada en el parabrisas

Alguna vez, había ido de viaje de Bogotá a Cali, ya más grande, quizás bordeando los 17, teníamos un grupo de amigos, casi una pandilla más bien inofensiva, o quizás no tanto…

Una vez íbamos por la Calle 5ª, cerca de San Andresito en Cali, en el carro que iba manejando Freddie Ortiz, un amigo un poco mayor quien a sus 18 ya manejaba. Yo iba adelante en el puesto central al lado de Freddie y en la ventanilla iba Alberto Muñoz. En el asiento de atrás iban Carlos Echeverry, Álvaro Salcedo y creo que Carlos Alfonso Yusti.

El carro era un Henry J de color verde chillón, que el papá de Freddie le había comprado a la hija y encargó a su hermano Freddie, llevarle el carro a la hermana ese día.

Sin embargo, a Freddie le pareció genial darle una vuelta al carro con los amigos para farolear un poco y por eso íbamos en ese carro cual salchichas enlatadas.

Serían las cuatro y media de la tarde de un día de vacaciones de mitad de año, yendo por la calle 5ª, orillados al lado derecho de la vía, cuando un bus gris San Fernando se nos acercó demasiado para recoger algún pasajero y rayó el carro en el guardafango delantero.

Nos bajamos a ver el daño y el chofer del bus ni siquiera se dignó bajarse…

—Oiga señor, usted rayó el carro, mire como lo dejó…

—Ah culicagado, eso es culpa suya, pa' que mete el carro por ese hueco…

—Pero, cual hueco, Señor, yo estabas quieto en ese momento y usted vino distraído y me lo rayó… ¡¡¡Tiene que pagarme el daño!!!

—Qué pagarle ni que culo… usted es el culpable y yo no pago nada…

—¿Pero culpable de qué?

—Mejor dicho, vaya coma mierda— remató el tipo…

Y diciendo esto el muy maldito arrancó siguiendo su recorrido.

Estábamos estupefactos… no había nada que hacer y el maldito ya se había ido…

En ese momento Freddie dijo, ahí en esa construcción hay unos ladrillos… Traigamos varios y vamos a joder al maldito.

Nos subimos al carro y arrancamos… pasamos de largo al bus y seguimos rápido hasta la glorieta siguiente y dimos la vuelta y nos devolvimos en sentido contrario…

Allá venía el bus Gris San Fernando, lo alcanzábamos a ver… y entonces, todos preparados:

Yo alcancé a ver la cara de terror del maldito cuando vio volar los ladrillos en su dirección haciendo añicos el parabrisas. Acto seguido el tipo simplemente se agacho para esquivar los pedruscos y el bus se topó contra el andén…

La gente gritaba, pero nosotros ya habíamos tomado venganza contra el muy maldito… Simplemente nos montamos en el carro y partimos a ponerle la cara al papá de Freddie por el daño al carro de la hermana.

— O —

Capítulo 29.
Una embarrada que no fue mía…

Año 1998

Bogotá D.C.

Esto no me sucedió a mí, para esta época posterior, yo ya era un adulto responsable, ejecutivo, con esposa, hijos y todo lujo de responsabilidades.

Mi padre, ya era un anciano y estaba alojado en una casa de ancianos y mi hermana mayor se encargaba de todo lo que eso representaba, ella estaba al cuidado de mi padre, ya que ella no tiene hijos.

Cierta vez, mi hermana tenía que viajar a los Estados Unidos a solucionar algún tema con un apartamento suyo y estaría ausente unos quince días. Me pidió el favor que estuviera al tanto de mi padre y de lo que fuera necesario mientras regresaba.

Decidí visitar a mi padre pues estaba recién pasado a esa nueva casa de ancianos y yo no la conocía.

Me encontré con que la habitación de mi padre era bastante amplia, con todos sus muebles, pero en adición a ello, tenía unas mesas y unos aparadores con muchos libros y un muy completo laboratorio de química, con el cual él hacía sus

experimentos. Eso me parecía excelente, que él continuara con su mente muy activa en su vejez.

Al otro día, siendo las 7:00 pm, recibimos una llamada telefónica, era del ancianato:

—Buenas noches, ¿por favor el Sr. Carlos Alberto Gómez???

—Sí, soy yo, ¿qué se le ofrece?

—Es que hemos tenido un problema y necesitamos que venga inmediatamente, se lo agradecemos encarecidamente.

Y acto seguido, colgó.

Con mi esposa nos montamos al carro, y tomamos rumbo a *El Batán*, el barrio donde estaba el ancianato, mientras nos preguntábamos que tipo de problema sería el que se había presentado…

Al llegar nuestra sorpresa fue mayúscula, realmente quedamos estupefactos… Un carro de bomberos con todas sus luces parpadeantes que iluminaban todo alrededor anunciando una conflagración, estaba parqueado frente a la casa, mangueras por el suelo, bomberos al ataque frente a potentes chorros de agua dirigidos a la casa del

ancianato, la cual, a partir del segundo piso era una sola llamarada que salía por todas las ventanas.

En el andén en frente de la casa, parados, una fila de ancianitos mirando, todos chamuscados, entre ellos mi papá, con la cara y la ropa toda tiznada…

Si bien, no hubo fallecidos ni heridos, el espectáculo era toda una tragicomedia para quienes observábamos impávidos y una completa desventura para quienes habían perdido todas sus escasas posesiones materiales.

Le pregunté a uno de los bomberos que estaba cerca:

—¿Qué fue lo que pasó?

—Parece que hubo una explosión muy fuerte y todo empezó a arder y luego el fuego se extendió a toda la casa…

A continuación, le pregunté a mi padre por lo sucedido y me respondió:

—Estaba haciendo unos experimentos y cuando le eché el reactivo a la mezcla que tenía preparada, esa mierda explotó y me mandó lejos, y no sé por qué…

Ese día, recuerdo, sin que nadie lo notara, subí a mi papá a nuestro carro y salimos derecho a comprarle ropa al *Ley de Niza*, pues todas sus cosas incluidas su ropa, quedaron inservibles.

Al día siguiente, era fin de semana y viajamos a una población cercana de vacación con mi papá.

Creo que nadie se alcanzó a dar cuenta que la culpa del incendio fue de mi padre.

Cuando mi hermana regresó, ya teníamos a mi padre alojado en otro ancianato y tema resuelto. Por lo pronto, ya no tendría posibilidad de volver a tener un laboratorio de química, ni acceso a reactivos peligrosos.

— O —

Capítulo 30.
Frustrando un atraco

Como he dicho repetidamente, a mis 16 años, cada que podía viajaba a Cali, bien en los puentes, en las fiestas o para navidades.

En uno de esos viajes, me encontraba en Cali quedándome en casa de Alberto Muñoz. Era un viernes en la noche y hacia las 8:00 ya estábamos emperifollados para irnos de fiesta.

En aquella época era fácil montarse en el carro de algún amigo e irnos para San Fernando, un barrio del sur de Cali, y buscar alguna casa donde hubiera fiesta y simplemente entrar, saludar a todos y hacer de cuenta que ya nos conocían y punto, no pasaba nada… Eso lo hacía todo el mundo.

Aquel viernes íbamos en camino hacia San Fernando, Alberto iba manejando una camioneta ranchera Cadillac, que próximamente sería convertida en carroza mortuoria pero todavía no… Era una ranchera blanca descapotada muy hermosa.

Íbamos cerca de la avenida Roosevelt pasando por una calle oscura, creo que a la altura del barrio La



Alameda, cuando intempestivamente Alberto frenó en seco para mi total sorpresa, y gritó:

—Están atracando a esa vieja—.

Acto seguido abrió la puerta, se bajó sacándose el cinturón y agarrándolo por el extremo, blandiendo la chapa metálica amenazando a un par de hampones que sorprendidos soltaron a la chica.

Yo en respaldo también me bajé, más animado por la actitud de Alberto, y me le fui derecho al tipo de la derecha… (yo a mis 16 ya tenía el cuerpo y la altura de un tipo fornido de 20 años o más), en ese momento el tipo de la izquierda ya estaba recibiendo un totazo con la hebilla en la cabeza y comenzó a manar sangre a borbotones…

La chica que estaban atracando se retiró a un lado y los tipos no pudieron aguantar la sorpresa y salieron corriendo, soltando la cartera de la víctima.

Luego llevamos a la chica hasta su casa y asunto concluido… La chica nos pidió el teléfono y al día siguiente ya nos estaba llamando para que la visitáramos y presentarnos a su familia en agradecimiento.

Ese día de la visita a la chica de San Fernando a Alberto le sucedió algo desagradable:

Tenía ganas de orinar y pidió el baño… Al salir lo noté como raro y apresuradamente fue a sentarse en el sofá y se puso un cojín en el regazo…

Tenía un pantalón color caqui y al orinar se mojó el pantalón por fuera en forma muy notoria y más con el color de este que lo ponía en total evidencia…

Alberto se mantuvo quieto en ese sofá esperando hasta calcular que ya se hubiera secado… Casi no respiraba ni musitaba palabra, todo preocupado por la mancha de orín en el pantalón.

El problema fue cuando la señora de la casa, la mamá de la chica nos pidió que pasáramos a la mesa para tomar un refrigerio, Alberto se negó rotundamente, aduciendo que tenía un dolor de estómago, diciendo que él prefería quedarse donde estaba.

La señora muy comedida, le trajo una Sal de frutas y una pepa para el dolor, los cuales, Alberto se sintió obligado a tomárselos…

En ese momento el cojín se le cayó al suelo y la chica dijo:

—Oye, se te mojó el pantalón…

—Sí, —dijo Alberto—, es que se me regó el agua del vaso con que me tomé la pepa…

La excusa perfecta… Al momento ya Alberto se mostraba más aliviado…

—Parece que te pasó el dolor de estómago, ¿Cierto? —preguntó la chica.

Sí, cierto, ya se me pasó el dolor, esa pepa que me dio tu mamá es milagrosa, ya estoy muy bien.

Yo, que no había perdido detalle, al salir le dije:

—Pero vos si sos un marica bien mentiroso… dizque dolor de estómago… Jajaja

— O —

Capítulo 31.
El Bochinche…

Diciembre en Cali. Época de la Feria de Cali. Durante los primeros años de estar radicado en Bogotá, yo diría que los primeros tres años, me dedicaba a ahorrar las mesadas semanales para poder tener dinero para viajar a Cali y pasar unos días allá.

Era en la época de la Feria de Cali en diciembre que nos divertíamos con nuestras primeras experiencias de adultos jóvenes.

El primer año que pasé una navidad en Cali, luego de estar ya radicado en Bogotá, fue en diciembre de 1969. Recuerdo el momento de tristeza ese 24 de diciembre cuando por primera vez no tuve regalos de navidad, excepto uno. Estaba lejos de mi familia y no hubo niño Dios. Tenía 15 años, una época en la cual uno no es adulto, pero tampoco es un niño.

Me estaba quedando donde Alberto y ese 24 de diciembre me invitaron a una fiesta navideña donde una tía de Alberto. Al momento de la repartición de los regalos hubo para todos… La mamá de Alberto cayendo en cuenta de la situación empacó rápidamente un regalo para mí… Era una

loción de *Old Spice de Shulton*… algo que agradecí y nunca olvidaré, pero luego de recibir muchos regalos en cada navidad anterior, ese día solo recibí esa loción. En esa ocasión, hubo un bailoteo con música de *Richie Ray y Bobby Cruz* y, quizás, relacionando la tristeza de ese momento recordando a mi familia, detesté a *Richie Rey y Bobby Cruz* y su verraca música guapachosa… no quise bailar con nadie, además, digamos la verdad, todavía no había aprendido a bailar… y creo que nunca aprendí.

Sin embargo, hubo otras experiencias ya de adultos, quizás más interesantes…

Nos regalaron unos abonos de corrida para asistir a cuatro corridas de toros en la plaza de Cañaveralejo; luego de las corridas, era imperativo conseguir cualquier pretexto válido para hacer el remate de corrida en cualquier parte y en cualquier fiesta y finalmente, hacia las 4:00 de la madrugada pasar por *el Bochinche* a comprar una gigantesca chuleta de cerdo apanada con arroz blanco, par ruedas de tomate rojo, una gran tajada de plátano maduro, todo en cajas de cartón y… para la casa… Con Alberto terminábamos sentados encima de las camas, comiéndonos la cena y a las 5:00 antes de que nos cagara la aurora nos quedábamos dormidos…

A las 11:00 am nos levantábamos y el remedio para semejante guayabo era lavarnos los dientes con sendos tragos de aguardiente *Blanco del Valle,* comer

cualquier cosa y al atardecer salir para la plaza de toros a otra corrida y luego otro remate de corrida, otro paso por *el Bochinche* y luego de cenar quedarnos privados hasta las 11:00 o 12:00 y así sucesivamente durante cuatro o cinco días hasta quedar prácticamente muertos… intoxicados… pero éramos jóvenes y resistíamos todo…

Pero quienes no son de Cali quedarán sin saber qué *es El Bochinche*…

El Bochinche es un restaurante que está abierto en Cali en el barrio Bretaña desde 1958 y es una de las principales atracciones turísticas culinarias de la ciudad. Su más recordado plato es la chuleta de cerdo apanada que es famosa en toda Colombia. Llegar al *Bochinche* a las 4:00 am era toda una experiencia muy particular. En aquella época, uno encontraba parqueados en las calles aledañas, desde carros Renault 4, 6 o 12, Fiat 128 y Fiat Mirafiori, hasta BMW, Mercedes Benz, Audi, zorras, gente que llegaba en taxi, todos compartiendo los últimos momentos de la rumba que terminaba religiosamente en *El Bochinche*… Una curiosidad, entre tanto borracho que llegaba, eran mínimas las peleas que se presentaban y generalmente terminaban inmediatamente pues no los dejaban pelear o se quedaban sin comida y eso si no…

Incluso, hoy en día, esa costumbre muy caleña no se ha perdido. — O —

Capítulo 32.
Un poco de mi vida profesional

Desde aquel año 1969 en adelante, pasaron varias cosas… Casi sin darme cuenta se fue yendo la feliz e inconsciente adolescencia quién sabe a dónde, y la madurez se fue presentando como una aparecida, no invitada y no muy agradable de conocer.

Las peleas en el hogar materno entre mis padres, hacían muy desagradable la cotidianidad y cada vez estaba más convencido de querer dejar atrás mi familia y largarme de la casa, y finalmente a los 19 años ya me había casado y salido de mi hogar paterno.

Había conocido a una chica hija de un profesor de literatura del colegio y me enamoré. Una mujer excelente. Ese primer matrimonio duró 20 años y de él salieron tres maravillosos hijos. Ella pertenecía a una familia bogotana muy tradicional. Era gente de primera categoría no solo intelectual sino de excelentes costumbres. Esto me llevó a alejarme aún más, de mis casi olvidados ancestros caleños y, poco a poco, me fui convirtiendo en todo un cachaco bogotano, con un acento rolo a toda prueba.

A los 20 años ya tenía mi primer hijo a cargo y había olvidado lo que eran los blue jeans y los tenis y ya usaba por obligación vestido de paño, zapatos de cuero muy brillantes y corbata con camisas blanca o azul. Mejor dicho, ya estaba metido de lleno en el papel de ejecutivo joven, con un empleo y una familia por la cual responder.

La vida me rindió bastante. Para el año 1971 ya me estaba graduando del colegio. En el año 1972 estaba comenzando la Universidad. Comencé a estudiar mi carrera de Economía y luego Administración de Empresas, en la Pontificia Universidad Javeriana y en vez de tener la oportunidad de tirar piedra en las callejeras manifestaciones políticas juveniles, ya ocupaba un cargo laboral encargado de las ventas en la empresa de mi padre, y en las noches asistía a mis clases en la universidad. Mejor dicho, no había tiempo para tirar piedra, sino para trabajar juiciosamente y poder llevar las provisiones al hogar y la leche para los teteros de mi hijo.

Para el segundo año de casado, ya con los 21 cumplidos, ya había venido el segundo hijo como caído del cielo. En mi familia decían que era tan joven que me peleaba con mis dos hijos por el tetero.

Mi borrascosa niñez y adolescencia habían quedado muy atrás y en la Universidad me destaqué

como un muy buen estudiante. Cabe mencionar que los pocos años que trabajé con mi padre no significaron ninguna ventaja en cuanto a ingresos.

Todos mis estudios universitarios fueron pagados con mi propio bolsillo, recordemos que ya me había salido de mi hogar paterno y mi padre no respondería más por mí, así que cada semestre juiciosamente tenía que separar un dinero para las matrículas o tomar un crédito bancario, bien en el banco Pichincha o bien, en la propia Universidad. Recuerdo que el postgrado en Uniandes lo pagué con un crédito de Icetex, el cual me mantuvo atado durante los siguientes cinco años pagándolo con dedicación.

En todo mi tiempo estudiando el pregrado solo perdí una materia: Matemáticas financieras. Recuerdo que en el primer parcial estudiando juiciosamente, saqué 2,0. Nuevamente estudié juiciosamente para el segundo parcial y también saqué 2,0. Para el examen final me maté estudiando y volví a sacar 2,0. No recuerdo muy bien qué hice para el examen de habilitación, pero creo que de tanto estudiar ya me sabía casi de memoria el libro de texto y saqué 5,0 sobre 5,0.

Otra anécdota: Para el grado en la Universidad Javeriana, el día en que fui a cancelar los derechos de grado en la oficina de la facultad, me dijeron que no

me podía graduar… Estaba debiendo una materia de la cual no había calificaciones por parte del profesor. Su nombre era Salvador Navarro, y la materia era Metodología del Trabajo de Grado 2.

Al consultar el caso con el profesor, al parecer mi trabajo final se había extraviado y me había quedado sin la nota. Fue cuando me tocó preparar y presentar a toda velocidad el trabajo de marras pendiente y finalmente me pude graduar.

Pero el diploma no me fue entregado en la ceremonia de clausura como a todos pues aún no estaba cargada la nota en el sistema. Al día siguiente me entregaron mi diploma y me graduaron en las oficinas de la facultad de la Universidad.

En la Universidad de Los Andes, en el postgrado, fui muy buen estudiante y tuve un promedio de 4,4 sobre 5,0.

Habiendo terminado mi pregrado en la Javeriana, ese último año, 1978, un domingo viendo televisión, vi un programa de Gloria Valencia de Castaño, acerca de una entidad dedicada a la tecnología intermedia no convencional para el manejo del agua y energía apropiada al trópico. Esta entidad se llamaba *Centro Las Gaviotas*, una entidad adscrita al P.N.U.D (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). Tenían oficinas en

Bogotá y la sede principal del proyecto era en el Vichada, en la Orinoquía colombiana.

Al lunes siguiente muy temprano en la mañana, ya había averiguado con la programadora de televisión el teléfono y la dirección del *Centro Las Gaviotas*, y me presenté en sus oficinas.

Sin cita previa el director, Paolo Lugari me recibió.

—Bueno, ¿y qué te trae por aquí? —me preguntó.

—Ayer en la noche vi un programa de TV donde presentaron a *Gaviotas* y me llamó la atención este proyecto. Y la verdad estoy muy interesado en vincularme con ustedes.

—¿Pero ¿tú qué has estudiado? ¿Qué experiencia tienes?

—Mire, Paolo, yo acabo de terminar mi carrera de Administración de Empresas y he trabajado durante los últimos 8 años, por un lado, en Codi Mobil, la petrolera, y actualmente estoy trabajando en una empresa familiar dedicada a la fabricación de fachadas flotantes en aluminio y cristal importado para arquitectura, tengo el cargo de subgerente.

—¿Y qué fue lo que estudiaste?

—Administración de Empresas.

—Pues mira, —me dijo Paolo—, la verdad es que justamente en este momento estoy buscando un gerente para el programa de Energía Solar de Gaviotas y pues si te interesa, podemos mirar tu vinculación… ¿Te parece?

A los dos días ya estaba trabajando en *el Centro Las Gaviotas* como Gerente del Programa de Energía Solar. Estuve vinculado con *Gaviotas* durante los siguientes ocho años y aún hoy en día tengo el honor de ser amigo de Paolo Lugari.

Han pasado más de 45 años y luego de haberme desempeñado en diferentes cargos en los sectores automotriz, de alimentos y de distribución de productos de consumo masivo, estoy gozando de mi retiro y jubilación.

A partir del año 2007 estoy dedicado a la literatura y es lo que ocupa mis días.

Actualmente estoy felizmente casado y mi esposa actual, un ángel, es la luz que ilumina mi vida. Hoy en día viajamos con alguna frecuencia a visitar a nuestros hijos y nietos en los Estados Unidos.

Actualmente soy escritor y cuando alguien me preguntaba cómo había sido mi paso desde el mundo empresarial al mundo de las letras, le respondí:

Estando en último año de bachillerato, al colegio acudieron unos psicólogos para llevar a cabo una actividad denominada Orientación Profesional, la cual, mediante unas pruebas, exámenes y entrevistas, determinaban cuales eran las cualidades más sobresalientes del estudiante y recomendar que orientación era adecuada para sus estudios y vida profesional.

En mi caso, me mostré totalmente escéptico con ese programa pues el resultado era que debía orientarme en temas relacionados con la filosofía y las letras, a lo cual me negué rotundamente.

Yo necesitaba dinero y esa sería la inclinación primordial para mi vida en aquella época, y a las pocas semanas ya estaba iniciando la carrera de economía en la Pontificia Universidad Javeriana.

Sin embargo, como dicen, el mundo da muchas vueltas y luego de recorrer muchos años, más de 40, el mundo empresarial, en un momento dado, al final, ya me encontraba vinculado de pies y manos con la literatura, la novela histórica, el cuento, la poesía y el ensayo filosófico. Ya había hecho estudios de Escritura Creativa, Cuento y Crónica Literaria en la Pontificia Universidad Javeriana, un

curso de Novela I en la Escuela de Escritores de España y varios otros cursos de Escritura Creativa.

Creo que hasta aquí tiene espacio este libro de memorias y espero que su lectura sea agradable para los lectores. Agradezco su atención y deferencia al leerme… Pero falta un par de remates.

— O —

Capítulo 33.
Una historia de veteranos

Esto me lo contó un amigo

Habiendo terminado este libro, e incluso cuando ya había comenzado a armar el índice y me dedicaba a numerar las páginas, mi amigo Carlos Alberto Vallejo me contó una historia que no quisiera que quedara en el olvido, como tantas anécdotas verbales cuyo destino está condenado, ya que a las palabras se las lleva el viento y, en este caso, he querido transcribir esta anécdota para que perdure en el tiempo.

(Él se llama Carlos Alberto Vallejo Murgueitio y yo Carlos Alberto Gómez Acuña, mi nombre de pila).

—Mira, Carlitos —me dijo—, te voy a contar una historia que me contaron la semana pasada. Era la reunión de compañeros de mi colegio, el IE Académico de Cartago, y ahora los asistentes de mi curso de aquellos años eran un grupo de septuagenarios, todos ya por encima de los 70. Yo recordaba la reunión de hacía unos años, cuando

recién cumplíamos los cincuenta, y por esa época éramos muy vitales; pero ahora, era notorio el paso de los años. Con decirte que a las tres de la tarde ya había unos seis de ellos dormidos en sus asientos sin haberse tomado un solo trago. A las 6:00 de la tarde ya todos se habían ido para sus casas y la reunión había concluido, cuando, recuerdo, años atrás, esas reuniones terminaban alrededor de la una de la madrugada.

Carlitos Vallejo continuaba su relato:

—Hubo un caso que me pareció realmente conmovedor, porque demuestra que con los años nuestra memoria comienza a deteriorarse, pero en este caso en forma muy particular, por decir lo menos…

—Mi amigo Anselmo Benavides (nombre cambiado) me comentó lo siguiente:

—Mira, Carlos —dijo Anselmo—, tú eres mi amigo, a quien le tengo la mayor confianza, y tengo que comentarte algo muy penoso para mí. Yo sé que a las personas mayores se nos puede comenzar a olvidar todo, pero en mi caso ya está llegando a extremos muy lamentables. Fíjate que hace pocos días me pasó algo terrible: sucedió que tuve que entrar al baño de urgencia por una necesidad pesada y todo transcurrió con normalidad. Salí del baño y

me fui a hacer una diligencia en el banco. Yo notaba algo extraño: la gente me miraba raro, notaba un olor igualmente extraño, pero no relacionaba los dos hechos. Pero hubo un hecho significativo, y era que notaba una sensación extraña en las nalgas, como si estuvieran jabonosas…
En ese momento tomé consciencia de que el olor feo provenía de mí mismo y que la gente me miraba por esta causa, e incluso se apartaban, y fue cuando comencé a hacer memoria…

Me dirigí a un baño público en el mismo banco y me encontré con un espectáculo muy desagradable…

¿Puedes creer que se me había olvidado limpiarme el trasero después de entrar al baño la última vez?
No te imaginas la vergüenza al constatar el estado de los calzoncillos, el pantalón y mi trasero, todo embadurnado de mierda… y un olor nauseabundo que traspasaba paredes.

Tuve que lavar el pantalón, los calzoncillos, limpiarme con los mismos calzoncillos húmedos el trasero y después lavarlos bien.
Afortunadamente había cerrado la puerta del baño con seguro para que nadie me molestara… pero en ese momento un celador abrió la puerta con una llave maestra y me encontró en plena labor de aseo, sin

ropa interior. Me tocó explicarle todo el episodio y solo me dijo:

—Mire, señor, yo le aconsejo que en lo sucesivo usted siempre ande acompañado de alguien de confianza cuando salga a la calle… Usted, a sus años, ya no debe andar solo.

Una vez terminado todo, salí para mi casa con toda la ropa mojada, pero al menos el olor ya había tomado otro rumbo…

—Mira, Carlos —remataba Anselmo—, lo que me preocupa más es que aún no he cumplido los setenta y tres, entonces, ¿cómo será esto de aquí para adelante?

—No te preocupes tanto —le dijo Carlos Vallejo a Anselmo—, de todos modos, eso es lo que es y es lo que hay, y tocará acostumbrarnos a que ya estamos cagados y el agua lejos… jajaja.

— O —

Epílogo

Para terminar, ahora un tema más serio.

Quien ha sido travieso alguna vez, de seguro lo vuelve a ser…

El hecho de que pasen los años y llegue la vejez, no implica olvidar lo que hemos sido y si alguna vez fuimos traviesos, ahora de viejos aún nos quedan los rescoldos como humeantes brasas encendidas que se niegan a desaparecer del todo…

Hace unos años un amigo muy querido, compañero de clase en la Pontificia Universidad Javeriana, en la facultad de Administración de Empresas, me invitó a afiliarme nuevamente en la Sociedad de Administradores de Empresas Javerianos (SAEJ), y para el efecto me invitó a asistir a una Asamblea de asociados que aquel día se llevó a cabo en la sede social de la asociación.

Estando presente como invitado en la Asamblea, presencié una agria disputa entre los Miembros Fundadores de la sociedad y antiguos directivos, a quienes se les quería negar la entrada a la mencionada asamblea por parte de los administradores y directivos que en ese momento detentaban el manejo y el poder en dicha sociedad, en razón de una serie de disputas que se venían

presentando entre unos y otros, ante la falta de claridad y marcadas diferencias de criterio para presentar las cifras del manejo financiero de la sociedad.

En esa fecha yo me abstuve de afiliarme a SAEJ hasta tanto no hubiese claridad en los pormenores y alcances de dicha disputa.

Han pasado varios años desde entonces y ahora en la época actual ya la sociedad está en manos de ejecutivos que son gente nueva y con un manejo diáfano de las cuentas y cifras de la sociedad, para beneplácito de todos los miembros y por tanto he decidido afiliarme como asociado.

Sin embargo, con motivo de los cincuenta años del aniversario de la fundación de la sociedad, se ha editado un libro en conmemoración de las bodas de oro de la sociedad y nuevamente ha surgido un impasse. Varios asociados han sido llamados a participar con artículos de su creación para poner unas palabras y textos suyos al interior del libro del aniversario, pero, varios de estos artículos que, repito, corresponden a lo que los asociados querían recordar, pretendían mencionar, cómo era el muy famoso caso de las diferencias surgidas en épocas anteriores con los directivos de aquellos años…

El punto es que estos artículos han sido censurados tajantemente por el Consejo Directivo de la sociedad, aduciendo que es mejor olvidar esas diferencias y pasar la pagina en blanco sin mencionar recuerdos molestos para evitar nuevas rencillas y opiniones encontradas.

Yo he participado como miembro del Comité Editorial del libro en calidad de editor y mi opinión al respecto es totalmente irrelevante, ya que no estaba presente como afiliado en aquella época; sin embargo, lo que si me toca y afecta es la inconformidad que siento al considerar que una censura de parte del que sea, al escrito de alguien, es imperdonable y por el contrario, yo puedo traer a colación la muy famosa frase de George Santayana:

"Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo".

Este, al parecer, es un clásico caso de diferencias de criterio en la práctica de la ética… un tema y una materia que veíamos en el colegio y las instituciones universitarias de las comunidades jesuitas…

Aprendiendo a hacer las cosas correctas.

Como ya dije, estudié con Jesuitas en el colegio Berchmans de Cali y luego en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, y respecto a la ética, tengo una anécdota para contar.

Estando en primero de bachillerato en el Berchmans, me sucedió en clase de religión; de no ser así, ni siquiera me acordaría de esas clases, y, además, en aquella época pensaba: "Qué mamonas esas clases de religión…"

Estábamos en clase con un cura cuyo nombre no recuerdo, pero sí su semblante; era un cura más bien bajito, flaco y de aspecto pusilánime, con la apariencia de aquellos que no matan una mosca.

Yo me estaba comiendo un dulce de anís que en ese momento tenía en la boca. Dentro de mi pupitre tenía una bolsa con dulces que había comprado en la tienda del colegio en el recreo.

Pero veamos previamente un antecedente que es necesario comentar.

Al terminar de estudiar el quinto grado de primaria en el colegio Pío XII, había sido expulsado por un problema que ya he comentado y no viene al caso recordar, solo para decir que, dados los buenos oficios de mi madre, pude obtener un cupo para

entrar al Berchmans, pero fui recibido con matrícula condicionada.

Aún recuerdo al padre Ospina en la entrevista con su mirada inquisidora y diciéndome con voz amenazante:

—Mire, joven, lo recibimos por pura suerte suya, pero espero que esa suerte le dure bastante, porque si no, a la primera que usted haga, lo botamos del colegio, ¿me entiende??? Y si no, le repito: A la primera que usted haga, lo botamos del colegio… Espero que le haya quedado bien claro…

Ya habían pasado unos cuatro meses desde que comencé a estudiar en el Berchmans cuando se presentó el problema:

Me estaba comiendo un dulce en clase y el curita vino y me recriminó:

—Sr. Gómez, ¿usted está comiendo? ¿Qué es?

—Un dulce, padre.

—Pues levántese, vaya a la caneca y lo bota. Está prohibido comer en clase.

—Sí, padre —dije al tiempo que me paraba y me dirigía a la esquina hacia la caneca para botar el dichoso dulce.

La clase continuó sin mayor novedad hasta que nuevamente fue interrumpida por el cura…

—Oiga, Gómez… ¿No me diga que usted nuevamente está comiendo??? No puede ser…

En el intermedio, sin pensar y estando distraído, nuevamente había sacado otro dulce del pupitre y me lo había metido a la boca… repito, fue sin pensar, estando totalmente distraído…

—Dígame, señor Gómez, ¿está usted comiendo nuevamente?

—Sí, padre, lo hice sin pensar…

—Pues para que lo piense mejor, usted se retira, se va para su casita y mañana viene al colegio con sus padres.

—Y dese prisa que me está interrumpiendo la clase…

Acto seguido, salí del salón y me fui para la portería… Ahí me quedé, sentado en una banca.

Estaba aterrado. Ya me imaginaba la escena en mi casa cuando le dijera a mis padres que tenían que acompañarme mañana al colegio y que lo más probable era que me iban a expulsar.

Me pasé el resto de la mañana y toda la tarde, sentado en la portería del colegio hasta la salida de clases, a las 5:00 pm, a la salida de los buses…

Fue justo en ese momento que apareció el curita en la portería, y con cara de sorpresa me dijo:

—¿Usted todavía aquí…? Yo lo hacía en su casa…

—No, padre, es que no me he atrevido a irme para mi casa… Me imagino lo que me van a decir…

El padre reflexionó unos instantes y me dijo:

—Mire, Gómez: Le voy a perdonar el castigo, pero me tiene que traer un trabajo acerca de lo que es la ética y la moral, que era el tema que estábamos viendo en clase mientras usted comía dulces… ¿Está bien?

—Claro, padre, mañana le traigo ese trabajo… y muchas gracias…

Ese día me fui feliz para mi casa y esa noche me puse a investigar y hacer el trabajo sobre la ética y la moral.

No se me ocurría nada y le conté a mi madre acerca de la sanción en clase y el trabajo en ciernes acerca de la ética y la moral.

Fue mi madre quien en principio me ayudó con el trabajo. y me dijo:

—La moral, para que lo entiendas bien, depende de lo socialmente aceptado por la cultura, la religión o las normas de convivencia de una sociedad. Esto podría asimilarse, en cierta forma, a la norma en el colegio de prohibir comer en clase… Eso de comer dulces en clase va en contra de las normas del colegio por razones de respeto a los demás. La moral depende de lo que está aceptado o no en el ambiente en que te mueves. En alguna época era permitido fumar en clase, pero hoy eso está totalmente prohibido.

En algunas culturas, el uso de la ropa tiene una connotación moral y depende de la moda y de lo que

acostumbra una sociedad para considerar aceptados o no, ciertos comportamientos. En Europa, en ciertas playas está permitido el topless, (no usar la parte de arriba del bikini que cubre los senos), pero en otras playas es considerado inmoral.

—Ahora hablemos de la Ética— continuaba mi madre:

La ética está relacionada con lo que consideramos correcto o no en nuestro comportamiento. Un ejemplo de ello es la respuesta de tu profesor, el sacerdote, quien, luego de cavilar consideró que, si bien, no era aceptado comer dulces en clase, lo cual estaba prohibido en el colegio —quizás por respeto al profesor y a los compañeros—, sin embargo, un castigo como la expulsión del estudiante por comerse un dulce, no era una decisión correcta. Juzgarte a la ligera y condenarte a ser expulsado no era un procedimiento correcto, y por tal razón, él decidió perdonarte, no sin antes imponerte una sanción menor que dejara una reflexión en ti.

Ahora vienen mis reflexiones aprendidas con los años:

Pasaron los años y en la Pontificia Universidad Javeriana también tuvimos una clase que era mal calificada como "una costura", o sea, una materia sin importancia. La asignatura era denominada "Ética".

¡Qué equivocados estábamos quienes así pensábamos! Por el contrario, cuánta falta harían hoy muchas más clases de ética en los colegios, y en las universidades públicas y privadas de nuestro país. Clases a las que, probablemente, habrían asistido aquellos que hoy ocupan cargos de responsabilidad como políticos, dirigentes y funcionarios… y para quienes, actualmente, la moral se ha vuelto peligrosamente flexible, amparada en premisas como aquellas que afirman:

"¿¿¿Robar??? Si todo el mundo lo hace, ¿por qué no puedo yo?"

"¿Si todos los partidos políticos lo hacen desde siempre? Es lo que se acostumbra…"

¿Quién dijo que eso está mal? Eso es "malicia indígena", que es una cualidad de nuestra raza…

(Este tipo de premisas falsas lo que logra es gente que piensa que "hacer torcidos" no está del todo mal).

Ahora veamos el tema desde una perspectiva más académica:

La moral depende de lo aceptado socialmente y permitido en el ambiente circundante, sea este religioso, cultural o social.

A nivel político, en nuestro país, la moral es muy laxa, aceptando comportamientos realmente aberrantes, ya muy extendidos y acostumbrados.

Esas frases coloquiales en nuestra cultura, como: "No dar papaya", porque se aprovechan de nosotros, y la peor: "Hay que aprovecharse cuando te dan papaya", antes que crear ventajas, realmente destrozan los valores, principios morales y virtudes de nuestra sociedad.

Respecto a la Ética, esta se entiende como el sistema de valores que guía el comportamiento humano hacia el bien, es decir, hacia el hecho de hacer las cosas en forma correcta.

La Ética es una disciplina que permite la reflexión juiciosa para determinar cuál tipo de comportamiento es correcto y cuál no, y lo juzga, califica y condena, en forma independiente de que sea o no aceptado por la costumbre sociocultural.

En Colombia, por ejemplo, la moral en los políticos ha sido degradada hasta los límites más extremos del código penal, convirtiéndose en una inmoralidad repugnante y absurda, al volver aceptables ciertos comportamientos delincuenciales realmente sórdidos, intentando socavar hasta lo más profundo las bases de la ética, y donde la incoherencia de pensamiento ha logrado volver normal lo que en otros ámbitos es completamente incorrecto.

Aberrante aquella premisa absurda e irresponsable, planteada desde el ámbito político de

nuestro país, por un muy alto dirigente, donde se dice:

"Si logramos que una serie de actividades de la sociedad colombiana, que hoy se consideran crimen, no se consideren crimen, más adelante, pues habrá por definición menos crimen en Colombia".

Qué bajo hemos caído a nivel moral con esa clase de directrices y qué se espera de la ética y la decencia para las próximas generaciones…

Sin embargo, tenemos que reaccionar. Sueño con el día en que la ética, la única ética aceptada, sea la de hacer lo correcto en todas las ocasiones, por simples que parezcan —y que no son simples para nada—, como el hecho de hacer las cuentas bien y devolver a la cajera del supermercado aquella moneda que nos ha dado de más… y eso hacerlo en forma automática, como si fuera lo más normal del mundo…

Un comportamiento así de simple, por lo ético, es el que cambia a toda una sociedad y a todo un país… y quizás algún día lo logremos ver en el nuestro.

Para terminar, quiero manifestar que para mí ha sido un placer haber compartido este libro de vida, de memorias, de recuerdos de experiencias vividas y

de anécdotas siempre presentes, y espero que se hayan divertido con su lectura.

Fin

Editado por: Calgóm Ediciones
Impreso en Xpress Estudio Gráfico y Digital SAS.
Bogotá
Noviembre 14 de 2025

ISBN: 978-628-02-1721-5